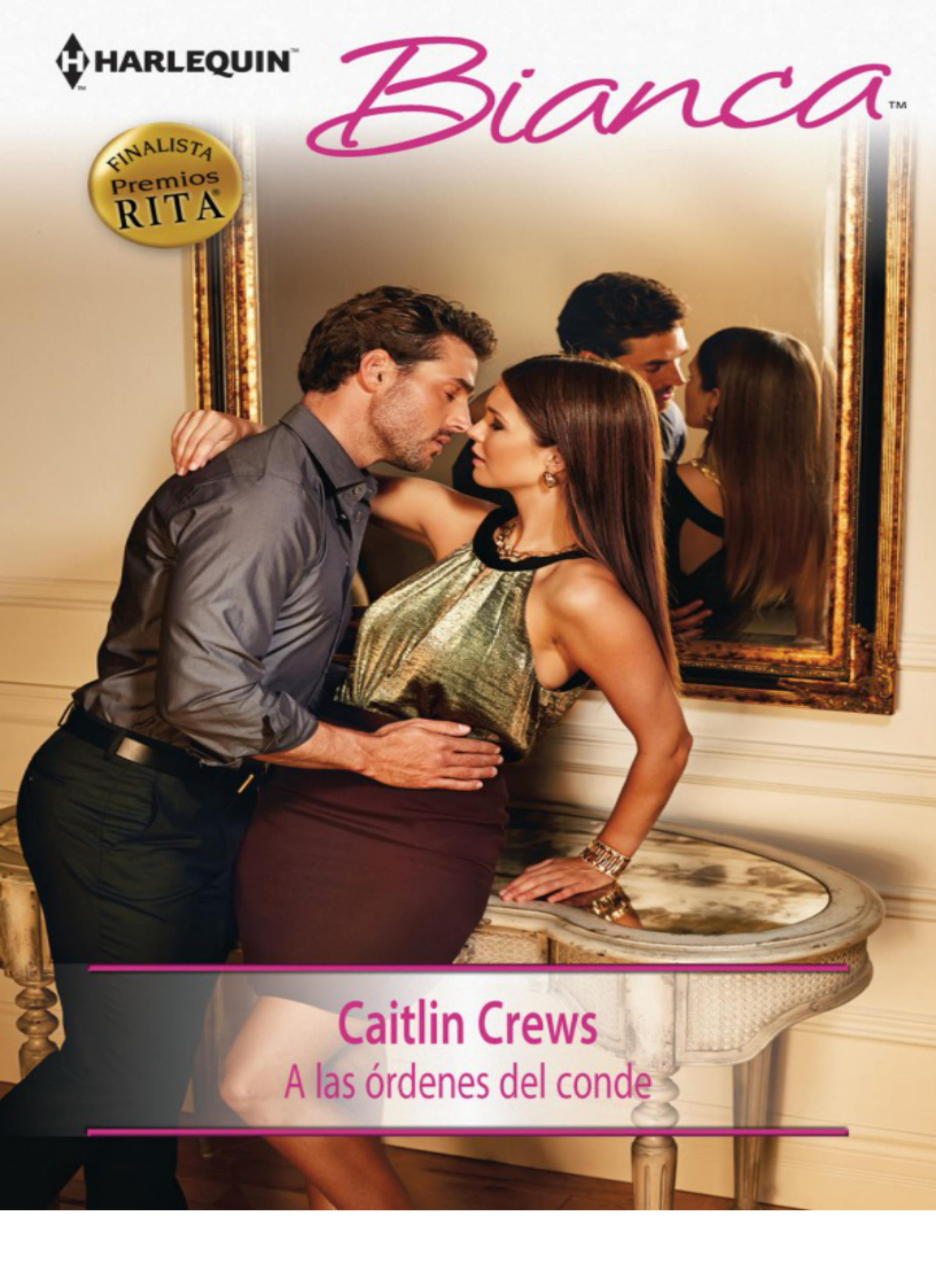

HARLEQUIN
Bianca
FINALISTA
Premios
RITA
Caitlin Crews
A las órdenes del conde




Caitlin Crews

# A las órdenes del conde



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


A las órdenes del conde, n.º 2399 - julio 2015
Título original: At the Count's Bidding
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.



I.S.B.N.: 978-84-687-6771-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Si te ha gustado este libro…

# Capítulo 1

Debe de ser una alucinación. Y Dios se apiade de ti en el caso de que no lo sea.

Paige Fielding no había vuelto a oír aquella voz desde hacía diez años. La envolvió al tiempo que la atravesaba, disolviendo aquella ventosa tarde de Southern California. Haciendo desaparecer por completo de su mente el correo electrónico que había estado escribiendo. Haciéndole olvidarse del año y del día en que vivía. Disparándola de vuelta al turbio y doloroso pasado.

Aquella voz. Su voz.

Una voz implacablemente viril. Tan imperiosa como incrédula. La leve insinuación de sexo y el eco italiano de aquella voz se deslizaron sobre Paige como un calor arrollador. Sintió la presión tras ella, haciéndola desear retorcerse en su asiento. O descontrolarse instantáneamente, como le había ocurrido cada vez que la había oído.

Se volvió en la silla, sabiendo exactamente a quién iba a ver en la puerta de arco que conducía al interior de aquella mansión de Bel Air llamada *La Bellissima* en honor a su famosa propietaria, la leyenda del cine Violet Sutherlin. Sabía con quién se iba a encontrar y, aun así, algo similar a una premonición hizo que se le pusieran los pelos de punta segundos antes de que su mirada lo descubriera en el umbral, mirándola con expresión de odio y desprecio.

Giancarlo Alessi. El único hombre al que había amado con cada milímetro de su desafortunado e ingenuo corazón, pese al poco bien que eso les había hecho a los dos. El único hombre que la había hecho gritar y sollozar pidiendo más, hasta enronquecer y enmudecer de deseo. El único hombre que todavía la obsesionaba y que, según sospechaba, continuaría haciéndolo durante el resto de sus días a pesar de todo.

Porque era también el único hombre al que había traicionado.

El estómago se le revolvió, como si él quisiera recordarle lo que había hecho con un acceso de náusea. Como si ella lo hubiera olvidado. Como si alguna vez fuera a ser capaz de hacerlo.

–Puedo explicarlo –comenzó a decir, demasiado deprisa, demasiado nerviosa.

No recordaba haberse levantado de la mesa en la que estaba sentada, trabajando bajo la luz del sol, como solía hacer por las tardes,

pero estaba de pie, con las piernas temblorosas. Y tan perdida en aquella mirada oscura y furiosa como lo había estado diez años atrás.

–Puedes explicárselo a los de seguridad –replicó él.

Cada una de sus palabras fue como una bofetada. Paige enrojeció, sintiéndose expuesta. Marcada. Como si pudiera ver a través de ella el sórdido pasado que los había arruinado a los dos.

–No me importa lo que estés haciendo aquí, Nicola. Quiero que te vayas.

Paige esbozó una mueca al oír aquel nombre. Aquel odioso nombre que no había vuelto a utilizar desde el día en que perdió a Giancarlo. Oírlo de nuevo después de todo aquel tiempo, y pronunciado por aquella voz, le resultó físicamente inquietante. Se le revolvió el estómago.

–Yo no…

Paige no sabía qué decir, ni cómo. No sabía cómo explicar lo que había sucedido a partir de aquel odioso día de hacía diez años, el día en que lo traicionó a él y los destrozó a los dos. ¿Qué podía decir? Nunca le había contado la verdad completa, aunque podría haberlo hecho. Nunca había sido capaz de soportar la idea de que él supiera la clase de ambiente del que había procedido. Y se habían enamorado tan rápido, la conexión física entre ellos había sido tan explosiva e intensa durante los dos meses escasos que habían estado juntos, que ni siquiera habían tenido tiempo de llegar a conocerse. No de verdad.

–Ya no utilizo ese nombre.

Giancarlo permanecía clavado en el marco de la puerta, mirándola con un furioso asombro que parecía reverberar como un trueno ensordecedor y resonaba dentro de ella como un grito.

Y dolía. Dolía mucho.

–Yo nunca…

Aquello era terrible. Peor de lo que había imaginado, y se lo había imaginado muy a menudo. Sintió una suerte de dolor entre los senos, como si se le estuviera acumulando un sollozo en el pecho que amenazara con brotar, algo que sabía que debía reprimir. Sabía que él no reaccionaría bien. De hecho, era una suerte que estuviera hablando con ella y no hubiera llamado todavía a los guardias de seguridad de Violet para que la echaran de la propiedad. Pero ella continuó hablando, como si eso pudiera ayudarla.

–En realidad, ese es mi segundo nombre. Yo er… me llamo Paige.

–Curiosamente, la asistente personal de mi madre también se llama Paige.

Por el tono amenazadoramente bajo de su voz, ella comprendió que lo sabía. Que no tenía ninguna duda, ni le estaba pidiendo explicaciones. Que había averiguado, en cuanto la había visto, que era ella la que estaba detrás del nombre que había figurado en los correos

electrónicos de su madre durante todos aquellos años.

Y sabía cómo se sentía él después de aquella revelación. Estaba escrito en cada línea de su atlético cuerpo.

–Pero ella no puede ser tú –cambió de postura y Paige perdió el aliento, como si el movimiento de su perfecto cuerpo hubiera sido un golpe dirigido contra ella–. Asegúrame, por favor, que no eres nada más que una desagradable aparición procedente de mi pasado más sombrío. Que no te has infiltrado en mi familia. Si lo haces ahora mismo, puede que te deje salir de aquí sin llamar a la policía.

Diez años atrás, Paige habría pensado que era un farol. El Giancarlo de antaño se habría arrojado por un puente antes que denunciarla a la policía. Pero el hombre que tenía delante era diferente. Aquel era el Giancarlo que ella misma había creado, algo de lo cual no podía culpar a nadie salvo a sí misma.

Bueno, a casi nadie. Pero no tenía ningún sentido meter a su madre en aquello y Paige lo sabía. Era por su propia madre por la que Giancarlo estaba preocupado y, además, Paige no había vuelto a hablar con la suya desde hacía una década.

–Sí –contestó, y se sintió temblorosa y vulnerable, como si acabara de ocurrírsele de pronto que su presencia en aquella casa era, como poco, sospechosa–. Llevo casi tres años trabajando para Violet, pero Giancarlo, tienes que creerme, yo nunca…

–*Stai zitto.*

A Paige no le hizo falta saber italiano para comprender aquella brusca orden, bastó con la manera en que cortó el aire con la mano, ordenándole silencio. Obedeció. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Paige siempre había sabido que llegaría aquel día. Que la nueva y tranquila vida que se había creado casi por accidente tenía unos cimientos muy frágiles y que bastaría la reaparición de aquel hombre para acabar con ella. Giancarlo era el hijo de Violet, su único hijo. El fruto de su legendario segundo matrimonio con un conde italiano que el mundo entero había contemplado como si fuera un cuento de hadas hecho realidad. ¿Había imaginado Paige que aquello habría podido terminar de otra manera? Había estado viviendo un tiempo prestado desde el instante en que acudió a aquella entrevista de trabajo y respondió a todas las preguntas que los representantes de Violet le dirigieron, consiguiendo el empleo. Todo ello gracias a la privilegiada información de que había dispuesto sobre la verdadera vida de Violet detrás de las cámaras, cortesía de la breve aventura vivida años atrás con Giancarlo.

Era consciente de que muchos podrían juzgarla con dureza. Especialmente el propio Giancarlo. Pero ella tenía buenas intenciones. ¿Aquello no contaba? «Sabes perfectamente que no», le contestó aquella severa voz de su mente que era el único vínculo que la unía

todavía a su madre. «Tú sabes muy bien cuál es el valor de las buenas intenciones».

Y hacía mucho tiempo que lo sabía. El problema fue que comenzó a tener esperanzas. A esperar que Giancarlo se quedara en Europa para siempre, oculto en su lujoso hotel de las colinas de la Toscana, tal y como había hecho durante la última década, desde que Paige lo había traicionado y aquellas fotografías íntimas y sórdidas habían aparecido en todos las publicaciones sensacionalistas imaginables. Se había dejado engañar ella misma por una falsa sensación de seguridad.

Porque Giancarlo estaba en aquel momento ante ella, y ya nunca más volvería a sentirse segura. Y, sin embargo, lo único que deseaba era perderse en su mirada. Volver a relacionarse con él. Recordarse a sí misma lo que había perdido. Lo que había echado a perder.

Había visto fotografías de Giancarlo por toda la casa durante los años que llevaba trabajando allí. Siempre misterioso y elegante. Bastaba una simple mirada para saber que Giancarlo no era americano. Incluso diez años atrás, a pesar del mucho tiempo que había pasado en Los Ángeles, había tenido aquel aire que sugería era el producto de largos siglos de sangre azul europea. Había algo especial en aquella contención suya, distante y desdeñosa, un aroma a lugares milenarios y antiguos dioses que impregnaba su aristocrático cuerpo y acechaba detrás de su oscura y tranquila mirada.

Paige había esperado que Giancarlo conservaría su atractivo, por supuesto, en caso de que volviera a encontrárselo alguna vez. Lo que no había esperado, o lo que se había permitido olvidar, era la crudeza de aquel atractivo. Verlo fue como recibir un golpe terrible en la cabeza que le dejó los oídos silbando y el corazón palpitante. Como si fuera consciente de ello, Giancarlo ladeó la cabeza mientras lo miraba. Parecía estar desafiándola a que continuara hablando cuando le había ordenado que se callara.

Pero ella no parecía capaz de hacer otra cosa que no fuera mirarlo fijamente. Como si la última década no hubiera sido más que una larga película en blanco y negro y allí estuviera él otra vez, resplandeciente y a todo color. Tan deslumbrante que apenas podía mirarlo.

Era, en parte, por la ropa que llevaba, que le sentaba a la perfección. Pero era algo más que eso. Tenía un cuerpo delgado y fuerte, una sinfonía de fuerza y sensualidad que Paige sentía como una caricia salvaje y carnal pese a los cinco pasos que los separaban. Aunque sabia que él nunca volvería a tocarla otra vez. Eso se lo había dejado muy claro.

Giancarlo seguía siendo hermoso, sí, pero había algo tan viril en él, emanaba una masculinidad tan rampante que a Paige se le secó la garganta. Era peor en aquel momento, diez años después. Mucho peor.

Llevaba pantalón oscuro, botas y la clase de cazadora que Paige asociaba con las sexis motocicletas Ducati y los lugares míticos con los que una chica como ella, de un destartalado pueblo de Arizona, solo podía fantasear, como la costa de Amalfi. Y, sin embargo, destilaba un refinamiento que le habría permitido entrar tal como iba vestido en una fiesta de gala y no desentonar….o meterse en la cama para disfrutar de un largo fin de semana de sexo feroz y abrasador, sin barreras.

Pero no le hacía ningún bien recordar aquel tipo de cosas. Porque su cuerpo parecía prepararse para su posesión como si hubieran pasado solamente diez segundos desde la última vez que se habían tocado, en lugar de diez años. Como si desearlo fuera una especie de virus que continuaba latente y para el que no existía cura.

La clase de virus que hacía que sintiera pesados los senos y el vientre tenso y tembloroso a la vez. La clase de virus que la hacía desear bailar como cuando estudiaba en el instituto, de manera obsesiva y constante, como si aquellos movimientos amplios y desinhibidos fueran la única manera de superarlo. Él. Su maravillosa boca se apretaba conforme se prolongaba el silencio, y Paige elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento porque no le se hubiera ocurrido todavía quitarse las gafas de sol. No quería saber lo que la haría sentir su oscura mirada cuando volviera a ver sus ojos. No quería saber qué efecto le causaría. Seguía recordando lo que había ocurrido la última vez, la corta y tensa conversación mantenida en la puerta de su apartamento aquella mañana final, cuando él le puso delante aquellas fotos y ella tomó conciencia de lo que le había hecho. Cuando la miró como si solo entonces, en aquel preciso instante, hubiera visto su verdadero rostro… y hubiera sido el del mal.

«Contrólate», se ordenó ferozmente. No había vuelta atrás. Demasiado bien lo sabía.

–Lo siento –logró decir antes de que él volviera a interrumpirla. Antes de que se desbordaran las lágrimas, las mismas que sabía que derramaría más tarde, en privado. Antes de que el dolor y el vacío que había simulado superar durante años la inundaran de golpe–. Giancarlo, lo siento mucho.

Se puso tan rígido como si lo hubiera abofeteado, y sin embargo fue ella la que se sintió abofeteada. Le dolía todo el cuerpo.

–No me importa por qué estés aquí –su voz era áspera. Una garra que la desgarraba en canal–. No me importa a qué juego estés jugando esta vez. Tienes cinco minutos para marcharte.

Pero lo único que Paige podía escuchar era lo que se agitaba detrás de aquellas palabras. Rabia. Traición. Como un fuego furioso y abrasador que todavía ardiera entre ellos. Y sintió náuseas, porque en lugar de sentirse aterrorizada, algo en su interior se alegraba de que

no le resultara indiferente.

–Si no te vas voluntariamente –continuó Giancarlo con perversa deliberación, y ella supo que lo hacía porque deseaba hacerle daño–, me proporcionará un gran placer sacarte yo mismo de aquí.

–Giancarlo… –empezó, intentando adoptar un tono tranquilo.

Pero se alisó con manos nerviosas la fina blusa y la falda de tubo que llevaba. Y aunque no podía verle los ojos, los sentía clavados en ella, dibujando la curva de sus caderas y de sus piernas, como si dirigiera a propósito su mirada hacia aquellas partes de su cuerpo que antaño había afirmado venerar. ¿Acaso ella lo había hecho de manera intencionada?

Pero él volvió a interrumpirla.

–Puedes llamarme conde Alessi durante los cuatro minutos que te quedan hasta que te eche a patadas –le dijo con voz áspera–. Pero si sabes lo que te conviene, sea cual sea el nombre que estés usando o la estafa que estés planeando hoy o hayas planeado durante años, te sugiero que no digas nada.

–Yo no estoy planeando ninguna estafa…

Paige enmudeció de pronto, porque todo aquello era demasiado complicado y ella debería habérselo esperado. Debería haberse preparado lo que debía decirle a alguien que no tenía razón alguna para escucharla. Y que no se creería una sola palabra de lo que le dijera. ¿Por qué no se había preparado para ese momento?

–Sé que no quieres oír nada de lo que tenga que decirte, pero esto no es absoluto lo que tú piensas. Como tampoco lo era entonces.

Giancarlo pareció expandirse como una gran ola. Como si la fuerza de su furia lo desbordara y rompiera contra la gran terraza, el jardín en cuesta, los cañones que rodeaban la casa, el caos de Los Ángeles extendiéndose al fondo. Una ola que se derramó en cascada sobre ella, erizando hasta el último pelo de su cuerpo. Giancarlo apretó los labios mientras se arrancaba por fin las gafas de la cara, lo cual no mejoró en absoluto su aspecto. Porque los ojos que clavó en ella ardían con un brillo dorado de imperiosa furia sin que tuviera la menor intención de disimularlo.

A Paige le entraron ganas de volver a sentarse, no fuera a terminar cayendo al suelo. La preocupaba que pudieran fallarle las piernas. Quería ponerse a llorar como lo había hecho diez años atrás, con tanta intensidad y durante tanto tiempo que había terminado por caer enferma. Se sentía peligrosa, vertiginosamente vacía.

–Explícamelo entonces –sugirió él con un sedoso tono de amenaza y una vibrante violencia acechando detrás de su aspecto elegante.

O quizá no acechara realmente detrás, pensó Paige, cuando por fin pudo ver su hermoso y terrible rostro en toda su furiosa perfección.

–¿Qué parte es la que se me escapa? –continuó Giancarlo–. ¿El

hecho de que nos fotografiaras mientras disfrutábamos del sexo, pese a que estoy seguro de que te conté lo mucho que detestaba salir en los medios después de haberme pasado toda la vida bajo los focos por culpa de mi madre? ¿O el hecho de que vendieras aquellas fotos a revistas sensacionalistas?

Dio un paso hacia ella; tenía los puños a los costados, y ella no entendía cómo podía desear salir huyendo como si le fuera en ello la vida y al mismo tiempo correr hacia él.

–¿O quizá estoy malinterpretando el hecho de que te has infiltrado en la casa de mi madre para seguir curioseando sobre mi familia? –sacudió la cabeza–. ¿Qué clase de monstruo eres tú?

–Giancarlo…

–Yo te lo diré exactamente.

Paige conocía demasiado bien aquella mirada. Estaba grabada en sus recuerdos y le revolvía el estómago con la misma sensación de vergüenza y arrepentimiento del pasado. Enrojeció furiosamente.

–Eres una perra mercenaria y eso creo que te lo dejé perfectamente claro hace diez años. Yo nunca, jamás, quise volver a mirarte a la cara.

Paige no fue capaz de protestar. No podía negar nada de lo que él le había dicho. Y, sin embargo, sus palabras no la hicieron encogerse y hacerse un ovillo allí mismo, al igual que lo había hecho la última vez que Giancarlo la había mirado así y le había dirigido insultos que se había merecido de sobra. No, había algo que la hacía mantenerse erguida en lugar de encogerse. Algo que le daba la fortaleza necesaria para resistir aquella terrible mirada, para alzar la barbilla ante aquel gesto furioso y condenatorio.

–Yo la quiero.

Aquella frase permaneció suspendida entre ellos, cruda y densa. Era, según se dio cuenta tardíamente, un eco de la confesión que le había hecho a él mismo diez años atrás, cuando ya había sido demasiado tarde. Y él la había creído todavía menos de lo que la creía en aquel momento.

–¿Qué has dicho?

El tono de Giancarlo era demasiado tranquilo. Tan suave y deliberadamente amenazador que la hizo temblar por dentro. Se obligó a erguirse todavía más.

–¿Qué es lo que te has atrevido a decirme?

–Esto no tiene nada que ver contigo.

Y era cierto, a su manera. Paige no era ninguna lunática, pese a lo que él pudiera pensar. Ella simplemente había comprendido hacía mucho tiempo que lo había perdido, y eso era irrevocable. Lo había aceptado. No se trataba de hacerle volver. Se trataba de pagar una deuda de la única manera que podía.

–Esto nunca ha tenido nada que ver contigo –continuó cuando estuvo segura de que su temblor interior no se reflejaba en su voz–. No de la manera en que tú estás pensando. De verdad que no.

Giancarlo sacudió la cabeza ligeramente y masculló algo en aquella suave lengua italiana que ella sintió, injustamente, como si fuera una caricia. Porque no lo era. Era todo lo contrario.

–Esto es una pesadilla –volvió a clavar en ella su furiosa mirada. Aquella vez fue todavía más dura. Más feroz. Una furia dorada y oscura–. Pero las pesadillas se acaban. Sigues igual, tantos años después. Fueron dos meses escasos y demasiadas fotografías explícitas. No tenía que haber confiado en una mujer como tú, pero para mí eso ya está superado. ¿Por qué no te marchas de una vez, Nicola?

–Paige –no podía aguantar aquel nombre. Nunca más. Era el símbolo de todas las cosas que había perdido, de todas las terribles decisiones que se había visto obligada a tomar, de todos los sacrificios que había hecho por alguien tan indigno de los dos que sentía en la boca el sabor amargo del arrepentimiento–. Antes preferiría que me llamaras «perra mercenaria».

–No me importa cómo prefieras llamarte –no fue un grito, pero de todas formas su voz sonó como una ráfaga de balas, y ella no pudo evitar esbozar una mueca–. Quiero que te vayas. Quiero ese veneno tuyo lejos de mi vida, lejos de mí. Me repugna que hayas estado aquí durante todo este tiempo sin que yo lo supiera. Como un cáncer maligno escondiéndose a plena vista.

Paige sabía que debía marcharse. Aquella era una situación retorcida e incómoda al margen de la pureza de sus intenciones. ¿Qué importaban todas sus racionalizaciones, todas sus excusas, cuando su presencia en aquella casa solo servía para infligir todavía más dolor a aquel hombre? Él nunca se lo había merecido. Ella era realmente un cáncer. Su propia madre siempre lo había pensado.

–Lo siento –dijo de nuevo.

Su mirada oscura y ardiente seguía clavada en ella. Exigente, airada, todavía dolida, y ella se sabía culpable. Le despertaba sensaciones casi fantasmales de dolor y pasión a la vez.

–Más de lo que tú crees –añadió–. Pero no puedo abandonar a Violet. Se lo prometí.

Giancarlo la miró de tal manera que Paige necesitó de todo su valor para no retroceder cuando él avanzó hacia ella. O para no dar media vuelta y echar a correr como había deseado hacerlo desde el momento en el que había oído su voz. Quería correr para no detenerse más. El impulso de hacerlo le latía en la sangre.

Pero no lo había hecho diez años atrás, y de gente mucho más temible que Giancarlo Alessi. No lo haría en ese momento. Por muy fuerte que le latiera el corazón en el pecho. Por muy grandes y

dolorosos que fueran los sollozos que se negaba a dejar escapar.

–Pareces pensar que estoy jugando a algo contigo –dijo Giancarlo con voz suave, muy suave, destilando una amenaza que Paige sintió como una mano cerrándose sobre su garganta–. Y no es así.

–Entiendo que esto es difícil para ti, y seguro que no me creerás si te digo que esa no fue nunca mi intención.

Paige intentó adoptar un tono conciliatorio. Pero su tono había sonado asustado, y el miedo era tan inútil como el arrepentimiento. No tenía espacio ni para uno ni para lo otro. Aquella era la vida que se había construido.

–Pero mi lealtad es para con tu madre, no para ti –añadió.

–Te pido disculpas –fue una sarcástica bofetada, que no una disculpa–, pero la ironía de la situación me ha dejado temporalmente sordo. ¿Tú… has pronunciado la palabra «lealtad»?

Paige apretó los dientes. No agachó la cabeza.

–Tú no me contrastaste. Fue ella.

–Un argumento irrelevante si te matara con mis propias manos –rugió.

Paige debería haber sentido miedo, pero no fue así. No tenía ninguna duda de que la expulsaría de la propiedad, pero daño no le haría. No físicamente. No Giancarlo.

Quizá aquel fuera el último vestigio de la jovencita que había sido, pensó. Aquella niña insoportablemente ingenua y estúpida que había imaginado que un nuevo y radiante amor lo podía arreglar todo. Había aprendido bien la lección y de la peor de las maneras, pero seguía creyendo que Giancarlo era un buen hombre. Pese al efecto que había tenido en él su traición.

–Sí –dijo con una voz enronquecida por toda la emoción que sabía no podía demostrarle. Porque solo serviría para que la odiara más–. Pero no lo harás.

–Por favor –suspiró–. No me digas que eres tan ingenua como para imaginar que no te destrozaría si pudiera.

–Por supuesto. Si pudieras. Pero tú no eres así.

–El hombre al que creías conocer está muerto, Nicola –pronunció aquel nombre como si fuera un puñetazo, y Paige retrocedió un paso–. Murió hace diez años y no lo reanimarás con tus mentiras y tus patéticas pretensiones de lealtad. No resucitará. Puede que me parezca al hombre que conociste durante aquellos dos meses tan profundamente estúpidos de mi vida, pero fíjate en lo que digo: ese hombre está tan muerto como si nunca hubiera existido.

Aquello no debería resultarle tan triste, porque no era más que la simple verdad. No era ninguna sorpresa. No había absolutamente ninguna razón por la que debiera sentirse presa de aquel absurdo e imposible dolor, pero lo sentía como si nunca hubiera desaparecido,

como si ni siquiera se hubiera atenuado durante todo aquel tiempo.

–Acepto toda la responsabilidad y me culpo de lo que sucedió hace diez años.

Lo dijo con el tono más pragmático posible, sin descubrirle lo mucho que aquello le costaba, lo muy vulnerable y desequilibrada que se sentía. Como tampoco sabría que aquellos meses que había vivido con él habían sido los mejores de su vida, y que por tanto habían justificado todo lo que había ocurrido después. Incluido aquello.

–No puedo hacer nada más –añadió–. Pero le prometí a Violet que no la abandonaría. Castígame si tienes que hacerlo, Giancarlo. Pero no la castigues a ella.

Giancarlo Alessi era un hombre compuesto casi enteramente de defectos, un hecho con el que estaba demasiado familiarizado después de lo sucedido durante la última década y el precio que había pagado por su propia estupidez, pero quería a su madre. Su complicada, grandiosa e impresionante madre. Sabía que ella también lo quería, pero a su manera. No importaba cuántas veces lo hubiera vendido a la prensa por sus particulares propósitos: para combatir rumores acerca de su matrimonio en crisis, para dar a las revistas algo de lo que hablar aparte de su vida amorosa, o para servir a un determinado objetivo de su carrera.

Había terminado aceptando que ver su intimidad expuesta al público era algo que cabía esperar cuando se era hijo de una estrella de Hollywood de la categoría de Violet, razón por la cual se había prometido que nunca, jamás, tendría hijos a los que ella pudiera manipular para sus propios fines. Nada de felices nietos que adornaran los reportajes de las revistas sobre su «sorprendente profundidad de sentimientos». Nada de bebés a los que pudiera arrullar delante de cámaras bien elegidas para cultivar su imagen cuando fuera necesario. Él nunca condenaría a un hijo suyo a una vida así, por mucho que quisiera a Violet. Pasaría su título nobiliario italiano a un primo lejano de su padre y dejaría que la brutal atención mediática de Hollywood terminara con él.

Había perdonado a su madre. Ella era así y punto. Era otra la mujer a quien quería herir, no a Violet. Aquella otra mujer podía elegir el nombre que quisiera, pero para él seguía siendo Nicola. La arquitecta de su destrucción. El agente de su más profunda humillación.

La guapa bailarina por la que había perdido la cabeza como en tantos vergonzosos clichés, mancillando su título nobiliario, su relación con su difunto padre, y manchándose a sí mismo en el proceso. La intrigante criatura que le había hecho pensar con la entrepierna, convirtiéndolo en un extraño a sus propios ojos. La mujer

que le había hecho cómplice de todo aquello que había odiado en los demás: su presencia en las malditas revistas, sus mayores intimidades expuestas al público.

Todavía tenía que perdonarse a sí mismo. Pero a ella no pensaba perdonarla jamás.

Y allí estaba en aquel momento, en aquella casa a la que él se había prometido no volver a dejarla entrar nunca, la mujer a la que tan decididamente había extirpado de su memoria. Se sentía aturdido, como mareado, víctima de un odio frío y calculador. Ni más ni menos lo que ella se merecía.

Tenía que ser frío. Controlado. No dejaría que el anhelo que sentía arder por ella se impusiera a su persona y volviera a destruirlo todo. Ya no era el confiado estúpido de antaño. Ella misma ya se había asegurado de que no volviera a serlo nunca.

Ocultaría el asco que sentía por la soleada ciudad de Los Ángeles, por la rica California y por la elegante monstruosidad que era *La Bellissima*. Por la imprudencia de su madre a la hora de rodearse de amantes, maridos y asistentes, todos ellos pasto de la prensa más carroñera.

Estudió a Nicola, o a Paige, mientras permanecía ante él, mirándolo con aquellos ojos cargados de mentiras, entre verdes y azules, con aquella melena oscura con reflejos cobrizos que se había recogido en una sola trenza que caía sobre su fino hombro desnudo. Diez años atrás había tenido el pelo más largo y más rojizo, menos negro. Había adelgazado, siguiendo la moda dominante entre las jóvenes, como si privarse de los placeres de la vida pudiera llevarlas a la fama como máximo objetivo. Como objetivo más importante que la comida, que el respirar. Y que el amor. Eso lo sabía demasiado bien.

«No pienses siquiera en esa palabra», se recriminó.

Vio que se ponía rígida mientras la recorría con la mirada, así que siguió haciéndolo, diciéndose a sí mismo que no le importaba lo que aquella mujer, se llamara como se llamara, pensara o sintiera. Porque ella le había dejado claro que lo único que había visto en él, pese a lo muy profundamente que se había enamorado y al hecho de que ella hubiera vuelto su vida del revés durante aquellos dos meses que habían pasado casi enteramente en la cama, había sido la fama de Violet y su dinero.

No era solo su corazón lo que le había roto. Había destruido su orgullo, su creencia de que podía adivinar las intenciones de una persona con una simple mirada y guardarse así de la clase de depredadores que pululaban por aquella ciudad. Había alterado por completo la imagen que había tenido de sí mismo. Era como si le hubiera cortado un brazo o una pierna.

Podía ver que se conservaba muy bien, cosa que le irritaba. Seguía

teniendo aquella elegancia de bailarina combinada con un buen tono muscular. Contempló sus pequeños y erguidos senos debajo de la blanca blusa sin mangas, con el cuello drapeado, y la falda de tubo que realzaba sus caderas. Sus manos evocaron la lujuriosa sensación de su cuerpo. La perfección de sus curvas bajo sus palmas. De repente, en lo único que pudo pensar fue en aquellas piernas enredadas alrededor de su cintura, o apoyadas sobre sus hombros mientras entraba profundamente y con fuerza en ella…

«Alto», le ordenó una voz interior, «o volverás a ponerte en ridículo».

Aquel disfraz profesional, si acaso lo era, no servía para esconder su singular y extraordinaria belleza. Nunca se había parecido a las otras chicas que le habían perseguido en aquel entonces. Era su fuego lo que le había atraído desde el principio, en el plató de rodaje de vídeos musicales donde se habían conocido. Una bailarina de fondo ataviada con apretadas mallas y sujetador deportivo. Él había sido entonces el todopoderoso director que no habría tenido por qué fijarse en ella, habiendo como había habido un montón de estrellas del pop pendientes de cada palabra suya.

Todavía podía sentir la llama que había visto arder en ella entonces, pese a que Paige se había oscurecido el pelo y llevaba una vestimenta recatada y profesional. Como la eficaz asistente personal de su madre que sabía que había demostrado su valía durante aquellos últimos años. Pero Giancarlo se negaba a pensar en ello. En sus motivaciones y en sus intenciones. En el motivo por el cual había pasado tanto tiempo jugando a aquel juego y por el cual se había molestado en destacar en aquel cargo. En la razón de que no pudiera mirarla sin desearla, a pesar de saber exactamente lo que había hecho.

–¿Es ahora cuándo vas a contarme la triste historia de tu vida? –le preguntó fríamente, disfrutando perversamente con la manera en que reaccionaba a su voz–. Siempre hay una en estas situaciones, ¿no? Muchas razones. Muchas excusas.

–No creo que tenga excusas. Solo me he disculpado. No es lo mismo.

–No –deslizó la mirada por su boca. Aquella condenada boca. Todavía podía sentir su contacto contra la suya, o envolviendo cálida y ardiente su miembro. Una boca que, cuando hablaba, solo era para decir mentiras–. Tendré que ver lo que puedo hacer al respecto.

Paige suspiró entonces, como si él estuviera poniendo a prueba su paciencia. Aquella mujer que había entrado en su vida como un huracán, para volverse por donde había venido, dejando detrás el escándalo y la basura de sus mentiras.

Y, sin embargo, seguía siendo infinitamente hermosa. Y aquello era lo que más le enfurecía.

–No voy a ponerme a llorar porque me mires con esa expresión tan

feroz –dijo ella.

La miraba deseoso de ver algo en aquellos camaleónicos ojos. Paige no se había conformado con destrozarle la vida. Se había propuesto como objetivo apoderarse también de la de su madre y lo había conseguido, delante de sus propias narices. ¿Cómo podía imaginar que no fuera otra cosa que un ser diabólico?

Soltó una carcajada seca y breve.

–Me maravilla verte. Ahora te pareces a la persona que eres, no a la que fingías ser –apretó los labios–. Pero supongo que eso no es más que la magia de Hollywood en acción, ¿no? Las cosas más repugnantes y narcisistas dentro de los envoltorios más hermosos –rio, deseoso de herirla–. Porque eso es lo que eres, ¿verdad?

# Capítulo 2

Giancarlo se había enamorado locamente de ella.

Aquello era lo que no podía perdonarse, y mucho menos permitirse olvidar, sobre todo cuando volvía a tenerla delante. El escándalo que había arruinado su incipiente carrera cinematográfica, que había proyectado aquella larga sombra sobre lo poco que había quedado de la intensamente privada y recatada vida de su padre, que le había hecho cuestionarse todo lo que había creído saber sobre sí mismo… El escándalo que le había hecho abandonar finalmente aquella condenada ciudad, perseguido por todos sus demonios. Aquello había sido algo tan terrible que había dejado una marca profunda e indeleble en el alma de Giancarlo. Pero por mucho que lo hubiera lamentado, suponía que habría podido entenderlo si se hubiera tratado simplemente del típico capricho de un joven insensato y consentido por una chica bonita. Una de las historias más antiguas del mundo.

La historia de sus propios padres, por cierto.

Pero había sido peor. Lo que después de tantos años todavía conseguía hacerle hervir la sangre era el hecho de que hubiera querido casarse con aquella criatura pese a su aversión a la institución matrimonial, convertirla en condesa, llevarla a su hogar ancestral de Italia. Él, que se había prometido no casarse jamás después de haber sido testigo de la ruptura de la tormentosa unión de sus padres. Mientras ella había estado negociando el precio de su destrucción, él había estado fantaseando con el matrimonio. La furia que le provocaba todo ello seguía amenazando con volverle loco.

Paige se limitó a inclinar la cabeza, como si estuviera dispuesta a aceptar toda la culpa.

–¿No tienes nada que decir? –se burló–. No me lo creo. Tienes que haber perdido tu habilidad durante todos estos años, Nicola –vio que daba un respingo, como si realmente odiara aquel nombre, y archivó el dato para utilizarlo en su contra–. Te suplico que me perdones, Paige. Puedes llamarte como quieras. Evidentemente, si no eres capaz de darme una mejor respuesta, es que has pasado demasiado tiempo con una vieja solitaria.

–Tu madre se siente sola, efectivamente –respondió Paige, y él supuso que era de furia el rubor que oscureció sus mejillas, aunque su

tono era tranquilo–. Esta situación no pretendía ser a largo plazo, Giancarlo. Desde el primer momento asumí que volverías a casa en menos de un mes y me reconocerías. Pero al final han transcurrido tres años.

–El mundo se acabará antes de que yo me vea obligado a darte explicaciones.

Explicaciones por la manera en que había dejado pasar el tiempo, tan ocupado como había estado siempre. Siempre había habido algo que se lo había impedido: una crisis con la propiedad en Italia, lo que fuera. Explicaciones sobre cómo había evitado volver y perjudicar a su madre en el proceso. Aquellas justificaciones podían ser ciertas, ya que era precisamente por eso por lo que finalmente se había obligado a regresar después de haber pasado un año y medio sin ver a Violet, pero, desde luego, no eran asunto de ella.

–Yo no te he pedido ninguna explicación –se encogió de hombros–. Sencillamente, es la verdad.

–¡Por favor! –se pasó una mano por la cara para no reaccionar como el animal en el que parecía convertirse en su presencia. Diez años atrás había pensado que aquella compulsión, aquella necesidad, era pasión. Pero había aprendido que era pura locura–. No uses palabras cuyo significado desconoces. Solo te hace parecer aún más avariciosa y vulgar de lo que ya eres.

Paige parpadeó varias veces y cuadró los hombros, alzando la barbilla.

–En los cinco minutos que me quedan para hablar contigo, ¿tengo tiempo de conseguir un vocabulario que cuente con tu aprobación, antes de que me eches a la calle?

Giancarlo la miró con la brisa jugueteando con su pelo negro de reflejos cobrizos, bajo el sol que se derramaba a través del fragante emparrado, y comprendió con dolorosa lucidez que se encontraba ante una oportunidad. Aquella mujer había sido como una triste sombra proyectándose sobre su vida, pero aquella sombra ya no existía. Y él se parecía tan poco al hombre en el que Paige había clavado sus garras en el pasado que bien habría podido ser otra persona.

Ella nunca había sido la mujer que había afirmado ser. Porque a aquella mujer la había amado. Aquella mujer había sido como la pieza perdida de su alma. Una pieza que no había sabido que le faltaba y que, sin embargo, había reconocido instantáneamente nada más verla.

Pero aquello no había sido más que una actuación, le susurró una severa voz interior.

Y acababa de empezar el segundo acto.

–¿Sabe mi madre que eres la mujer que apareció en todas aquellas fotos de hace una década? –le preguntó con aire distraído.

Aunque no lo estaba. Hundió las manos en los bolsillos mientras la

miraba con atención, advirtiendo lo pálida que se quedaba y la manera que tenía de apretar los labios.

–Por supuesto que no –musitó.

Una parte de Giancarlo se preguntó por qué tenía tanto empeño en conservar la buena opinión de su madre. ¿Por qué le importaba tanto? Pero se recordó que aquella era la manera que tenía Paige de jugar su juego. Era buena, muy buena, fingiendo que algo le importaba.

–Entonces eso es lo que sucederá –dijo con tranquilidad. El impacto de verla finalmente había desaparecido y ya solo quedaba el deseo de venganza–. Preferiría no preocupar todavía a mi madre contándole la verdad sobre su asistente favorita. No creo que le gustara mucho.

–Lo odiaría, y a mí también –replicó Paige–. Pero también le rompería el corazón. Si ese es el objetivo de tu visita, desde luego, esa es la mejor manera de lograrlo.

–¿Así que soy yo el malo de la película?

Rio de nuevo, pero aquella vez divertido de verdad, y vio una compleja ola de emociones desfilar por el rostro de Paige. No quería saber por qué. Sabía exactamente lo que quería.

–Debes de estar delirando más incluso de lo que sugiere tu presencia en esta casa –añadió.

–Giancarlo…

–Renunciarás a tu puesto de trabajo y te marcharás por propia voluntad. Hoy mismo. Ahora.

Paige alzó las manos, cerrando los puños, y las dejó caer a ambos lados de su cuerpo. Fue una actuación admirable. Casi parecía real.

–No puedo hacerlo.

–Lo harás –Giancarlo estaba disfrutando. Y apenas recordaba la última vez que lo había hecho–. Esto no es un debate, Paige.

Paige contorsionó su precioso rostro en un convincente gesto de desesperación.

–No puedo.

–¿Porque todavía no la has convencido de que reescriba su testamento a tu nombre? –preguntó él secamente–. ¿O es que estás cambiando todos los cuadros de la casa por falsificaciones? Ya me parecía a mí que el Rembrandt del vestíbulo era un poco raro, pero imaginaba que era por culpa de la luz.

–Porque pienses lo que pienses de mí, y no estoy diciendo que no lo entienda, yo la quiero. Y no pretendo ofenderte, Giancarlo, pero la verdad es que solo me tiene a mí –abrió los ojos como platos al ver su expresión de furia y se apresuró a continuar–: Hace años que no la visitas. Desde el momento en que pone un pie fuera de la propiedad, se ve rodeada de aduladores y manipuladores. Yo soy la única persona en la que confía.

–Nuevamente, la ironía casi se puede mascar –Giancarlo se encogió

de hombros–. Y estás malgastando saliva. Deberías darme las gracias por permitirte firmar una carta de renuncia. Si fuera menos benevolente, te haría detener.

Paige se lo quedó mirando en silencio.

–Eso es un farol. Dudo mucho que tengas ganas de ningún escándalo.

–¿Un farol? –le espetó– ¿Crees que no he estado buscando a la mujer que me arruinó la vida durante años? ¿Esperando contra toda esperanza encerrarla en prisión? –sonrió levemente al ver que se tensaba–. Nicola Fielding se borró de la faz del planeta una vez que aquellas fotos se propagaron como la peste. Lo cual me lleva a pensar que tú tienes tan poco interés como yo en que esa historia se publique –arqueó las cejas–. Estás en un callejón sin salida, *cara*. Si yo fuera tú, empezaría a hacer las maletas.

Paige inspiró hondo y soltó el aire lentamente.

–Yo quiero de verdad a Violet –insistió, mirándolo con ojos suplicantes–. Puede que esto empezara como un equívoco intento de ponerme en contacto contigo después de que desaparecieras, lo admito, pero dejó de serlo hace mucho tiempo. No quiero hacerle daño. Por favor. Tiene que haber alguna manera de que podamos solucionar esto.

Giancarlo se permitió disfrutar del momento. Paladearlo.

No era furia ciega lo que sentía. Había pasado demasiado tiempo. Por otra parte, ella nunca debería haber entrado en aquella casa. No debería haberse relacionado con su madre.

–Giancarlo –musitó.

Utilizó el mismo tono que había usado aquella luminosa y terrible mañana de hacía diez años, cuando él finalmente había comprendido la verdad sobre ella, y cuando la había visto en forma de fotografías a todo color difundidas por todo el maldito planeta.

Cuando él se presentó en su apartamento, Paige no le dejó entrar y mantuvieron una breve, lamentable y última conversación en la puerta antes de que Giancarlo se alejara de ella, de Los Ángeles y de todo aquel mundo de maquinaciones de Hollywood que tanto odiaba. Cinco dolorosos minutos para poner fin a toda una fase de su vida y a tantos de sus sueños.

–Por favor.

Giancarlo acortó la distancia que los separaba y se apoderó de la punta de su trenza, para quedarse contemplando su satinado brillo cobrizo y los reflejos que le arrancaba el sol. Sintió más que oyó su rápida y profunda inspiración y la deseó de mil maneras. El fuego no se había apagado. Había llegado la hora de ser indulgente consigo mismo. La tenía en su poder.

–A lo mejor podemos solucionarlo –murmuró mientras aspiraba su

delicioso perfume. Aquella vez, la victoria era suya–. Bastará con que te metas en mi cama y te quedes allí hasta que haya acabado contigo.

Paige se quedó paralizada durante varios segundos antes de reaccionar.

–¿Qué has dicho?

–Ya me has oído.

Vio que sus ojos se tornaban de un indignado tono azul. De no haber sabido lo mentirosa que era, Giancarlo se habría aborrecido a sí mismo. Qué gran actriz podía ser cuando la convenía. Se limitó a darle un pequeño tirón de la trenza mientras veía una expresión de comprensión dibujarse en su rostro, tan cerca del suyo. Al tiempo que reconocía en ella el eléctrico calor que él estaba sintiendo por dentro.

Aquella era la razón por la que iba a poder ganarle la partida. Porque Paige podía controlar sus reacciones tan poco como él. Y él ya no era tan ingenuo como para imaginar que aquello pudiera significar algo. Aquella vez sabía que se trataba de un juego.

–Quiero asegurarme de que te estoy entendiendo bien –Paige tragó saliva, y él estuvo seguro de que lo había comprendido perfectamente–. Quieres que me acueste contigo para así poder conservar mi empleo.

Giancarlo sonrió al ver cómo se le erizaba el vello de la piel.

–Así es. Con tanta frecuencia como entusiasmo. Cuando y donde yo quiera.

–No puedes estar hablando en serio.

–Te aseguro que sí. Pero si quieres, ponme a prueba. A ver qué pasa.

Vio que le temblaban ligeramente los labios y la admiró por ello. Parecía tan real… Estaba lo suficientemente cerca de ella como para vislumbrar los duros pezones presionando contra la seda de su blusa. Sabía que se sentía tan impotente ante los sentimientos que fluían entre ellos como él. Quizá siempre se hubiera sentido así. Quizá fuera por eso por lo que todo era tan confuso. Paige lo había elegido porque él pertenecía a la realeza de Hollywood en virtud de sus padres y aquello lo había convertido en un objetivo a alcanzar, pero entonces había surgido toda aquella pasión para complicar las cosas.

–Giancarlo…

No la interrumpió, pero ella tampoco terminó la frase. Vio que sus ojos se llenaban de un húmedo calor y tuvo que concedérselo: seguía siendo muy buena actriz. Muy creíble.

Pero nunca más volvería a creer en ella. Por muchas lágrimas que derramara, o que estuviera a punto de derramar. Por muy convincente que fuera el temblor de sus labios.

–Tus opciones se reducen a cada momento –le recordó con suavidad. Era una advertencia–. Ahora solo te quedan dos. Marcharte ahora, sabiendo que le contaré exactamente a mi madre los motivos

de tu marcha. Puede que eso le rompa el corazón, pero en todo caso, quedará como una mancha negra en tu alma, que no en la mía. Y me sorprendería que mi madre no encontrara alguna forma de hacértelo pagar. Te darás cuenta de que no se ha convertido por accidente en la mujer que es. Es muchísimo más dura de lo que parece.

–Ya lo sé. ¿Y cuál es la segunda opción?

Se encogió de hombros.

–Quedarte. Y hacer exactamente lo que yo te diga.

–Sexualmente hablando –le espetó con voz temblorosa, pero mirándolo firmemente a los ojos–. Quieres que yo haga lo que tú me digas… en términos de sexo.

Si esperaba que la crudeza de la expresión iba a hacer que se avergonzara y cambiara de idea, entonces era mucho más estúpida de lo que recordaba. Giancarlo se sonrió.

–Me refiero a que hagas lo que yo te diga, punto –cedió a la tentación y la tocó. Delineó el delicioso perfil de su mandíbula y la tomó de la barbilla–. Trabajarás para mí, Paige. Haré lo que quiera y cuando quiera contigo.

Pudo sentir su temblor y se regocijó con la sensación.

–¿Por qué? –susurró ella–. Soy yo, recuerdas. ¿Por qué querrías…?

Una vez más fue incapaz de terminar la frase, y él disfrutó con aquellos síntomas de debilidad. Con aquellas grietas en su preciosa armadura. Se inclinó entonces hacia delante y le rozó los labios, en una leve insinuación de lo que vendría después. Una pequeña prueba.

Y fue tal como lo recordaba.

Todo aquel fuego, ardiendo tanto en él como en ella, por el gemido que dejó escapar. Toda aquella tristeza. Vergüenza, furia y diez años de terrible anhelo. Giancarlo nunca lo había superado, y aquella era la razón. Aquella atronadora excitación que solamente había sentido con ella. Aquel anhelo sin igual.

Necesitaría colmar su deseo en aquel delicioso cuerpo que ella había esgrimido como un arma para esclavizarlo y destruirlo. Necesitaba hacerle pagar el precio de su traición de la manera más íntima posible. Solo entonces se vería libre de ella.

–Sé exactamente quién eres –le espetó sin molestarse en fingir que estaba disfrutando con aquello–. Hace mucho tiempo que tenías que pagar por lo que me hiciste, y te aseguro que tengo muy buena memoria.

–Te arrepentirás.

–Ya me he arrepentido de haberte conocido hace una década, *cara* –gruñó–. ¿Qué puede importarme añadir un poco más?

Se inclinó hacia delante, sintiéndola estremecerse contra él. Aquella vez conocía su verdadero rostro. La conocía. Aquella vez no habría estúpidas fantasías sobre matrimonios y finales felices en la campiña

toscana, rodeados de los dulces campos dorados que constituían su patrimonio. Aquella vez solo habría penitencia. Una dura y ardiente penitencia, hasta que quedara satisfecho.

Lo que esperaba podría llevar algún tiempo.

–Esto no tiene sentido –replicó Paige–. ¡Tú me odias!

¿Estaba desesperada o acaso era él quien esperaba escuchar ese tono? En cualquier caso, a Giancarlo no le importaba.

–No se trata de odio –repuso, y su sonrisa se profundizó. Se oscureció–. Dejemos esto claro, ¿de acuerdo? Se trata de venganza.

Paige pensaba que se abalanzaría sobre ella en el preciso instante en que aceptara su oferta.

Porque, por supuesto, la aceptó. ¿Qué otra opción tenía, cuando Violet Sutherlin se había convertido en una especie de segunda madre para ella? Una madre que no tenía nada que ver con la suya, egoísta, odiosa y adicta a las drogas, que ni siquiera había fingido ejercer de tal. ¿Cómo podía alejarse de Violet cuando ella era la única familia que le quedaba?

Pero Giancarlo se había limitado a esbozar aquella fría y desconcertante sonrisa que le había electrizado la piel. Luego había dejado caer la mano, se había apartado de ella y la había dejado en paz.

La había dejado en paz durante días. Tres días, de hecho. Tres largos días y tres noches muchísimo más largas.

Paige tenía que comportarse como si todo fuera perfectamente normal, haciendo su trabajo habitual para Violet y simulando estar tan entusiasmada como ella con el retorno de su hijo pródigo. Había tenido que mantener su pose profesional, en el caso de que pudiera hablarse de profesionalidad en un trabajo que consistía sobre todo en atender a los caprichos de Violet. Había tenido que dominarse cada vez que había coincidido en una misma habitación con Giancarlo, cuando lo único que le apetecía era gritar y poner fin a aquella tensión. Una tensión que él no parecía sentir mientras nadaba y se relajaba en la piscina, o reía con su madre.

Y, cada noche, Paige se encerraba en la pequeña cabaña cercana al borde del cañón, su hogar en la residencia de Violet, y se atormentaba a sí misma hasta el amanecer.

Era como si su cerebro hubiera registrado cada segundo de cada uno de sus encuentros con Giancarlo y pudiera reproducirlos con todo detalle. Cada caricia. Cada beso. Cada profundo embate de su posesión. El sensual gemido que profería contra su cuello cada vez que alcanzaba el orgasmo. Sus propios sollozos mientras se retorcía de placer.

Para la mañana del cuarto día, estaba destrozada.

–¿Has dormido bien? –le preguntó Giancarlo con su tono de seducción cuando tropezó con ella en la escalera trasera de acceso a la casa, en el momento en que se disponía a comenzar su jornada.

Violet desayunaba en su habitación cada mañana y esperaba ver a Paige allí antes de que terminara.

Giancarlo la estaba esperando en los anchos escalones que llevaban a la terraza. No le estaba bloqueando el paso, pero Paige tampoco se atrevía a pasar a su lado. Si no hubiera estado tan reconcentrada en su propio mundo de arrepentimientos y recuerdos mientras subía hasta la casa principal, lo habría visto. Y lo habría evitado.

«¿Seguro?», le preguntó una insidiosa voz interior.

Una mujer inteligente habría abandonado Los Ángeles diez años atrás para no volver nunca a un escenario tan plagado de dolor y traición. Una mujer inteligente no se habría involucrado para nada con la madre de su examante, y aunque lo hubiera hecho, habría rechazado de plano la perversa oferta de Giancarlo. Así que Paige suponía que hacía mucho tiempo que aquel barco había zarpado.

–He dormido como un bebé –respondió.

–Me lo tomaré en su sentido literal –respondió secamente–. ¿Despertándote cada dos horas y llorando a moco tendido, entonces?

Paige apretó los dientes. Él, por supuesto, rebosaba salud y un irritante vigor masculino. Llevaba camiseta y pantalones de deporte, y se disponía a mejorar aún más su excelente forma física corriendo por los senderos de montaña que rodeaban la casa. No era extraño que siguiera teniendo ese cuerpo esbelto y atlético. Deseó poder odiarlo. Deseó que el sentimiento que le palpitaba en el pecho, y mucho más abajo, fuera de odio.

–No he dormido mejor en toda mi vida –respondió con firmeza.

El error fue acercarse demasiado a Giancarlo mientras lo decía, como si él fuera un imán y ella fuera incapaz de resistirse. Eso también lo recordaba: aquella terrible atracción. Como cuando se encontraron en aquel plató de rodaje habilitado en un almacén. O en habitaciones, camas, duchas. Cuando fuera y donde fuera.

Diez años atrás había llegado a pensar que estaban hechos el uno para el otro. Sabía ya que no era cierto. Y, sin embargo, seguía sintiendo aquella atracción.

Paige apenas pestañeó cuando él alzó una mano para dibujarle con un dedo la parte inferior de un ojo. Fue un contacto tan delicado que casi la mareó, sobre todo por el contraste con la dura expresión de su rostro, con aquel brillo furioso siempre presente en su mirada.

–Mentirosa –musitó–. Pero no esperaba otra cosa de ti.

«Muérdete la lengua», se ordenó ella cuando ya se disponía a replicar. Que se hubiera metido dos veces en aquel desastre no

significaba que tuviera que empeorar las cosas. «Resignación», pensó.

–Estate preparada a las ocho –le pidió Giancarlo.

–¿Preparada para qué?

Giancarlo se acercó entonces a ella, haciéndola agudamente consciente de su cuerpo. De la anchura de su musculoso pecho. De su fortaleza, de su calor. Recordándole sus destrezas, sus habilidades. Recordándole que él había sido el único hombre que había conocido capaz de saber exactamente qué teclas pulsar para reducirla a gelatina. Cosa que había hecho una y otra vez. Simplemente con mirarla, todo lo demás desaparecía. Y él siempre había sido consciente de ello.

Todavía lo era. Podía verlo en el calor que hacía brillar sus ojos oscuros. Podía sentirlo en la manera en que su cuerpo reverberaba con aquel mismo fuego, con las llamas más vivas ardiendo en lo más profundo de su vientre.

Sintió que se quedaba sin respiración y creyó ver al hombre que tan bien recordaba en su oscura mirada, para de repente desaparecer como si nunca hubiera existido. Como si no hubiera sido nada más que una ingenua ilusión por su parte.

–Ponte algo que me permita meter las manos debajo –le ordenó Giancarlo.

Esbozó una sonrisa cruel que podría haberla hecho llorar. Pero no fue esa la sensación que le recorrió la sangre, aturdiéndola con algo que, aunque preferiría morir a reconocerlo, era excitación.

Y, como si él fuera perfectamente consciente de ello, siguió sonriendo.

Acto seguido se marchó y la dejó allí, intentando desentrañar los sentimientos encontrados que bullían en su interior bajo el sol de otra veraniega mañana californiana, esforzándose por no desmoronarse cuando sospechaba que eso era lo que él quería que hiciera. Sin mirar siquiera atrás.

–Creo que debe de sentirse terriblemente solo –comentó Violet.

Estaba sentada en una de las grandes habitaciones de aquella enorme casa, en la habitación que ella denominaba su despacho. Comunicaba con su jardín personal a través de unas puertas de cristal y estaba adornada con los numerosos premios y galardones recibidos. Se hallaba recostada en el diván en el que le gustaba instalarse mientras atendía su imperio. Era una mujer hermosa y de mirada inteligente, con un precioso cabello rubio bien retirado de un rostro en el que apenas se insinuaban los sesenta y pocos años que tenía. En aquel momento iba ataviada con su atuendo «de estar por casa»: unos finísimos vaqueros que debían de haberle costado una fortuna y una

blusa verde esmeralda a juego con sus ojos.

La estrella en su hábitat natural. Recostada ante el elegante escritorio francés, con su portátil abierto y sus numerosos teléfonos colocados en fila a lo largo de su brillante superficie, por si sonaba alguno. Paige frunció el ceño y nombró al famosísimo director de cine del que habían estado hablando.

–¿Crees que se siente solo? –le preguntó, sorprendida.

Violet soltó aquella risa ligeramente ronca que había causado sensación en el público desde que había aparecido en su primera película, allá por los setenta.

–No tengo la menor duda –respondió al cabo de un momento–, pese al ejército de jóvenes estrellas que desfilan por su vida, y en cuya compañía él no se da ninguna cuenta de que parece mucho más viejo y decrépito. Pero yo me refería a Giancarlo.

Por supuesto que sí.

–¿De veras? –Paige adoptó un tono indiferente. La clase de tono que usaría una empleada al hablar del hijo de su jefa.

–Siempre fue un niño muy solitario –le explicó Violet–. Es lo único de lo que me arrepiento. Su padre y yo nos queríamos con locura y había poco espacio para alguien más.

Todo el mundo conocía la historia. El trágico amor, con sus separaciones y sus desengaños. Los reencuentros breves y tempestuosos. El hecho de que hubieran vivido separados durante años y rodeados de rumores de aventuras, pero sin llegar a divorciarse nunca. La cabeza inclinada de Violet y sus lágrimas en el funeral del viejo conde, con su negativa a hablar públicamente de él después.

Posiblemente, pensó Paige mientras recordaba el final de aquella historia, ella había estudiado aquella historia de Hollywood con un poco más de concentración que la mayoría.

–A mí no me parece que se sienta particularmente solo –contestó cuando sintió la expectante mirada de Violet clavada en ella.

Violet era una experta en juzgar a las personas. Tenía que serlo por fuerza, después de haber frecuentado a tantas.

–Más bien me parece el tipo de hombre acostumbrado a ejercer un control absoluto y posiblemente incluso implacable sobre todo lo que le rodea –continuó.

Violet esbozó una sonrisa triste.

–Estoy de acuerdo. Y no se me ocurre nada más solitario que eso –dijo con tono suave–. ¿Y a ti?

Paige estaba recordando aquella conversación mientras se retocaba la pintura de ojos en el espejo del vestíbulo de su cabaña, a las ocho de la tarde de aquel día, cuando oyó unos golpes en la puerta. No se

molestó en preguntar quién era. El vuelco que le dio el corazón vino a decírselo. Abrió la puerta.

Allí estaba, enorme e infinitamente más peligroso, de aspecto aristocrático vestido con uno de sus elegantes trajes, nada que ver con el joven de estilo informal que ella había conocido antes. Aquel hombre parecía dispuesto a masticar clavos antes que dedicarse al californiano pasatiempo del surf, para no hablar de gandulear por la playa como un vagabundo vestido únicamente con unos viejos vaqueros. Aquel hombre parecía tan formidable, distante y altivo como el conde italiano que realmente era.

Giancarlo esperaba en el sendero que llevaba a su puerta mientras la recorría con sus ojos oscuros, desde la alta cola de caballo hasta el maquillaje del que había abusado como única máscara detrás de la cual defenderse. Su boca sensual se curvó ligeramente cuando reparó en aquel detalle, como si supiera exactamente lo que había estado pensando. Contempló también su delicado vestido de tirantes, con la elegante falda larga hasta el suelo.

–Muy bien, *cara* –le dijo, y no fue tanto aprobación lo que ella detectó en su voz como satisfacción, una diferencia que le aceleró el pulso. Salvajemente–. Parece que eres capaz de seguir simples instrucciones, cuando te conviene.

–Todo el mundo puede seguir instrucciones cuando le conviene –le espetó ella–. Se llama supervivencia.

–A mí se me ocurren nombres mejores –murmuró él con aquel tono sedoso y oscuro suyo que hería más por sus insinuaciones que por su contundencia–. ¿Pero por qué empezar la noche con discusiones? Sospecho que vas a necesitar de toda tu resistencia. Será mejor que la conserves mientras puedas.

«Solo está jugando contigo», se recordó mientras abandonaba la cabaña. «Quiere ver si realmente seré capaz de soportar esto». Se molestó en cerrar la puerta con llave más que nada para disimular sus nervios y evitar su mirada. Pero acabó enseguida y, muy pronto, Giancarlo ya la estaba llevando por el sendero de entrada con una mano en su cintura.

No habló más. La ayudó a subir al elegante deportivo que había esperado que poseería. Cuando rodeó el coche para sentarse al volante, ella todavía podía sentir su mano en la parte baja de su espada. El calor de aquel contacto le marcaba la piel como un hierro al rojo, haciéndola temblar.

Paige no sabía qué esperar cuando él arrancó el coche y atravesó la alta verja de la propiedad de Violet para seguir camino colina arriba. ¿Pensaba llevarla a algún restaurante para humillarla en público? ¿A alguno de los moteles de carretera que se alquilaban por horas para tratarla como la mujerzuela que creía que era? Pero esa no fue la ruta

que siguió cuando tomó la serpenteante carretera que subía a las montañas de Santa Mónica que partían Los Ángeles en dos, para terminar deteniéndose al pie de un acantilado. Había una vieja barandilla de madera, advirtió aterrada.

–Baja –le ordenó él.

–Yo, er, creo que no quiero hacerlo –dijo ella, escuchando el timbre de terror de su propia voz. Él también debió de haberlo oído, porque aunque su sombría expresión no cambió, ella creyó detectar un brillo de diversión en sus ojos oscuros.

–No voy a arrojarte por el acantilado –le dijo–. Eso sería demasiado fácil. Quiero que sufras, Paige –le dijo con tono suave, enfatizando todavía su nombre, como si lo juzgara otra mentira–. Acuérdate de eso.

Se recordó de pronto que pudo haberse marchado para siempre, diez años atrás o hacía tres días, y no lo había hecho. Quien se había marchado en aquel entonces había sido él. Después de haberle lanzado sus acusaciones, y de que ella le hubiera confesado su amor, se había marchado de su vida y de la vida que había llevado hasta entonces allí. Ella misma se había hecho la cama, ¿no?

Así que bajó del coche al tiempo que lo hacía él, y lo siguió hasta la barandilla, recelosa y preocupada. Giancarlo no la miraba. Tenía la mirada clavada en el furioso caos de luces de la ciudad. El lugar donde se encontraban estaba oscuro, sin luces que iluminaran la noche estrellada, en medio de un silencio casi fantasmal.

–Ven aquí.

No quería hacerlo, pero le había prometido que le obedecería, y ella confiaba en que todo se reduciría a humillarla, que no a hacerle daño… al menos físicamente, así que se aproximó a él. Se estremeció cuando él le pasó un brazo por los hombros y la atrajo contra el duro muro de su pecho. El mundo pareció girar a su alrededor y relampaguearon unas luces, pero solo fueron las de un coche que pasó cerca.

Giancarlo le acarició una mejilla y delineó con un dedo el contorno de sus labios.

Todo estaba caliente. Demasiado caliente. Él seguía siendo tan duro y masculino como recordaba. Sentía el delicioso peso del brazo que descansaba sobre sus hombros, y volvió a sentir el mismo antiguo fuego explotando dentro de ella, como si fuera nuevo. Como si fuera la primera vez que la tocara.

No le ordenó que abriera la boca, pero ella lo hizo de todas formas ante la insistencia de la caricia, y él deslizó entonces el pulgar dentro. Estaba más caliente de lo que debería, una sensación sensual y extraña a la vez, y sus ojos oscuros brillaron cuando se encontraron con los suyos con toda la ciudad a sus pies.

–Recuérdame exactamente cómo llegué a perder la cabeza por ti –le dijo, con toda la furia y la venganza presentes en su voz, desafiándola–. Usa tu lengua.

Paige no supo qué fue lo que se apoderó de ella en aquel momento, alguna dolorosa mezcla de esperanzas largamente perdidas y actuales arrepentimientos, para no hablar de la furia que intentaba disimular, pero hizo lo que le decía. Agarró aquella invasora mano con las dos suyas y empezó a chupar su pulgar como si fuera otra parte de su anatomía.

No supo durante cuánto tiempo estuvo haciéndolo.

Los ojos de Giancarlo eran más oscuros que la noche que los envolvía, con el mismo brillo dorado y febril. Paige se sentía salvaje y desinhibida, como derretida por dentro; nada importaba ya, porque ella podía saborearlo. Tal vez él la odiara, tal vez no deseara hacer otra cosa que herirla, pero Paige nunca había imaginado que volvería a saborearlo alguna vez. Nunca había soñado con que aquello podría volver a suceder.

Se sacó el pulgar de la boca y se colocó de manera que quedaran frente a frente.

–Me alegro de ver que no has perdido tu toque –le dijo él. Aunque su tono era cruel, su voz era más ronca que antes, y ella se dijo que eso significaba algo. Significaba lo mismo que el hecho de que ella se hubiera quedado sin aliento, o que el nudo que sentía en lo más profundo de su vientre, aquella inquietud que solamente sentía con él y que sabía que solamente él podía curar.

Giancarlo sonrió, con una sonrisa tan hermosa que a ella se le cerró la garganta. Pero debió haber recelado. Porque él aún no había acabado.

–De rodillas, Paige –la ordenó–. Y hazlo bien.

# Capítulo 3

Por un momento Paige pensó que realmente se había caído ladera abajo y que aquel tenso, horrible sonido que resonaba en su cabeza era su propio grito. Pero parpadeó varias veces y resultó que seguía allí de pie, junto a Giancarlo. Pudo ver por la manera burlona que tuvo de enarcar las cejas que sabía que había escuchado perfectamente.

–Aquí no querrás hacerlo… –dijo con voz débil, lejana.

–Donde yo quiera. Como yo quiera. ¿Es que no te quedó claro?

–Pero yo… –se aclaró la garganta–. Quiero decir, yo no…

–Pareces confusa –sus manos seguían en ella, y eso no la ayudó. La caricia de sus pulgares en la sensible piel de sus hombros desnudos hacía que le entraran ganas de gritar, pero no creía poder detenerse si empezaba a hacerlo–. Yo esto, yo lo otro… No se trata de ti. Se trata de mí.

–Giancarlo…

–Te dije lo que tenías que hacer –dijo fríamente–. Y lo que sucederá si no lo haces.

Se apartó bruscamente de él, con un gesto furioso, y no solo porque sabía que él habría podido retenerla si lo hubiera querido. También porque él la odiaba y ella detestaba que lo hiciera. Porque estaba de vuelta en su vida, pero no de verdad, no de la manera en que había esperado secretamente que volviera.

Durante aquellos primeros meses, aquellos primeros años, Paige había esperado que apareciera, ¿no? Había esperado que la buscara una vez que se le pasara la furia inicial, una vez que el escándalo se hubiera apagado. Para continuar con la conversación que habían mantenido en la puerta de su apartamento la mañana en que difundieron las fotos, aquella conversación tan corta y tan terrible. Porque aunque su relación había sido muy breve, él había llegado a conocerla mejor que ningún otro hombre. Quizá no los detalles de su vida, porque ella nunca había querido que los conociera nadie, pero sí la verdad de su corazón. Había estado tan segura de que, de alguna manera, él acabaría comprendiendo sus circunstancias extremas…

Pero Giancarlo no había aparecido.

–¿Es esto realmente lo que quieres? –le preguntó, olvidándose de refrenar la lengua. El sabor de su piel persistía en su boca como un

delicioso vino que la hubiera dejado aturdida, embriagada–. ¿Es esto lo que han hecho contigo estos diez años, Giancarlo?

–Esto es lo que tú me hiciste a mí. Y esto es exactamente lo que quiero.

–Forzarme. Obligarme a hacer cosas que no quiero. Obligarme a… –descubrió que no podía decirlo. No al hombre gracias al cual sabía que el amor podía ser algo hermoso, en lugar de oscuridad y desgracia. No al hombre que la había hecho sentirse tan viva, tan poderosa, tan perfecta–. Hay palabras para eso, ¿sabes? Palabras terribles.

–Ninguna de las cuales es aplicable –hundió las manos en los bolsillos de su traje, y Paige se preguntó si le costaría tanto dominarse como a ella–. Tú no tienes que hacer nada. No tengo ningún deseo de forzarte. Todo lo contrario.

–Me dijiste que tenía que hacer esto pa-para…

–No te pongas a tartamudear como la virgen vestal que ambos sabemos que no eres –le dijo él con tono suave, y ella se preguntó si se habría olvidado de que había sido exactamente eso cuando se relacionó con él diez años atrás. Y si pensaría acaso que eso era otra mentira–. Te dije que tenías que obedecerme. Dentro y fuera de la cama.

–Que tenía que tener sexo contigo a tu capricho, o que me marchara.

–Así es.

–Entonces tengo que hacer algo. A ti te encanta utilizar la fuerza.

–En absoluto –se encogió de hombros como si no le importara lo que sucedió a continuación, pero había una tensión en sus ojos, en aquellos musculosos hombros, que le decía lo contrario. Lo cual no resultaba en absoluto reconfortante–. Eres libre de marcharte. De decir que no en cualquier momento y seguir adelante con tu vida, y utilizando el nombre que te apetezca. Yo no te detendré.

Era como si tuviera el corazón en la boca y volvió a sentirse mareada, pero no podía desviar la mirada de aquel terrible rostro, tan sensual, impasible y cruel.

–Pero si hago eso, le dirás a Violet quién soy. Le dirás que yo… ¿qué? ¿Te acosé? ¿Que me hice amiga suya para llegar hasta ti?

–Se lo contaré –su expresión se endureció, y su voz también–. Aparte de que posee el beneficio añadido de ser la verdad.

Pero Paige sabía que no era así. Sabía que una gran amistad se había desarrollado entre Violet y ella durante aquellos últimos años, y lo muy profundamente que la heriría descubrir que ella era una oportunista más. Una manipuladora que había intentado utilizarla para sus propósitos. Se ponía enferma solo de imaginárselo.

–Eso no es ninguna elección.

–Es una elección. Quizá a ti no te guste, pero no por ello deja de ser

una elección, lo cual es mucho más que lo que tú me ofreciste a mí.

–No puedo hacerle daño. ¿Es que a ti no te importa? ¿No debería importarte?

–Las elecciones que tomas tienen consecuencias –le recordó con impaciencia–. ¿Todavía no lo entiendes? Esto es una lección. Se supone que no tiene que ser divertida –aquella sonrisa era como una hoja bien afilada–. Para ti.

Por un momento pensó en marcharse, aunque tenía una buena caminata de vuelta. Ignoraba cómo podía seguir allí, inmóvil y además entera. No sabía cómo no había explotado ya en mil pedazos dispersos por aquella desierta carretera, como la luna estallada de un coche.

–Dime entonces –logró pronunciar, manteniendo la cabeza alta–. ¿Cómo piensas exactamente darme esa lección? ¿Dices que no quieres forzarme, pero estás de acuerdo con que yo me fuerce a mí misma? ¿Cuando eso es lo último que quiero?

–¿De veras? –sacudió la cabeza–. Seguro que te darás cuenta de la poca paciencia que tengo para las mentiras, Paige. Si te levantara ahora mismo la falda del vestido y metiera la mano bajo tu braga, ¿qué es lo que encontraría? ¿Desinterés?

Lo maldijo en silencio.

–No se trata de eso. Eso es biología, que no es lo mismo que voluntad.

–¿Estás húmeda?

No era en realidad una pregunta, y su silencio la respondió de todas formas. Sus ruborizadas mejillas, que estaba segura debían de relumbrar como una llama en medio de la noche. De vergüenza, de furia y de dolor, nada de lo cual importaba porque se estaba derritiendo por dentro, demasiado excitada, y él lo sabía.

–Por favor –musitó.

Y lo peor de todo era que no tenía la menor idea de lo que estaba pidiendo.

–Ya llegaremos a los súplicas –le prometió él. Pero primero, te quiero de rodillas. Aquí mismo. No me obligues a repetírtelo.

No creía que fuera a hacerlo.

Estaban frente a frente en la oscuridad, lo suficientemente cerca como para que un observador los tomara por amantes, y Giancarlo se dio cuenta de pronto de que no quería que ella lo hiciera, que había una parte de su ser que quería que ella se negara. Que se alejara de aquel fuego antes de que los consumiera a ambos y volviera a complicarlo todo otra vez. Que le detuviera, porque él dudaba de que pudiera o quisiera detenerse.

El hecho de verla había acabado con su autocontrol y en ese momento era como un coche lanzándose cuesta abajo por una carretera demasiado empinada, sin que le importara además lo que pudiera destrozar a su paso.

Ella no parpadeó. Ninguno de los dos respiraba. Giancarlo la vio cerrar los puños, tensar la espalda. Quiso impedirle que saliera corriendo. O que no lo hiciera, que no hiciera lo que estaba a punto de suceder en aquella noche demasiado oscura, donde lo único que se movía era la larga falda de su vestido, que la brisa del mar rizaba levemente.

Entonces ella se movió, un gesto de pura elegancia que fue peor todavía que todo lo demás, y que le recordó demasiadas cosas. La resistencia y flexibilidad de su cuerpo, sus esbeltas curvas, la veneración que él le había profesado antes de que terminara descubriendo quién era realmente. La había venerado con las manos, con la boca, con todo su cuerpo. Y allí estaba en ese momento, de rodillas ante él. Tal y como le había pedido. O exigido.

Se la quedó mirando fijamente. Deseaba volver a henchirse de indignada furia, con la protección que eso le proporcionaba, pero le resultaba difícil recordar nada cuando ella lo estaba mirando a su vez desde abajo, con los labios ligeramente entreabiertos. Si algo recordaba, era la imagen de aquellos labios cerrándose alrededor de su pulgar, que parecía explotar en su interior una y otra vez. Haciéndole darse cuenta de que se estaba engañando a sí mismo si pensaba que era él quien tenía el control de la situación.

Pero mientras ella no se diera cuenta de ello, pensó Giancarlo, se las arreglaría. Así que esperó, observándola. La noche parecía mucho más oscura de lo que era, más densa, con menos estrellas que el cielo de su Toscana, y podía *sentir* su respiración. La antigua y destructiva necesidad que sentía por aquella mujer pulsaba por todo su ser, disparándose por sus venas directamente hacia su sexo.

Se sentía como si fuera de granito, por todas partes, cuando ella se inclinó hacia delante y se apoyó en sus muslos, con sus palmas como fuego, la boca demasiado cerca de la zona de su cuerpo que más ardía por ella.

–Tu madre piensa que te sientes solo –le dijo ella de repente.

Tardó un momento en asimilar las palabras que había pronunciado con voz tan ronca, y cuando lo hizo, se sintió como atravesado por algo que no logró identificar. Se dijo a sí mismo que se trataba de más furia. Por lo que se refería a esa mujer, tenía un pozo sin fondo en su interior.

Se agachó y la tomó de la barbilla para alzarle la cabeza. Fue lo más difícil que había hecho en mucho tiempo.

–Eso no te va a funcionar –le dijo con tono suave. Estaba tan

excitado que casi le dolía.
–¿Qué quieres decir? Me lo comentó ella misma.
–Me da igual que te haya enseñado sus álbumes de fotos y que haya llorado sobre aquellas en las que aparezco como un bebé babeante –le dijo mientras le sujetaba la barbilla, aunque se moría de ganas de apartarla de sí. Podía sentir la presión de sus manos en los muslos–. No irás a decirme que así como estás ahora, arrodillada en el suelo ante mí, has hecho ese comentario porque te ha acometido un súbito interés por mi bienestar emocional.
–Aunque solamente hubiera estado interesada por tu bienestar emocional, de todas formas habrías pensado que te estaba engañando. No sé por qué me molesto en hablarte.
–En este caso –repuso él deslizando la mano por su sedosa mejilla– es porque esperas avergonzarme lo suficiente como para que ponga fin a esto. ¿Por qué si no sacar a colación a mi madre cuando estás a punto de recibirme en tu boca?
Entreabrió aún más los labios, como si estuviera genuinamente sorprendida, y él se echó a reír.
–Está bien –dijo ella, aunque su voz sonó como si fuera la de una desconocida–. Como quieras.
–De eso se trata precisamente, Paige –seguía manteniéndola inmóvil, de manera que no le quedara más opción que mirarlo–. «Como quiera» no es una expresión vacía. Podría significar darme placer en la cuneta de esta carretera, por ejemplo. Eso es lo que yo quiero. ¿Empiezas a comprender? ¿Cuántas lecciones serán necesarias hasta que lo entiendas?
Ella dijo algo en respuesta, pero la noche se llevó sus palabras, y se aclaró la garganta. Para entonces estaba temblando de pies a cabeza y Giancarlo fácilmente habría podido sentirse el monstruo que ella le decía con la mirada que era, pero también podía ver el resto. Las manchas de color de sus mejillas. El vidrioso brillo de sus ojos. Y bajo la mano que todavía le sostenía la cara, el salvaje latido de su pulso, revelador de una inequívoca excitación.
Conocía bien ese latido. Quizá fuera eso lo único sincero de ella, antes y ahora.
–¿Durante cuánto tiempo? –susurró ella y se humedeció los labios, un gesto que casi le arrancó un gruñido.
–Hasta que me aburra.
–Varias horas, entonces –dijo, con un resto de su habitual fuego, y él sonrió.
–Dudo que tengas tanta suerte –deslizó un dedo desde su orgulloso mentón hasta el delicado dibujo de su oreja, con vuelta–. He dedicado mucho tiempo a pensar en todas las maneras en que me gustaría verte arrastrándote ante mí. Pagándome luego. Y otra vez arrastrándote. No

sé cuánto tiempo podría llevar eso.

–Y, sin embargo, cuando tuviste la oportunidad, me hablaste durante tres segundos para después desaparecer durante toda una década –le recordó.

Giancarlo sintió entonces aquella misma ola de traición, la misma patada en el estómago que había sentido aquel lejano día, cuando descubrió que ella lo había utilizado de la manera que siempre lo había hecho su madre. Una manera que había sido todavía peor, porque Violet había vendido su imagen vestido, que no desnudo.

–Yo contigo no quiero *hablar* –le dijo con tono suave–. No lo quería entonces. Ni lo quiero ahora. Creía que te había quedado claro.

–Entonces será mejor que empecemos con la humillación y los favores sexuales, ¿no te parece? –dijo ella con fingida animación, y él pudo sentir la tensión de sus manos sobre sus muslos.

Enseguida las subió hasta su cinturón y Giancarlo no fue consciente de que quería detenerla hasta que lo hizo. Observó su rostro mientras la ayudaba a levantarse. No la soltó del brazo ni cuando estuvo nuevamente de pie, que era lo que debería haber hecho.

–Y yo que pensaba que íbamos a terminar arrestados por escándalo público… –musitó ella–. Habrían podido encerrarme y denunciarme, con lo que todos tus sueños se habrían hecho realidad en una noche.

–Este es mi sueño –gruñó, tensa su mano sobre su brazo y con aquella fiebre que latía en su sangre. Su venganza, al fin–. No es el hecho mismo lo que importa, *cara*. Ese es un privilegio que no te has ganado. Es la rendición. La clave está en la rendición –se echó a reír y la soltó, lo cual le costó más de lo que debería–. Ya aprenderás.

Durante la semana siguiente, resultó obvio para Paige que la intención de Giancarlo no era tener efectivamente sexo con ella cuando y donde quisiera, pese a lo que pudieran decir sus provocativas palabras. Eso habría sido fácil, a su manera. Él era mucho más diabólico que eso.

La quería en un constante estado de pánico, sin que tuviera la menor idea de lo que fuera a hacerle a continuación. Quería que no pensara en nada más que en él, mientras que las pequeñas cosas que la obligaba a hacer para demostrar su obediencia la estaban volviendo loca, lentamente. «La clave está en la rendición», le había dicho él. Su rendición. Y estaba aprendiendo lo que había querido decir.

Un día, tras una semana cargada de expectación, la encontró en el inmenso guardarropa de Violet, cuando estaba reuniendo una selección de complementos para la gala a la que la estrella asistiría aquella noche.

–Levántate la falda, quítate la braga y dámela –dijo Giancarlo sin

preámbulo alguno, haciéndole dar un respingo, toda ruborizada.

–¿Qué? –balbuceó, aunque la reacción de su cuerpo fue distinta. Los senos se le sensibilizaron mientras sentía de repente el sujetador demasiado apretado. El estómago le dio un vuelco y, más abajo, se abrasó de calor. Y eso solo con oír el sonido de su voz. ¿Qué sucedería si la tocaba esa vez?

–¿Es esta tu estrategia, *cara*? ¿Hacerte la ignorante cada vez que te hablo? –estaba esperando en el umbral, furioso y desaliñado. Aquel día había renunciado a sus exquisitos trajes y llevaba una vestimenta que lo acercaba mucho más al Giancarlo que recordaba de antaño, con sus vaqueros y una sencilla camiseta–. Es un poco aburrida.

Ella estaba de pie, demasiado rígida, demasiado inmóvil, detrás de la isleta central que alojaba la gran colección de joyas de Violet, consciente de que parecía un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche. No se sentía capaz de moverse.

–Ya te advertí de que te aburrirías.

La boca de Giancarlo se curvó ligeramente, y a ella se le hizo agua la suya.

–Demuéstrame que sabes seguir mis instrucciones –cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó un hombro en la jamba de la puerta, pero ella no se dejó engañar. Parecía tan tranquilo y relajado como una depredador tres segundos antes de lanzar un ataque–. Y yo que tú me lo pensaría dos veces antes de hacerme esperar.

–Todo son amenazas –protestó–. Me llenan de miedo. Me resulta difícil seguir tus instrucciones cuando tengo el corazón tan acelerado.

–Estoy seguro de que eso es cierto –su sonrisa se amplió. Ella estaba fascinada–. Pero creo que ambos sabemos que no es por miedo.

Paige no podía discutir eso, y ciertamente tampoco quería acercarse y poner a prueba su argumentación. Bajó la mirada a su coqueta minifalda, debajo de la cual no llevaba nada, y se dio cuenta de que le había obedecido sin darse cuenta cuando se la puso aquella mañana. «Asegúrate de que tenga acceso a ti, en caso de que lo desee», le había dicho dos noches atrás, con un ronco susurro, en el pasillo que llevaba al despacho de Violet. Lo había obedecido sin querer y, al hacerlo, se había descubierto completamente.

Cuando volvió a alzar la mirada hacia él, vio que sonreía. Una feroz satisfacción se dibujaba en sus ojos dorados. Le hizo un brusco gesto con la barbilla como diciéndole: «demuéstramelo», y ella movió las manos convulsivamente, como si su propio cuerpo no deseara otra cosa que exhibirse ante él. Y como si ella no deseara otra cosa que demostrarse digna de él, dispuesta a saltar a través del aro que él le ponía delante.

Pero no. Aquello no era ninguna historia de amor. Por muchos recuerdos que utilizara para torturarse en su intento de imaginar lo

contrario.

–Ven tú aquí y míralo por ti mismo, si quieres saberlo –se oyó decir a sí misma, en plan suicida.

Giancarlo se limitó a menear la cabeza, aparentemente entristecido.

–Creo que te estás confundiendo. Una vez más. Esto no es el típico juego al que juegan los amantes, *cara*. No se trata de un delicioso entretenimiento previo a una fantástica tarde en la cama. Esto es….

–Una penitencia –terminó ella por él, con más amargura de la que le habría gustado transmitir–. Castigo. Ya lo sé.

–Entonces deja de perder el tiempo. Demuéstramelo.

Paige podía adivinar lo que pretendía. Intentó decirse que no importaba. Que él ya lo había visto todo antes, y de manera mucho más íntima que aquello. Su boca y sus manos habían acariciado hasta el último centímetro de su piel, de una manera tan devastadora e intensa que todavía podía sentirla tantos años después. Por tanto, ¿qué podía importar eso ahora? Él estaba al otro lado de la habitación y quería que ella se negara. Que lo odiara. Era por eso por lo que estaba haciendo aquello. Estaba segura.

Así que, en lugar de ello, se echó a reír, como la muchacha despreocupada que nunca había sido. Salió de detrás de la isleta central para que él no pudiera acusarla de esconderse. Contempló su dura y áspera expresión y, lentamente, se subió la falda hasta las caderas.

–¿Satisfecho? –preguntó.

Había estado tan inmersa en su sensación de culpa, de vergüenza, en su propia furia por todo lo que había sucedido, y también con Giancarlo, que se había olvidado del único hecho importante de su relación que él había estado utilizando con gran provecho. La atracción que ambos compartían.

La miraba fijamente, demasiado fijamente, y ella acertó a distinguir una leve mancha de rubor en aquellos gloriosos pómulos suyos. Y aquel frenético brillo en sus ojos oscuros que reconoció. Oh, por supuesto que lo reconoció. Lo recordaba muy bien.

Lo sabía todo sobre él, al igual que él lo sabía todo sobre ella, al fin y al cabo. Conocía perfectamente su cuerpo. Su manera de excitarse. Sabía que se excitaría hasta el dolor, y que su control se estiraría hasta el punto de ruptura.

Seguía allí de pie con la falda hasta la cintura, degradándose supuestamente a sí misma delante del único hombre al que había amado, cuando de repente se sintió mejor de lo que se había sentido en años. Poderosa.

–Ven aquí –su voz fue un ronco gruñido, que la alegró.

Le obedeció y, en esa ocasión, se sintió encantada de hacerlo. Caminó hacia él, deleitándose con el pulso de deseo que latía en sus

venas. Porque él podía llamar a aquello un acto de venganza. Podía hablar de odio y de penitencia. Pero la inexorable atracción que compartían seguía existiendo.

Se detuvo ante Giancarlo y se quedó sin aliento cuando él le agarró las muñecas y se las sujetó detrás de la espalda, con una sola mano. Simultáneamente se le bajó la falda y ella arqueó la espalda hacia atrás, mientras él seguía mirándola con un brillo salvaje en los ojos.

Paige también recordaba eso.

No sabía lo que buscaba. Se la quedó mirando durante unos segundos interminables, hasta que ella empezó a sentir algo parecido al pánico bajo la superficie de su piel. Como un cosquilleo, un picor.

Él la acercó entonces hacia sí, inmovilizándole todavía las manos detrás de la espalda, y la besó.

No fue una caricia de sus labios, como antes. Se apoderó de su boca como si ya estuviera dentro de ella. Como si estuviera empujando fuerte y arrastrándolos a los dos a aquel luminoso abismo. Era algo más que salvaje, más que carnal. La obligó a inclinarse hacia atrás, presionando sus senos contra los duros músculos de su pecho, poseyéndola con una furia implacable que la hizo arder por entero.

Paige se entusiasmó con su atrevimiento, con su impresionante maestría. Con su glorioso sabor que había anhelado durante todos aquellos años. Lo besaba a su vez desesperada, profundamente, olvidándose de los juegos que habían estado jugando. Olvidándose de la penitencia, de la confianza. Olvidándose de la traición de ella y de la furia de él. No le importaba ya lo que quisiera de ella, o como planeara herirla. Lo único que le importaba era aquello.

Había demasiado ruido en su cabeza y demasiado calor en su interior, y de hecho gimió de decepción cuando él se retiró, apartándola con firmeza de sí.

–Besas como una mujerzuela –le dijo y ella supo que pretendía ser un insulto, pero que en realidad sonaba casi, de alguna forma, reverente.

Ella se echó a reír.

–¿Has besado, pues, a muchas mujerzuelas? ¿Tú, el encumbrado conde Alessi, que podía tener a cualquier honrada mujer a su disposición?

–Solamente estuve con una.

Debería haberse sentido dolida, pensó Paige mientras lo estudiaba. Como si la hubiera abofeteado, puesto en su lugar, pero no era así. Ladeó la cabeza y leyó el brillo febril de su mirada, y supo que cualquier poder que ostentara Giancarlo sobre ella, ella lo ostentaba también sobre él. Y que él lo sabía tan bien como ella.

–¿Cómo puedes saberlo, entonces? –le preguntó. Su voz sonaba a sus propios oídos como la de una desconocida, ronca e invitadora–.

Quizá la mujerzuela seas tú.

–Cuidado con lo que dices –repuso, pero volvió a acercarse.

Sus anchos hombros llenaron su visión, mientras que el deseo de Paige se expandía hasta tragarse el mundo. O quizá fuera la necesidad de él. O ambas, demasiado grandes para caber debajo del cielo.

–Hazme tuya –lo desafió, y él masculló algo en italiano.

Y lo hizo.

Le soltó las manos para acunarle el rostro entre las palmas, manteniéndola allí donde quería mientras saqueaba su boca. Tomó de ella más y más, y todavía más, como si aquello no tuviera ni principio ni fin y solamente existiera la locura de sus bocas. El fuego que ardía entre ellos ardía alto y rugía más alto aún, y Giancarlo no se detuvo cuando ella se derritió contra él. Paige alzó las manos hasta su cuello y se aferró a él mientras le besaba a su vez como si aquel fuera el encuentro con el que siempre había soñado. Como si aquello fuera una solución, y no otro de sus pequeños juegos de poder.

No supo en qué momento todo cambió. Cuando desapareció la furia. Cuando empezó a sentirlo a él, y a sí misma, como las dos personas que habían sido largo tiempo atrás, antes de que todo se hubiera estropeado.

Él lo sintió también. Ella lo sintió tensarse, antes de que volviera a apartarla.

Durante un buen rato permanecieron mirándose fijamente, jadeantes ambos. Paige intentó retroceder un paso y le temblaron las piernas. Giancarlo frunció el ceño mientras estiraba una mano para sujetarla.

–Gracias –dijo ella de manera automática. Sentía la boca marcada, saqueada, y Giancarlo la miraba como si fuera un fantasma–. Está claro que has querido ponerme en mi lugar. Con esos besos de castigo.

No pudo descifrar la expresión que vio en su rostro en aquel instante, pero le dolió. Le dolió más que cualquiera de las palabras que le había dirigido. Tuvo que morderse la lengua para no soltar el gemido de dolor que le subió por la garganta.

–Lo haré –repuso, con una voz cruda que la heló hasta los huesos. Como el destino del que ella había estado huyendo desde el día en que lo conoció, por mucho que aborreciera admitirlo–. Esto te lo puedo asegurar. Más tarde o más temprano, lo haré.

Besarla había sido un terrible error.

Giancarlo corrió hasta que los pulmones estuvieron a punto de estallarle, pero fue inútil. El sol de California era implacable, con aquel cielo azul sin nubes, y era incapaz de quitarse de la boca el sabor de ella. Ni sacudirse la sensación de su piel en la suya.

Era exactamente igual que hacía una década. Todo había vuelto a repetirse, solo que esa vez no podía fingir que había estado ciego. Esa vez se había metido directamente en aquello. Había sido él quien la había besado.

Se maldijo a sí mismo en dos idiomas y al final dejó de correr, para inclinarse con las manos en las rodillas y contemplar la ladera de la montaña por la que se extendía la propiedad de su madre, con la ciudad reluciendo al fondo bajo el sol del verano. Hacía demasiado calor allí. Todo era demasiado familiar. Demasiado peligroso.

Resultaba demasiado tentador olvidarse simplemente de sí mismo, retomar su relación con ella allí donde la había dejado. Con la mujer que ya no era Nicola. Como si ella no hubiera orquestado su destrucción, diez años atrás. Como si ella no hubiera conspirado para situarse junto a su madre con un nuevo nombre y solo Dios sabía qué agenda oculta entre manos.

Como si al enterrarse en su cuerpo como tanto ansiaba hacer, y de forma tan imprudente, ella pudiera transformarse en la mujer que ya le había demostrado que no era de la manera más espectacular posible.

Estaba ya volviendo a aquellos antiguos hábitos que había creído erradicados. El trabajo que había dejado en Italia se le estaba acumulando y, sin embargo, allí estaba, agotando sus energías en las colinas de Bel Air al igual que había hecho cuando tenía dieciséis años. Ella era lo primero en lo que pensaba al despertarse por las mañanas. Era ella con quien soñaba. Aquella mujer se estaba apoderando de su vida como siempre había hecho, casi como si se estuviera vengando ella, y no él.

Era un adicto. No había otra explicación para el estado en que se encontraba, excitado, bien dispuesto y anhelante, y él no quería eso. Quería humillarla, rebajarla, destrozarla. Quería que sintiera lo que había sentido él cuando se despertó aquella horrible mañana para descubrir su cuerpo desnudo expuesto en todas las revistas para que todo el mundo lo viera e hiciera comentarios. Como en todas y cada una de las ocasiones en que había visto explotada su vida privada en beneficio de Violet, solo que mucho peor, porque esa vez la traición le había tomado desprevenido. No se había preparado para el impacto.

Giancarlo se irguió y se apartó el pelo de la frente. Recordaba todo aquello demasiado bien. No solo la aventura con Nicola, con toda su abrasadora, sensual perfección, como si sus cuerpos hubiesen sido creados para enloquecerse mutuamente, sino aquellos aspectos de la misma que había preferido fingir no recordar después de tantos años. Como por ejemplo el hecho de que se hubiera descubierto a sí mismo sonriendo cada vez que habían hablado por teléfono, con una sonrisa esperanzada y bobalicona en los labios. O la manera en que el corazón

se le había acelerado ante su luminosa sonrisa capaz de hacer sombra al resto del mundo. La manera en que ella le había sostenido la mano, como si aquel simple contacto pudiera librarlos a ambos de la oscuridad, o de los dragones, o de algo mucho peor.

Claro que se acordaba. Como recordaba también las consecuencias. Cuando aquellas imágenes aparecieron en todos los periódicos. Aquellos terribles momentos finales con la mujer a la que había amado tanto sin conocerla en absoluto. Cuando se había esforzado todo lo posible por aclararse la cabeza y regresar a Italia. Para enfrentarse, por fin, con su anciano padre.

Su padre, que siempre había pensado que los vaqueros eran para gente vulgar. Su padre, el conde Alessi, que habría podido enseñar corrección y buenas maneras a conventos enteros, y que probablemente lo había hecho, en su día. Su padre, verdaderamente el último ejemplar de los de su clase.

–No es culpa tuya –le había dicho a Giancarlo aquella primera noche, tras el escándalo. Había abrazado a su hijo pródigo y lo había recibido con calidez, en sus frágiles brazos–. Cuando me casé con tu madre, sabía perfectamente quién era. Era estúpido imaginarse que ella y yo podríamos mantener a un hijo nuestro intacto, a salvo. Solo era cuestión de tiempo que algo como esto sucediera.

Quizá la decepción de su padre lo había afectado tanto más gravemente por el pragmatismo de su tono. Ausente cualquier rastro de furia, de vanidad o de tristeza. Giancarlo no había podido culpar a nadie más que a sí mismo por su falta de juicio. Su padre había podido ser un hombre anticuado, una reliquia de otros tiempos, pero había inculcado sus valores en su único hijo y heredero.

«Esfuérzate por hacer el bien a toda costa», le había dicho a Giancarlo una y otra vez. «Nunca montes un espectáculo de tu persona. Y evita todo lo vulgar y deshonroso, y mucho menos te conviertas en una persona así por relacionarte con gente de esa clase».

Giancarlo había fallado en todos los frentes. Era por eso por lo que sabía que las promesas que se había hecho a sí mismo de bien joven eran sólidas. Justas. Nada de matrimonio, porque, ¿cómo podía estar seguro de que alguien lo deseara a él, y no por ser quién era? Y sin herederos, porque nunca, jamás, sometería a un hijo suyo a las mismas cosas a las que él había sobrevivido. Tal vez no hubiera sido capaz de salvarse de la decepción de su propio padre, tal vez encontrara su vida expuesta al público cada vez que su madre necesitara recordarle al mundo su matrimonio de cuento de hadas con un conde italiano, pero eso se acabaría con él.

Maldijo a Nicola, a Paige, por haberle hecho pensar lo contrario, aunque diez años atrás no hubieran pasado más de dos meses juntos.

Arrancó de nuevo a correr, esa vez más rápido mientras descendía

por la colina. Odiaba que ella lo hubiera traicionado, sí. Pero mucho peor era aquella cosa que llevaba dentro, oscura y ominosa, que anhelaba únicamente su rendición por dolorosa que fuera, y que le hacía temer convertirse en una persona no muy diferente que ella.

Era eso lo que más odiaba de todo.

# Capítulo 4

Tras una larga ducha y la aplicación de su propia mano en aquella parte de su cuerpo que menos atendía a razones, Giancarlo se puso a vagar por la casa, con su furia hirviendo a fuego lento. Consciente de que eso era, al menos, un progreso.

*La Bellissima* seguía igual que siempre, pensó mientras recorría sus silenciosas estancias, rebosantes de la riqueza de Violet. De las maravillosas obras de arte que había coleccionado por todo el mundo y que apenas insinuaban a la verdadera Violet Sutherlin, la que había nacido bajo otro nombre y se había criado en la bohemia Berkeley, California. Antiguo glamour de Hollywood mezclado con elegancia contemporánea, la casa conseguía proyectar una imagen ligera y airosa en lugar de recargada.

Un poco como la propia Violet, tantos años después de sus primeros papeles sensuales en el cine de mediados de los setenta. Él lo sabía bien, expuesto como se había visto en los momentos clave durante su transición de gatita a leona de la industria como una especie de prueba, quizá, de que Violet podía hacer algo más que lucir un biquini.

Recordaba una ocasión en que ella había publicado en la prensa una selección de postales que él le había escrito de niño, postales sentimentales que le habían convertido en el hazmerreír de la escuela hasta que se graduó en el instituto. Y otra ocasión en que ella había dedicado cinco minutos enteros de una famosa entrevista a relatar una larga e íntima anécdota, en la que le había sorprendido a él y a su novia de entonces en la cama, humillando a un Giancarlo de catorce años y provocando que los padres de la adolescente la ingresaran en un lejano internado. Conocía hasta el último rincón de aquella casa y ninguno había sido suyo; en ninguno había estado a salvo. En realidad era una propiedad más de las muchas de las que se había rodeado Violet. Solo que, al contrario que los jarrones, él la quería aun a sabiendas de la desfachatez con que ella lo había manipulado.

Atravesó el radiante vestíbulo que desembocaba en los aposentos de Violet, sabiendo lo mucho que le gustaba pasar el tiempo en la oficina que tenía allí, con las espectaculares vistas de la ciudad que había conquistado. Tenía recuerdos en los que se veía de niño entrando en aquella estancia y subiéndose al diván para tumbarse a sus pies,

mientras ella repetía las frases aprendidas de su guion y ensayaba las distintas poses, casi como si su cuerpo se hubiera convertido en el de otra persona. En aquel tiempo había encontrado aquello fascinante. Suponía que eso no había cambiado, y Giancarlo no podía recordar, de aquella época, a qué edad se había dado cuenta de que Violet era una persona demasiado admirada como para que uno pudiera confiar en ella. De que su amor era una cosa tan hermosa como lejana, algo que era mejor experimentar como admirador que como miembro de la familia. ¿Tal vez la primera vez que había publicado una foto de él que había encontrado embarazosa, vergonzante? ¿O cuando lo había hecho por décima vez, con escaso remordimiento por su parte? Solo sabía que ambos habían sido mucho más felices una vez que él había llegado a aceptarlo.

Giancarlo se detuvo en el umbral, escuchando la famosa risa de su madre antes de verla. Ese día no estaba en su lugar habitual, reclinada en el diván como la emperatriz de Hollywood que era. Estaba de pie junto a las puertas ventana, bañada por la suave luz de la mañana con un teléfono móvil en la mano. Y aunque no era posible negar su celebrada belleza, la mirada de Giancarlo se vio inmediatamente atraída por la otra mujer que había en la habitación como si Violet no existiera en absoluto.

Paige estaba sentada ante el escritorio de la esquina, tecleando algo mientras una voz masculina respondía a algo que le había dicho Violet por su móvil, obviamente con el manos libres conectado. Paige fruncía el ceño ante su portátil mientras sus dedos volaban sobre las teclas y, cuando Violet se volvió hacia ella y puso los ojos en blanco, el inmediato gesto de complicidad de su asistente no pasó desapercibido a Giancarlo. Compasivo. Del lado de Violet, absolutamente.

Había visto aquella expresión antes. Aquella era la mujer a la que había amado con toda la apasionada furia de dos meses de locura. Leal. Nada que ver con la clase de mujer que traicionaría a un hombre y vendería sus imágenes privadas a las revistas sensacionalistas. Giancarlo todavía no podía creer lo equivocado que había estado. Se le revolvió el estómago y tuvo que esforzarse todo lo posible para no soltar un gruñido, para no desahogar toda su ira… principalmente consigo mismo.

Porque aún quería creer. A pesar de todo. Quería creer que había una explicación para lo que había sucedido diez años atrás. Quería que Paige… ¿cuándo había empezado a pensar en ella con aquel nombre?… fuera quien parecía ser. Una mujer consagrada a su madre. Profundamente arrepentida de lo que había hecho antes. Y no por la clase de razones interesadas que Violet siempre había exhibido…

La quería de vuelta.

Pero fue en ese momento cuando Giancarlo se despertó con un

sobresalto y reconoció el peligro en que se encontraba. La historia no podía repetirse.

–Querido –dijo Violet nada más terminar la llamada, sonriente–. No te quedes ahí en la puerta. Era mi agente. El imbécil más llorón y exigente que he conocido y, sin embargo, estoy segura de que es de lo mejorcito que hay en su gremio.

Pero en lo que Giancarlo se estaba fijando era en la manera en que Paige se había erguido en su silla, mirándolo con los ojos azules muy abiertos, antes de bajarlos de nuevo al teclado.

Se le ocurría un imbécil todavía mayor que aquel agente parasitario de su madre: él mismo, pensó mientras se esforzaba por dominarse. Todo habría sido distinto si la hubiera encontrado en otra ciudad. En algún otro lugar en el que no hubiera habido rastro alguno de su relación, de lo que habían sido juntos. Pero allí su historia parecía enredarse con todo como una densa niebla que hacía irrespirable el aire.

–Debo regresar a Italia –dijo de golpe. Casi como si temiera no poder decirlo si no lo decía rápidamente, odiándose todavía más por ello.

–No puedes marcharte –replicó Violet de inmediato–. Si acabas de llegar…

Giancarlo reparó en que Paige parecía haberse puesto a teclear aún más furiosamente, sin alzar la cabeza.

–Si vine fue porque llevaba demasiado tiempo sin aparecer por aquí, madre. Nunca fue mi intención mantenerme alejado durante tanto tiempo. Pero tengo una solución.

–Te vuelves a Los Ángeles –dijo Violet con una sonrisa que sugería que no se lo creía del todo–. Estoy encantada. Esa casa tuya de Malibú es demasiado bonita para alquilarla.

Quiso mirar a Paige en vez de a su madre, pero no se atrevió. Aun así, era demasiado consciente de su presencia. Como si fuera un gran nubarrón que lo ensombreciera todo.

–No. Tienes que venirte a Italia conmigo. Llévate a tu asistente. Pasa allí el resto del verano.

Violet pareció sobresaltarse por un momento, pero en la siguiente cara que puso, Giancarlo reconoció la máscara de siempre. Tan impenetrable como elegante. Violet Sutherlin, la estrella.

–Querido, ya conoces mis sentimientos hacia Italia –murmuró–. La quiero con toda mi alma. Pero me temo que allí, con tu padre, dejé enterrado mi corazón.

–No *aquella* Italia –sonrió, consciente de que estaba hablando más bien con la mujer callada a la que miraba de reojo–. Mi Italia.

–Ah, ¿tienes una Italia propia? –preguntó Violet, y se echó a reír–. Debes de haber estado muy ocupado.

–He transformado completamente la propiedad –explicó Giancarlo–. Sé que hemos hablado de los cambios durante todo este tiempo, pero me gustaría que los vieras por ti misma. Creo que padre se habría sentido orgulloso.

–Seguro que sí –dijo Violet con un brillo en la mirada y, al escuchar el tono de su voz, Giancarlo supo que la había convencido.

Y sabía que Paige se había dado cuenta también. Sintió más que vio su rigidez ante el escritorio, y tuvo que hacer un esfuerzo para disimular el timbre triunfal de su voz, la satisfecha expresión de su rostro.

–Por supuesto, Giancarlo. Me encantaría volver a ver la Toscana.

Solamente se permitió volver a mirar a Paige cuando estuvo seguro de que podía ejercer un control absoluto sobre sí mismo. Férreo. Como las antiguas casas que había reformado en su ancestral propiedad de la Toscana, piedra a piedra.

Se llevaría a Paige de Los Ángeles, donde su historia parecía proyectar un significado indeseable sobre cada segundo que pasaban juntos. No sabía cómo no se le había ocurrido antes.

En aquel lejano rincón de la Toscana, lo más lejano y remoto posible en una de las comarcas más famosas y admiradas del mundo, ella sería completamente dependiente de él. Violet podría relajarse en manos de su plantilla de servicio, atenta a la menor de sus necesidades, mientras que él dispondría de todo el tiempo del mundo para exorcizar para siempre aquel demonio del pasado. Durante todo el tiempo que necesitara para hacérselo pagar de verdad.

Porque era eso lo que quería, se recordó. Hacérselo pagar.

–Maravilloso –Giancarlo intentó no alegrarse, y supo que había fracasado cuando ella frunció el ceño. Pero seguía siendo una victoria. Seguía habiendo un plan. Y funcionaría; estaba seguro de ello. Porque tenía que funcionar.

–Nos marcharemos esta misma noche.

Paige había soñado con Italia durante toda su vida.

Cuando era niña, se había encerrado con libros de la biblioteca pública en la destartalada caravana de su madre, en el desierto rocoso de Arizona, y se había puesto a soñar. Intensos sueños de cipreses en severas filas marchando a través de antiguos campos de un color verde intenso. Monumentos a dioses y civilizaciones desaparecidas hacía siglos, pueblos de rojos tejados apiñados en suaves colinas bajo el sol de Italia.

Entonces había conocido a Giancarlo, que conservaba la cadencia de Italia en cada palabra que pronunciaba, y sus sueños habían cobrado una forma más concreta. Incluso en aquella época, cuando él había

estado más interesado por divertirse en Hollywood que por atender su patrimonio, le había hablado de las miles y miles de hectáreas de tierra de las que su padre apenas había empezado a ocuparse tras décadas de descuido.

En ese momento, por fin, estaba allí, y se le antojaba extraordinariamente doloroso visitar un lugar que antaño había imaginado que podía ser su hogar y que sabía ya que no lo sería nunca. Más que doloroso… aunque ella se decía que el culpable de su dolor de cabeza era el jet lag. Nada que una buena noche de sueño no pudiera curar.

Aquella inmensa finca se extendía por una zona de la Toscana que había pertenecido de una u otra forma a la familia Alessi desde la Edad Media. Estaba salpicada de antiguas granjas que Giancarlo había pasado los diez últimos años reformando para una clientela muy especial: gentes tan ricas como su madre y tan alérgicas a las invasiones de su intimidad como lo había sido su padre.

Allí, en el *castello* Alessi y a lo largo y ancho de sus lomas plagadas de olivares y viñedos, arbustos de lavanda y añejos robledales, según rezaba la web que Paige había visitado una y otra vez durante el viaje en avión, aquellas gentes podían relajarse con la seguridad de que nadie los molestaría en sus «cabañas». Cabañas que podía alquilar o comprar directamente y decorar a su gusto mientras seguían disfrutando de un servicio de alta categoría propio de los mejores hoteles, gracias a la eficaz plantilla de Giancarlo. Pero nada de aquello le sería aplicado a ella. De eso era muy consciente.

Habían aterrizado en el aeródromo privado de un valle cercano, después de un vuelo que había durado toda la noche, en una mañana de verano inequívocamente italiana, llena de flores amarillas y cielos demasiado azules. El chófer había estado esperándoles y en cuarenta minutos les había llevado a la propiedad por una sinuosa carretera que ascendía por las colinas toscanas. Violet se había instalado en el lujoso *castello* reformado, con unas espléndidas vistas y su propio spa, donde la plantilla la había recibido y atendido como si fuera una reina.

A Paige, en cambio, Giancarlo la había metido en un jeep para llevarla personalmente al corazón de la propiedad, hasta que lo único que pudo ver a su alrededor fue la amable campiña y una casa solitaria en lo alto de la colina más cercana. Todo tan maravilloso y a la vez tan familiar, como si ya hubiera estado allí antes y lo reconociera como su hogar, pese a repetirse que nada de aquello era suyo en absoluto. Y el hombre que estaba sentado a su lado, aún menos.

–¿Me estás enclaustrando deliberadamente aquí como una forma de castigo? –le preguntó ella cuando resultó evidente que se dirigían a

una cabaña más pequeña situada detrás de la casa solitaria. Se esforzaba por no mirarlo, bien agarrada al jeep mientras daban tumbos por la pista que serpenteaba hacia la pequeña casa de piedra, porque tenía miedo de echarse a llorar–. ¿No te parece esto un poquito extraño?

–Mi madre estará perfectamente atendida en el *castello* –repuso él–. Y si por alguna razón te necesita para algo, no temas, la conexión con Internet es excelente. Seguro que te mandará un correo electrónico en caso de que requiera tu presencia.

–Así que la respuesta es sí –comentó Paige, tensa, mientras él aparcaba frente a la cabaña y apagaba el motor. El súbito silencio resultó tan dulce como aterrador–. Esto es un castigo.

–Sí. Te estoy castigando con la Toscana. Un destino mucho peor que la muerte. No tienes más que mirar a tu alrededor.

No quiso hacerlo, por un millar de complicadas razones ninguna de las cuales se atrevía a admitir. Todo aquello la hacía sentirse dolorida, débil. Demasiado débil. Así que en lugar de ello lo miró a él, lo cual no fue mucho mejor.

–¿Crees que no sé por qué me has traído aquí? –forzó una carcajada–. Te estás asegurando de que no pueda escapar. Creo que eso cuenta como el más básico medio de tortura, ¿no?

–No. No es lo mismo –sonrió.

Paige se bajó del jeep, y no se sorprendió de ver que él también descendía. ¿Sería eso un prólogo a una de aquellas escenas eróticas tan dañinas como irresistibles? Hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y deseó poder sentirse mejor, más ella misma. «Es solo el jet lag», se dijo. O al menos eso esperaba.

–¿Durante cuánto tiempo? –le preguntó con una voz que no reconoció como suya–. ¿Durante cuánto tiempo crees que podrás retenerme aquí?

Giancarlo descargó las maletas del vehículo y desapareció con ellas en el interior de la cabaña. Pero ella se quedó donde estaba, al pie del jeep y con la mirada clavada en el verdoso horizonte. El dulce azul del cielo de verano estaba salpicado de nubes que parecían de merengue, mucho más bello que el de cualquier sueño, y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no llorar. Porque aquello era una prisión y, si embargo, no podía sacudirse la sensación de que era un hogar.

–Te mantendré aquí todo el tiempo que quiera –le dijo él desde el umbral–. Se trata de mi satisfacción, *cara*. No de tus sentimientos. Porque entonces esto no sería una tortura, sino unas vacaciones.

–Imagino que, para ti, yo carezco de sentimientos –no había querido decir aquello, y menos aún con aquel tono tan desafiante. Frunció el ceño mientras seguía contemplando la impresionante vista, y se recordó que ella nunca había tenido un hogar y que nunca lo tendría.

Anhelar un lugar así era masoquista, por muy familiar que lo sintiera–. No soy más que una mujerzuela mercenaria decidida a destruirte, ¿no? Una mentirosa intrigante que ha logrado colarse en tu familia durante los tres últimos años.

–Creo que la palabra «parásita» te define muy bien –gruñó Giancarlo, lo que de alguna manera resultó aún peor en medio de tanta belleza–. No hay necesidad de ser dramático cuando se te puede llamar perfectamente así.

Paige meneó la cabeza, presa de aquella y familiar angustia, la que le hacía desear cosas que sabía era mejor no esperar. Amor. Un hogar y una persona con la que compartirlo. Siempre había sido consciente de ello. Los sueños eran una cosa. Eran inofensivos. Sin esos sueños, nadie habría podido sobrevivir al duro y desolado lugar donde había crecido ella: siendo primero el error de una madre adolescente para convertirse después en su ticket de la comida. Para no hablar de lo que había sucedido hacía diez años, aquello en lo que se había convertido su madre. O lo que Paige había tenido que hacer en un vano intento por salvarla.

Pero las ilusiones no eran más que un problema añadido. Y, mirando las cosas retrospectivamente, suponía que aquel había sido el problema desde el principio. Estar con Giancarlo le había hecho imaginar que podía atreverse a desear cosas que sabía, lo sabía perfectamente, nunca podrían ser suyas. Jamás.

«No volverás a cometer ese error otra vez», le había dicho la cáustica voz de su madre.

Paige se arriesgó a mirar a Giancarlo, desesperada por la forma en que se le apretaba el corazón al verlo, tal y como siempre le había ocurrido, y por su oscura expresión de avidez a la vez que de desdén. Ella siempre lo había amado, ¿y para qué? Al final él tendría su venganza y ella al final tendría que soportarla y sobrevivir. «Hoy te duele un poco más de lo habitual porque estás aquí y además estás cansada», intentó decirse. «Pero estás bien. O lo estarás».

–Sé que no quieres creerme –le dijo, porque siempre había sido una estúpida por lo que se refería a aquel hombre. Con él, nunca había sabido protegerse. Se había enamorado de Giancarlo desde el principio y los había destruido a los dos en el proceso. Y en ese momento anhelaba con desesperación que la viera tal como era, aunque solo fuera por un momento–. Pero yo sería capaz de hacer cualquier cosa por tu madre. Por un centenar de razones diferentes, la principal de las cuales es que ella ha sido conmigo mucho más buena de lo que lo fue nunca mi madre.

–Eso me sorprende –dijo él con tono suave–. Yo estuve evitando la ciudad en la que mi madre había estado viviendo durante todos estos años y a la gente que vivía en ella, pero no a mi madre. Una diferencia

crucial, porque, créeme, Paige, yo también haría cualquier cosa por mi madre. Y lo haré.

Había una amenaza en aquellas tres últimas palabras. Una promesa. Y no había ningún motivo en particular por el cual aquello debiera afectarla tanto.

–Yo también quise a mi madre, Giancarlo –dijo Paige, dolida– Y eso nunca me reportó nada que no fueran heridas y un corazón roto –para llevarse luego las únicas cosas que le habían importado en la vida. Tragó saliva, emocionada–. Conozco la diferencia.

Él se apartó entonces del umbral, cerrando la distancia que los separaba, y Paige no supo ya si aquello era mejor o peor. Todo le parecía demasiado confuso y al mismo tiempo, de alguna manera, justo: el verde suave de los árboles y la brisa con aroma a lavanda, con sus ojos de un dorado oscuro en el centro de aquel mundo, acelerándole el corazón.

«Para», se ordenó. «Este no es tu hogar. Y él tampoco».

–¿Es esto una apelación a mi bondad? –le preguntó Giancarlo–. Porque te lo repito una vez más: aquel hombre está muerto. Asesinado por tu propia mano. Seguro que a estas alturas ya te habrás dado cuenta.

–Sí –alzó la barbilla, rezando para que no pudiera ver lo muy perdida y absolutamente fuera de lugar que se sentía–. Y aquí estoy. Aislada y a tu disposición. Solo piensa en todas las maneras con las que puedes hacerme pagar esa muerte tuya.

No supo cómo interpretar aquella sombra que vio desfilar por su rostro. La mano de Giancarlo se movió como si estuviera fuera de control para deslizar los nudillos por el perfil de su mandíbula, en una suave caricia. Pero la verdad seguía presente en la feroz expresión de su mirada, en los labios apretados de su deliciosa boca. La dolorosa verdad que nada de lo que ella dijera podría cambiar. Él quería hacerle daño.

–Créeme que eso es prácticamente lo único en lo que he pensado.

Paige creyó que iba a besarla, y el lado masoquista de su ser lo ansió, sin que le importaran las consecuencias. Basculó hacia delante y alzó la boca hacia él y, por un instante, la atención de Giancarlo pareció atraída hacia sus labios…

Pero entonces él masculló una maldición en italiano y se apartó de golpe, mirándola como si fuera un fantasma. Un demonio, más bien. Enviado para destruirlo cuando para Paige resultaba obvio que la víctima iba a ser ella.

Ella, y no él. Y lo que no entendía era por qué le importaba tan poco la manera en que lo hiciera. Cuando Giancarlo la miraba, lo único que le importaba era él y todas aquellas horribles y absurdas ilusiones que la habían dejado amargada. Hacía mucho tiempo que debería haber

aprendido la lección. Había creído haberla aprendido, de hecho.

–Te sugiero que descanses –le dijo él con tono tenso, acercándose al asiento del conductor del jeep–. La cena se servirá con la puesta del sol y te despertarás hambrienta de la siesta. Es lo que siempre ocurre con los vuelos internacionales.

Lo dijo como si supiera que no había viajado nunca fuera de su país, cuando eso era algo que había creído mantener bien oculto ese día. Su sugerencia, sin embargo, se le antojó demasiado íntima. Como la que habría tenido un amante o un marido, cuando no era ninguna de las dos cosas.

–¿En el *castello*? –le preguntó y se encontró con su expresión de impaciencia, de pie al otro lado del jeep–. Eso es una caminata bastante larga. Está a unos veinte minutos de aquí en coche, como poco.

–En la casa de la colina –explicó él, y señaló con la cabeza la granja que coronaba la colina verde, toda construida en piedra y con una impresionante terraza–. Allí mismo. A no ser que sea un ejercicio demasiado duro para la mujer que eres ahora, viviendo como vives en una mansión de Bel Air, rodeada de lujos. Ninguno de los cuales te has ganado, por cierto.

Paige ignoró la pulla.

–Eso depende de quién viva allí –replicó–. ¿Un ogro? ¿El lobo del cuento con sus horribles colmillos?

–Entonces ese sería yo –sonrió satisfecho y se marchó.

Una larga siesta y una ducha muy caliente hicieron que Paige se sintiera como una mujer nueva. O como ella misma, al menos. Había estado demasiado cansada e inexplicablemente triste para explorar la cabaña cuando Giancarlo se marchó, así que lo hizo en ese momento, envuelta en la bata de seda que había encontrado en el baño principal, descalza y con el pelo húmedo.

El edificio tenía dos plantas y estaba lleno de luz gracias a sus numerosos ventanales, con las vigas del techo vistas y el espacio interior inmejorablemente aprovechado. Una escalera llevaba al ático, que disponía de una cama grande y extraordinariamente cómoda, con un pequeño salón que comunicaba con la terraza y el gran baño que Paige acababa de disfrutar.

La planta baja estaba dividida en una moderna y alegre cocina, con la nevera bien provista; un acogedor salón con sofás dispuestos alrededor de una gran chimenea de piedra; y un pequeño comedor que comunicaba con un patio que rodeaba toda la casa y daba a un buen cuidado jardín. Y allí donde ponía la vista, siempre al fondo, el bello paisaje de la Toscana.

La tarde había proyectado sus largas sombras sobre el valle. Paige permaneció contemplando el paisaje durante un buen rato antes de subir de nuevo al ático. Se sentía perfectamente cómoda allí. Solo se había sentido así en otro lugar, y había sido un fiasco. La casa de Giancarlo en Malibú, toda en madera y cristal, de cara al mar. «Y cuando te marches de aquí», se recordó con dureza, «no volverás nunca. Lo mismo que con aquella casa de Malibú».

Dispuesta a vestirse, rebuscó en su maleta. ¿Debería ponerse la clase de ropa que se pondría para unas vacaciones en Italia? ¿O más bien algo que sospechara preferiría Giancarlo, para que pudiera ejecutar mejor su venganza? Por un lado, vaqueros y una sudadera, ropa cómoda y escasamente elegante. Por otro, un vestido corto y ligero bajo el cual él podría meter las manos, como antes. No tenía la menor idea de cuál elegir.

–¿Qué es lo que quieres tú? –le preguntó a su imagen en el espejo.

Pero allí radicaba el problema. Ella seguía queriendo lo que siempre había querido. Y eso era algo que podía admitir en aquel momento, rodeada por la Italia de Giancarlo.

Se secó el cabello lentamente. Se sentía extrañamente vacía, tensa, inquieta. Al final se puso unos pantalones blancos y una especie de túnica corta, solución de compromiso entre los vaqueros que ella habría preferido y lo que imaginaba que a Giancarlo le gustaría que se pusiera, dadas las circunstancias.

–Lo que en realidad le gusta a él soy yo, tan desnuda como el día en que nací y subiendo esa colina a cuatro patas –masculló y se echó a reír al imaginarse la escena, con carcajadas que resonaron extrañas y huecas en el silencio de la cabaña. Siguió riendo hasta que se le saltaron las lágrimas.

Frunció el ceño mientras se calzaba unas sandalias de cintas, sin tacón. ¿Cuándo había sido la última vez que se había reído así? ¿Por cualquier cosa? «¡En qué triste criatura te has convertido!», se reprochó al tiempo que sacaba su móvil del bolso y revisaba sus mensajes. Pero la verdad era que siempre había sido una chica triste, cuando miraba lo que había sido su vida. Triste y estudiosa, decidida y testaruda, desde el principio. Había sido la única manera de sobrevivir a la personalidad caótica de su madre. Solo había habido un interludio de dos meses de risas en su vida, rebosante de gozo y entusiasmo, y lo había echado a perder diez años atrás.

–¡Dios mío! –exclamó Violet con sus maneras grandilocuentes cuando Paige logró contactar con ella por su número privado y se disculpó, primero por desaparecer y luego por dormir durante horas–. Esto es Italia, Paige. Una debe disfrutar de la *dolce vita*, sobre todo cuando estás de jet lag. ¡Yo pienso pasar la noche en mi encantador castillo, engordando con la maravillosa cocina local! Te sugiero que

hagas lo mismo.

Y a ella le habría encantado hacerlo, pensó Paige cuando abandonaba por fin la cabaña a la caída de la tarde, con el cielo de la Toscana adquiriendo un color dorado. Solo que en ese momento tenía una cita con sus propios pecados.

Se tomó su tiempo y sin embargo la caminata se le hizo corta. Demasiado. Giancarlo la esperaba en lo alto de la colina, fresco y relajado, vestido con un pantalón de lino y una chaqueta de sport color tabaco que le hizo recordar sus aristocráticas raíces. Y Paige se sintió de repente más que despierta, como si se hubiera ahogado en un tanque de café.

Claramente la había estado observando durante todo el camino de ascenso de la colina. Se detuvo cuando estaba todavía a alguna distancia de él y se volvió para mirar por donde había venido, incapaz de reprimir el leve suspiro de placer que escapó de sus labios. Una leve niebla se iba extendiendo por el fondo del valle conforme descendía el sol, lo que daba un toque misterioso a la escena, con el *castello* alzándose orgulloso con las luces encendidas. Todo parecía tan tranquilo, tan perfecto y tan lleno de magia, que a Paige se le puso la carne de gallina y un sollozo de emoción empezó a subirle por el pecho.

O quizá fuera él. Quizá siempre había sido él.

–Esto es precioso –dijo–. Casi no parece real.

–Mi padre creía que la tierra es como nuestros huesos –comentó Giancarlo–. «Protegerla», decía, «es como protegernos a nosotros mismos. Consérvala y cuídala, y su gloria nos hará más grandes». A veces pienso que era un loco, un campesino encerrado en un cuerpo de aristócrata –la recorrió con la mirada, que deslizó luego detrás de ella, hacia el sol que se estaba poniendo–. Cada atardecer me recuerda que tenía razón. La belleza siempre merece la pena. Alimenta el alma.

–Él debía de tener alma de poeta.

–Pues no lo era. Uno siempre apoya el arte y la cultura por la misma razón por la que cuida la tierra, pero Alessi estaba llamado a otras cosas –meneó la cabeza–. Una responsabilidad interminable, aparentemente. Puede que a mí me habría ido mejor como artista, por cierto.

–Si yo tuviera una casa como esta, creo que no me importaría hacer lo que fuera para conservarla y cuidarla –dijo entonces Paige–. Ni a mí ni a nadie, creo.

Le pareció ver que Giancarlo sonreía, aunque su rostro estaba ensombrecido por la oscuridad creciente, y se dijo luego que debía de habérselo imaginado. Porque él no era de esa clase de hombres. Con ella, al menos.

–Vamos.

Estiró una mano hacia ella con la última luz dorada y Paige supo, de alguna manera, que si la aceptaba, todo cambiaría a partir de aquel momento. El mundo. Su vida. Aquella *cosa* que existía entre ambos.

Vio que se sonreía ligeramente mientras el silencio se prolongaba. Ella no hizo ningún movimiento; se había quedado paralizada en el sitio, sin saber qué hacer, pero él seguía tendiéndole la mano.

–¿Me has hecho la cena tú? –le preguntó con un tono sorprendentemente ligero–. Porque envenenar la comida sería un castigo muy serio, bromas aparte.

–Soy italiano –le dijo con un timbre de divertida ofensa en la voz, lo que le recordó las risas que habían compartido años atrás–. Claro que sé cocinar –de repente se interrumpió, como reparando en la amabilidad de su tono y recordando lo poco apropiado que era para aquella noche–. Pero aunque no supiera, la propiedad tiene a su disposición una brigada de chefs a su servicio. Las comidas aquí son siempre exquisitas, al margen de quién las prepare.

–Cuidado –dijo ella con tono suave, pensando más en sus propios recuerdos y en su estúpido corazón que en el hombre que tenía delante, todavía con la mano tendida hacia ella, su mayor tentación hecha carne–. Porque podría olvidarme de sentirme intimidada y empezar a disfrutar. Y luego… ¿qué sucedería?

Giancarlo sonrió por fin, decididamente, y Paige se sintió arder por dentro.

–La rendición adopta múltiples formas –repuso él bajo el atardecer azul índigo que los envolvía a los dos, ahora que el sol había terminado de esconderse detrás de las colinas–. Te quiero de todas y cada una de las maneras que pueda tenerte.

–Puedo entregarme a la *dolce vita* –dijo ella–. Entiendo que ese es el lema de Italia.

Él seguía tendiéndole la mano, como si fuera capaz de permanecer en esa postura para siempre.

–Podemos empezar por ahí. Es una manera tan buena como cualquier otra.

Y no había ninguna decisión real, al final. Se le habían presentado tantas opciones diferentes, a lo largo de los años… Hacía tres, Paige habría podido escoger un trabajo distinto. Podía haber abandonado la casa de Violet en el momento en que apareció Giancarlo. Podía haber declinado la oferta de la «cita» de aquella noche, o podía haberse quedado de pie en lugar de arrodillarse ante él. Podía haberse negado a subirse a su avión, o a salir de la cabaña esa noche, o a subir aquella colina para encontrarlo.

Él no había sido algo que le había *sucedido*. Había sido ella la que había escogido aquello, cada paso del camino, incluso el hecho de encontrarse atrapada en Italia con aquel hombre que pensaba lo peor

de ella. Y, sin embargo, se sentía más en casa de lo que se había sentido en años. Suponía que eso quería decir que había tomado la decisión mucho tiempo atrás.

Así que Paige aceptó su mano. Sintió el calor de su contacto levemente áspero, su palma cálida, fuerte y perfecta, y se dijo que no le importaba ya lo que sucediera después.

# Capítulo 5

Si esta es tu venganza –dijo Paige con un tono ligeramente divertido–, creo que debería confesarte que a mí me sabe más bien a vino tinto –dijo con una copa en la mano.

Debía hacer algo al respecto, pensó Giancarlo, viéndola moverse por la planta baja de su casa recién reformada. Seguía siendo tan elegante… Como poesía en movimiento. Nunca había sido capaz de reconciliar aquello con su personalidad. Nunca lo había entendido.

«No importa que lo entiendas o no», se espetó a sí mismo. «Lo único que importa es que hagas desaparecer esa *cosa* que sientes por ella…». Pero algo había sucedido allí, en medio de aquel atardecer. Algo se había removido en su interior. Y no sabía siquiera si quería nombrarlo, aun cuando pudiera.

–Puede que sea una larga noche, *cara* –le dijo mientras se servía también una copa del vino que se hacía allí, con viñedos de los Alessi–. Esto es solamente el principio.

–La versión civilizada de la venganza, entonces –murmuró ella, casi para sí misma, mientras deslizaba los dedos por la mesa de madera que señalaba el espacio del comedor en el espacio diáfano de la planta baja–. Lo tendré en cuenta.

No, eso no parecía una venganza. Giancarlo lo sentía más bien como un recuerdo. No quería pensar demasiado detenidamente sobre ello, pero la verdad que contenía lo dejó de todas formas impactado. Porque aquella tarde habría podido ser como cualquiera de aquellas que habían compartido una década atrás en Malibú, y que todavía resplandecían en su recuerdo. Como resplandecía aquella en ese momento. Una vez más. Como si aquello fuera la culminación de todos los sueños que se había negado a sí mismo durante todos los años transcurridos desde que abandonó Los Ángeles y se dedicó a resucitar su propiedad.

Había demasiada historia entre ellos, demasiadas cosas que se habían estropeado para siempre y, sin embargo, seguía descubriéndose mirándola como si todo aquello fuera un nuevo principio. Porque lo cierto era que, por lo que se refería a esa mujer, siempre había sido un completo imbécil.

Unas horas antes había estado en el patio del *castello* con Violet, brindando por su primera noche en Italia desde el funeral de su padre

ocho años atrás, y había experimentado una sensación de enorme satisfacción. Como la de haber vuelto a casa, después de tanto tiempo. Al fin y al cabo, aquellas colinas contenían los felices recuerdos de su infancia.

–Has hecho aquí un trabajo maravilloso, querido –le había dicho Violet, contemplando sonriente como él el perfecto paisaje.

–Recuerdo los tiempos en los que no podíamos salir de la mansión de Bel Air sin tener que abrirnos paso entre manadas de fotógrafos –había comentado Giancarlo con la mirada clavada en las plácidas colinas, todas ellas suyas por derecho de nacimiento. Su futuro y su responsabilidad. Y sin un solo paparazzi en kilómetros a la redonda. Sin mentiras. Solo la perdurable belleza de la tierra–. Y solo para ir al colegio cada mañana.

–Las revistas te lo dan y las revistas te lo quitan –había replicado Violet, tan elegante como siempre aunque llevaba ropa cómoda y el rostro prácticamente limpio de maquillaje.

–Quiero que este lugar sea un refugio. Estamos a quince kilómetros de la carretera principal más cercana. Es el perfecto retiro para gente que no puede esconderse en ningún otro lado.

Violet había paladeado su vino y se le había quedado mirando fijamente, sin que él supiera interpretar su mirada. Su madre seguía siendo un misterio, y hacía mucho tiempo que él había aceptado que siempre lo sería.

–Sí –había dicho ella–, y es precioso. Siempre lo ha sido. Imagino que podría ser feliz aquí y convertirme en una de esas expatriadas famosas, enamoradas de Italia, para dedicarme a escribir mis pequeñas memorias de la Toscana –había enarcado las cejas–. ¿Pero quién de nosotros siente la necesidad de tener un escondite, Giancarlo? Este refugio, ¿acaso es para ti?

–No temas, madre. No tengo ninguna intención de tener hijos, o de fundar una familia. No les daré ningún motivo para esconderse, ni tendré que protegerlos de las miradas de los curiosos y del juicio del mundo.

Violet se había limitado a sonreír, tan enigmática como siempre, como si no se sintiera en absoluto culpable por lo que él acababa de decir. ¿Acaso había esperado otra cosa?

–La intimidad está sobrevalorada, querido. Sobre todo cuando se parece a una cárcel.

En ese momento Giancarlo se encontraba en la casa que se había reservado y que había reformado con sus propias manos, viendo cómo la mujer a la que antaño había amado la recorría admirada. La casa que había sido un monumento, que no una cárcel, a su propia infelicidad, a su solitario, roto y destrozado corazón.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta, hasta aquel

preciso momento, de que la había construido para ella? ¿Que se había estado escondiendo allí durante aquellos diez últimos años, convertido deliberadamente en una especie de ermitaño? ¿Que aquel era tanto su refugio *para* ella como su refugio *de* ella? Aquel pensamiento hizo que algo rugiera como una tormenta en su interior. Y como si hubiera podido leerle la mente, Paige se volvió de pronto hacia él, sonriendo.

–A mí siempre me gustaron tus películas –le dijo. Su voz era como el complemento perfecto de aquel salón cuidadosamente decorado–. Supongo que no debería sorprenderme de que el cuidado de los detalles que siempre te caracterizó se refleje en todas las cosas que haces.

–Mis películas fueron, como mucho, vanidosos proyectos de lo más ridículo –repuso, como si la tormenta que lo asolaba por dentro se subiera por las paredes de su pecho–. Nunca debí haberme tomado tan en serio, y mucho menos dejar que otros hicieran lo mismo.

Paige arrugó la nariz y él pensó que ese gesto podía matarlo. Porque encontrarla adorable era mucho más peligroso que desearla. Una cosa era sexo, lo cual era sencillo. La otra tenía consecuencias. Horribles consecuencias que se negaba a pagar.

–Pues a mí me gustaban.

–¿Hablamos entonces de las cosas que te gustan? ¿Tu interés por la fotografía porno, por ejemplo?

«Venganza», se recordó Giancarlo. Pero ella se limitó a sonreír con aquella enigmática sonrisa suya y se acercó a una de las pinturas de la pared, con la copa entre las manos y su negra melena cayendo en cascada.

–No entiendo por qué estoy aquí –dijo en voz tan baja que él tardó un momento en darse cuenta de que había hablado. Allí estaba, la mujer que lo había destruido, enmarcada en el lienzo que colgaba detrás.

Giancarlo sabía que era un triste descubrimiento, pero su sexo latía dolorosamente y el aire entre ellos parecía haberse adensado. Como el deseo. Como la necesidad. Como el destino.

–Parece que has conseguido lo que pretendías –continuó ella–. Me has separado de Violet sin que pareciera que lo hacías deliberadamente, lo que supongo era tu propósito desde el principio. ¿Pero por qué traerme hasta aquí? ¿Por qué no dejarme en California y alejar a Violet de mi lado? Pero una vez que me has traído, ¿por qué no dejar que me pudriera sola en mi pequeña cabaña? Como prisión es muy bonita, te lo aseguro. Muy bonita. Podría tardar semanas en darme cuenta de que estoy bien atrapada y encerrada allí.

La recorrió con la mirada. Sentía un cosquilleo en los dedos de las ganas que tenía de tocarla.

–Te has olvidado de lo más importante.

–El sexo, sí –dijo ella, y no pareció particularmente acobardada con la idea, ni siquiera indignada, como le había ocurrido en Los Ángeles. Su tono era suave. Quizá demasiado–. Forzoso.

–Yo diría «obediente» –la corrigió. No estaba ya jugando. Estaba demasiado ocupado recorriendo sus curvas con la mirada, dejando que sus manos evocaran la sensación de su rostro entre ellas. Todavía podía saborearla. Y quería más.

–Obediente –repitió, como si paladeara cada sílaba–. ¿Incluye eso regalarme una cena de categoría en esta pequeña y perfecta mansión que solo un conde llamaría «cabaña»? ¿Estás seguro de que sabes lo que significa la palabra «obediencia»?

Giancarlo se sonrió. O, al menos, movió los labios para hacerlo.

–De eso se trata. Significa todo lo que yo diga que significa.

Bebió un sorbo de vino y se acercó a las puertas de cristal que llevaban a la terraza, indicándole que lo siguiera. Así lo hizo Paige, tensa y precavida, como si estuviera más afectada por su encuentro de lo que parecía. Y que Dios lo ayudara, porque ansiaba que eso fuera cierto.

Porque la verdad era tan patética… Seguía queriendo desesperadamente que ella fuera real. Que hubiera sido al menos parcialmente sincera con las cosas que habían sucedido entre ellos. Después de tantos años, todavía quería aquello.

Había una mesa ya puesta en la terraza, decorada con velas y repleta de sabrosos manjares, con un carrito al lado provisto de platos aún más tentadores. Algo deliciosamente romántico: esas habían sido sus órdenes. Las colinas y valles de la propiedad se extendían bajo las estrellas, subrayando la sensación de aislamiento del mundo.

De eso se trataba, precisamente.

Se adelantó para sacarle la silla y esperó a que se sentara, respirando de paso su aroma.

–Esta casa era una ruina cuando empecé a trabajar en ella –le explicó, todavía a su espalda, porque no sabía lo que su rostro podría revelar y no quería que ella lo viera. Que lo viera a él.

Sucumbiendo a un capricho, deslizó los dedos por su pelo y se deleitó con el tacto de sus oscuros mechones mientras recordaba todas las otras ocasiones en las que ella lo había envuelto en su calor, en su dulzura. Cuando solía echarse sobre él en aquella enorme cama de su casa de Malibú, acariciándole la piel con las puntas de su pelo al tiempo que le torturaba con su boca sensual, y enloqueciéndolos a los dos en el proceso. El recuerdo le excitó, mientras su cabello se derramaba como seda entre sus dedos.

–Los cimientos y los muros son los mismos, pero todo lo demás es nuevo o está reformado. Exteriormente es la misma de siempre, aunque no por dentro.

–Aprecio la metáfora –repuso Paige.

Él sonrió.

–Entonces espero que apreciarás también esto –dijo mientras rodeaba la mesa y se sentaba frente a ella–. Estamos en la campiña italiana y todo lo que ves a tu alrededor es mío. Puedes gritar durante días, que no te oirá nadie. En Los Ángeles te hacías la obediente porque te convenía. Valorabas tu trabajo por encima de la pérdida de tu propio respeto, pero… ¿aquí? –se encogió de hombros–. Aquí no te queda otro remedio.

–Esto no es tan espantoso. Definitivamente el acosador de esta película soy yo, no tú.

Giancarlo se echó a reír.

–No es que me habría importado si hubiera sido espantoso, pero dudo que lo pienses en serio. ¿Quieres que lo pongamos a prueba?

Quería que ella lo presionara. Para que lo viera por sí misma. Quería deslizar aquellos finos pantalones blancos por sus esbeltas caderas para lamer la dulzura y el calor que lo estaban esperando allí… «Pronto», se aseguró mientras su cuerpo reaccionaba a aquella imagen con previsible entusiasmo.

–Una vez más –dijo Paige, tensa, antes de tomar un sorbo de vino– me parece a mí que existen formas más efectivas de venganza que una cena romántica para dos, servida bajo una noche estrellada en la que bien podría ser la terraza más íntima del mundo –admiró la vista–. Sospecho que podrías estar equivocándote.

–Ah, Paige… Careces de imaginación –vio que volvía a mirarlo y sonrió de nuevo, más ampliamente esa vez. Y descubrió satisfecho que eso pareció alarmarla–. El escenario romántico solo servirá para dar mayor realce a la escena cuando te ordene que te desnudes mientras comemos. O cuando te exija que me des placer con tu boca mientras disfruto con la vista. O cuando te tumbe sobre la mesa y te haga gritar mi nombre. Cuanto más civilizado el escenario, más libertino el acto. En mi opinión, pocas cosas hay más efectivas que eso.

Parecía impresionada. A punto estuvo de atraerla a sus brazos pero, de alguna manera, se refrenó. «Solo un poquito más», se prometió. Ella parpadeó, tosió un poco y juntó las manos con tal precisión que Giancarlo adivinó que se estaba torturando a sí misma con aquellas imágenes que él acababa de poner en su cabeza. «*Va bene*», pronunció para sus adentros.

–Hablas como si no fuera la primera vez que haces estas cosas –comentó ella con voz ronca. Un ardiente brillo asomaba en su mirada y se había ruborizado–. ¿Pasas mucho tiempo diseñando complicadas fantasías de venganza, Giancarlo? ¿Es ese otro de tus talentos que me has ocultado hasta ahora… como la arquitectura y el diseño de interiores?

–Fui a la escuela de arquitectura después de la universidad –dijo, y el hecho de que ella no lo supiera le molestó de alguna manera. ¿Nunca le había contado la historia de su vida? ¿Había sido tan culpable como ella de hacerse pasar por otra persona, diez años atrás? Lo que le había hecho desentenderse de cualquier cosa que no hubiera sido acostarse con ella, ¿había obedecido a un plan de Paige o no había sido más que su propio egoísmo en juego? Procuró desterrar aquel desconcertante pensamiento–. Pero cuando acabé, decidí aprovecharme de mi posición como hijo de Violet. Y eso no funcionó muy bien para ninguno de los dos, ¿verdad? –estiró una mano y levantó la tapa de una de las fuentes de comida–. Las *salsicce di cinghiale* son especialmente buenas –le dijo–. Deberías procurar comer bien. Tenemos una larga noche por delante.

Esperaba que hiciera lo que dijera. De repente se dio cuenta de que no se había movido. De que parecía haberse quedado paralizada mientras lo miraba con expresión afligida.

–¿No me he explicado bien? –Giancarlo arqueó una ceja.

–Aprecio toda la tensión y el dramatismo –dijo Paige al cabo de un momento–. Creo que hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que te pareces a tu madre. Es un cumplido –se apresuró a añadir al ver que fruncía el ceño–. Pero prescindiré de hacer lo que me dices.

–No tienes esa opción –se encogió de hombros–. Esto no es ningún juego.

–¿Qué harás? –le preguntó en voz baja, tanto que él tardó un momento en detectar el desafío que acechaba detrás de sus palabras, antes de verlo en sus ojos de camaleón–. ¿Hacerme gritar para gente que no podrá oírme? ¿Obligarme a quedarme en la preciosa cabaña de allí abajo como un pájaro en una jaula?

–O también podría llamar a mi madre para contarle exactamente quién eres –sugirió– Un destino que, hace una semana, considerabas peor que la muerte.

Pero esa noche Paige se limitó a mover la cabeza y no desvió la mirada, lo cual le recordó la escena del guardarropa de su madre. Y que nunca había controlado a aquella mujer, ni siquiera cuando ella había aceptado seguirle la corriente.

–Creo que si fueras a hacer eso, Giancarlo, lo habrías hecho ya. No me habrías arrastrado al otro lado del mar para agasajarme con esta magnífica cena.

Él se echó entonces a reír.

–¿Realmente quieres poner a prueba esa teoría?

Ella se inclinó hacia delante, sin dejar de mirarlo, y Giancarlo dejó de reír. De pronto fue consciente de todo: las estrellas sobre sus cabezas, la leve brisa que le tentaba con el embriagador aroma de

aquella mujer. La sabrosa comida, la parpadeante luz de las velas. La manera que tenía de inclinarse ante él, con el amplio escote de su túnica revelando sus secretos.

–Yo tengo una teoría distinta.

–Soy todo oídos, por supuesto. Cada preso es inocente, cada asesino un incomprendido, cada estafador lleva dentro un artista, etcétera. Cuéntame la triste historia de tu vida, *cara* –sonrió–. Sabía que lo harías, tarde o temprano.

Pero Paige se limitó a sonreír.

–Tú no quieres venganza. En realidad no. Tú quieres sexo.

Su sonrisa se profundizó al ver que él no hacía otra cosa que quedarse mirándola en silencio. La boca de Paige seguía siendo una absoluta distracción. Y contra su mirada firme y orgullosa tampoco tenía defensa alguna.

–No quieres admitirlo, dado lo que sucedió entre nosotros la última vez que tuvimos sexo, pero mira dónde estamos ahora –se encogió de hombros–. Te has asegurado de que no puede haber ninguna cámara aquí. Nos has aislado del resto del mundo. Y lo estás llamando «venganza» porque te enfada que aún sigas deseándome.

–O porque desearte es solo una parte de ello –replicó él, más tenso de lo que habría deseado–. Y no excluye en absoluto la venganza, eso te lo aseguro.

La sonrisa de Paige pareció traspasarlo, todo fuego y peligro, para incidir directamente en su sexo.

–Llámalo como quieras –sugirió ella con aquella ronca voz suya que insinuaba su propia excitación, tentándole–. No me importa, Giancarlo. Llámalo como quiera que necesites llamarlo si así te sientes mejor, pero yo también lo quiero.

–¿Perdón? –susurró Giancarlo con un áspero susurro que sonó como un gruñido.

«Es el vino», se dijo Paige mientras lo miraba fijamente, con sus propias palabras flotando todavía ente ellos. Por supuesto que era el vino, aunque ella no había tomado más que unos pocos sorbos. Ninguna otra cosa podía haberla hecho decir aquellas cosas, estaba segura de ello, y mucho menos arrojar su guante en un duelo que temía fuera el último.

Abrió la boca para retirarlas, para reírse y alegar que había estado bromeando, para romper el extraño hechizo que los mantenía juntos. Pero Giancarlo la interrumpió alzando una aristocrática mano, casi como si se la hubiera puesto en la boca.

–Resulta que ya no soy tan confiado como antes. Es un defecto de mi personalidad, estoy convencido de ello. Pero me temo que tendrás

que darme alguna prueba.

Se había quedado distraída mirando su boca, razón por la que no entendió en parte lo que había dicho.

–¿Una prueba?

–De que no es otro de tus sucios jueguecitos que terminarán impresos en las páginas de portada de todas las revistas sensacionalistas existentes –se recostó en su silla, pero le brillaban los ojos, y ella tuvo la impresión de que se estaba encogiendo para golpear–. Seguro que entiendes mi reticencia.

–Yo te daría mi palabra –dijo ella sin saber cómo había logrado mantener un tono tan ligero, como si la expresión «sucios jueguecitos» no la hubiera escocido– pero apostaría a que tampoco te conformarías con eso.

–Por desgracia, no –convino él–. Aunque me duele lanzar calumnias sobre tu personalidad, aunque solo sea por insinuación.

–Oh, es eso lo que dice tu mirada –repuso ella con tono pícaro. Si no lo hubiera creído imposible, habría pensado que estaba disfrutando con la situación–. Aunque, visto desde este lado de la mesa, tengo que decirte que tu dolor parece más bien júbilo.

Giancarlo se sonrió.

–No entiendo por qué.

El aire de la noche parecía reverberar entre ellos, a la parpadeante luz de las velas y bajo la bóveda de terciopelo oscuro que los envolvía como un abrazo. Él echó su silla hacia atrás y estiró las piernas, como un indolente dios esperando un sacrificio, y Paige supo que tenía que poner punto final a aquello antes de que se saliera de control. Solo que no podía. La verdad era que no quería detenerse. Era lo último que deseaba.

–Desnúdate –era una orden áspera, y Paige debería haberse indignado ante su arrogancia. Pero, en lugar de ello, le entraron ganas de regocijarse en ella. En él.

¿No era eso lo que siempre había querido?

–¿Aquí?

–Aquí mismo –su oscura mirada de oro y ónice la quemaba, desafiándola–. A no ser que tengas alguna nueva razón para desobedecerme esta vez.

–¿Quieres decir aparte del hecho de que estamos al aire libre, donde cualquiera podría sorprendernos en todo tipo de situaciones escandalosas? Yo creía que tenías pánico al exhibicionismo.

–¿Qué escándalo puede haber en una simple sesión de strip-tease? –preguntó. Había algo más en su mirada: algo duro, afilado–. Quizá te olvides de que todo el mundo nos ha visto ya teniendo sexo. Dudo que cualquier cosa que podamos hacer ahora les escandalice. A no ser que hayas aprendido nuevos trucos desde la última vez que te vi…

–Nada que no sean los mismos viejos trucos de entonces –repuso ella manteniendo el tono, como si aquella bofetada de historia no la hubiese dejado aturdida. Ya era demasiado malo que nada pareciera capaz de disuadirla de desearlo. Era así de masoquista–. Lamento decepcionarte. ¿No puedo dejarme la ropa?

Paige volvió a ver aquel brillo de furia en sus ojos, pero enseguida se derritió en otro de deseo, como si fueran dos los masoquistas. De alguna manera, eso hizo que se sintiera mejor.

–No –respondió él en voz baja–. Desde luego que no.

–Entonces parece que no tengo otra elección que obedecerte, según lo prometido. A pesar de tus vecinos inmunes al escándalo y de las cosas que podrían ver.

–El vecino más cercano de mi madre está a cincuenta kilómetros de aquí esta noche –dijo Giancarlo, como si estuviera impaciente. Pero ella podía ver el fuego en su mirada. Prácticamente podía saborear su necesidad–. De manera que tu pudor está a salvo. ¿Qué otras excusas tienes? –soltó una seca carcajada–. Deberías enumerarlas todas para que las descartemos de una vez.

–¿Qué sucederá después de que me desnude para ti? –le preguntó Paige, casi distraídamente, pero ya estaba arrastrando su silla hacia atrás antes de levantarse–. Sería un atrevimiento que me obligaras a desnudarme para dejarme luego aquí sola. ¿Es ese el plan? Todo un desperdicio, me parece a mí.

–Primero nos ocuparemos de cualquier cámara que hayas escondido en tu cuerpo –le dijo él.

Si no lo hubiera conocido mejor, lo habría juzgado frío. Impertérrito. Pero el amante salvaje y desinhibido que ella había conocido acechaba en su sensual sonrisa, en el brillo de su mirada. Giancarlo podía odiarla, pero la deseaba tanto como ella a él. Y Paige se aferró a ese convencimiento, quizá con mayor fuerza de lo debido.

–Ya veremos luego qué hacemos con ese cuerpo –añadió él.

–Como vos digáis, conde Alessi –murmuró ella con aparente actitud obediente. En sus ojos oscuros leyó una cierta complacencia, quizá por su tono irónico, pero había empezado el baile.

Porque de eso se trataba. Paige no iba a fingir lo contrario. La única música que sonaba era el rumor de sus respiraciones, la única audiencia la explosión de estrellas sobre sus cabezas. No había bailado en años. Diez años, de hecho. Pero podía sentir a ese hombre en sus pies, en su cintura. En la gloriosa manera en que estiró los brazos por encima de su cabeza. En su pulso y en su aliento. Podía sentirlo por todas partes, y se puso a bailar.

Se entregó en cada ondulación de sus caderas, en cada exultante gesto de sus manos. Se había descalzado cuando se levantó, y bajo los dedos de los pies podía sentir las duras baldosas de la terraza todavía

tibias por el calor del día. Se esforzó por proyectar la sensación en el movimiento de sus caderas, de sus piernas, de su torso. Se tomó su tiempo en despojarse del pantalón, arreglándose para arrojarlo elegantemente a un lado, y se acercó luego a él mientras se quitaba la camisa.

También se tomó su tiempo con el sujetador, ofreciéndole sus senos cuando finalmente lo dejó caer a sus pies, y sonrió al ver la manera en que se removía en su silla, con su mirada como una salvaje caricia sobre su piel, tan feroz que se le endurecieron los pezones. Y no había terminado aún. Continuó bailando, una danza alegre que convirtió de algún modo en su disculpa, en su lamento. Con cada uno de sus movimientos vino a expresarle el amor que sentía por él y todas sus ingenuas y marchitas esperanzas, y para cuando se despojó de la braga, no pudo decir cuál de los dos estaba jadeando más.

En aquel momento solo se daba cuenta de que Giancarlo también se había puesto de pie. Que estaba desnuda ante él y que todavía no había terminado. Desnuda en la noche toscana, bailó por todos aquellos sueños que había alimentado desde niña. Por el sueño que ella misma había destruido con una simple llamada de teléfono y un cheque de pago diez años atrás, sin que nada de ello mereciera la pena al final. Aquello era como nadar desnuda, calor y frescor a la vez, con el aire del verano acariciando sensualmente su piel. Bailó por el gozo que solamente había sentido en presencia de aquel hombre, por la alegría que seguía echando de menos, por el amor que ella había desperdiciado por unas buenas razones que en ese momento, en retrospectiva, se le antojaban inanes, tristes en todo caso.

Bailó y bailó, y ella habría bailado toda la noche si Giancarlo no la hubiera tomado en sus brazos, apretándola contra su pecho. La danza se tornó entonces más ardiente e intensa, hasta que él se apoderó de sus labios.

Se cernió sobre ella, y a Paige le encantó la sensación. Aquel cuerpo duro y esbelto aplastándola con su delicioso peso, con sus estrechas caderas abriéndole las piernas. Tardó un momento en darse cuenta de que la había llevado a una de las tumbonas que había al pie de la piscina de la terraza, perdiendo la chaqueta en el proceso.

–Giancarlo –susurró, con la danza todavía corriendo salvajemente por sus venas, casi tan adictiva como él–. No te detengas.

–Soy yo quien da las órdenes, no tú –gruñó, pero tenía una sonrisa en los labios cuando volvió a besarla.

Y luego todo se tranquilizó. Se volvió como de miel, espesa y dulce.

Giancarlo se dio un festín con ella como si fuera la sabrosa comida que sus chefs habían preparado para ellos, y ella se sintió casi venerada, adorada. Mientras se esforzaba por deslizarse la camisa por los hombros, ansiaba sentir su piel desnuda apretada contra la suya

más que cualquier otra cosa que hubiera anhelado nunca.

La besó hasta aturdirla, y recorrió luego el perfil de su cuello, saboreándolo y musitando palabras en italiano. Cuando encontró sus senos y se apoderó de uno de sus orgullosos pezones con la boca ardiente, a ella no le importó ya lo que decía, o en qué idioma. Se arqueó contra él, arrebatada, y él la castigó y la adoró a la vez con los labios, la lengua, los dientes. Siguió tentándola hasta que ella le suplicó que se detuviera y entonces él se echó a reír y siguió haciéndolo, desatando un incendio en lo más profundo de su ser.

Por un maravillado y aterrado segundo, llegó a pensar que iba a provocarle el orgasmo… Pero de repente él se detuvo, diabólico como siempre, alzando su oscura cabeza para embeberse del rubor que se extendía por su rostro y por su cuello. De su sensual angustia. De su torrencial necesidad.

–Este castigo parece muchísimo más eficaz que lo que imaginabas que sería, *cara* –murmuró, con su voz como una nueva caricia en su sensibilizada piel, eco del amante travieso y juguetón al que había conocido tanto tiempo atrás–. Es casi como si te hubieras olvidado de lo que puedo hacerte.

–Gracias por una lección tan dura, conde Alessi –susurró, sin esforzarse demasiado por simular ese tono respetuoso cuando estaba tan cerca del orgasmo–. ¿Puedo recibir otra?

Giancarlo se echó a reír, y ella también, y no supo si había estado bromeando o si había hablado en serio cuando él volvió a concentrar su atención en su cuerpo, cambiando de posición para descender cada vez más. O si aquello era realmente duras lecciones, o regalos. Le dejó un rastro de fuego desde los senos hasta el vientre, y cuando se detuvo allí, abanicando con su aliento la parte más ávida de su cuerpo, Paige se dio cuenta de que estaba jadeando como si hubiera corrido una carrera. Que Dios la ayudara.

–Será mejor que aguantes –le advirtió él, sin apartarse–. Me detendré cuando haya terminado yo, no tú.

Acto seguido, inclinó la cabeza y la lamió. Y Paige empezó a arder. Pasó del ardor al incendio desatado. No parecía capaz de respirar. Se arqueó contra el exquisito tormento de su boca hábil o perversa, o tal vez intentó escapar; en cualquier caso, no importaba. Él la aferró de las caderas con sus fuertes manos y saboreó su húmedo calor como si fuera el mayor placer del mundo, y antes de que pudiera darse cuenta Paige estaba frotándose contra su boca, con las manos profundamente enterradas en su pelo oscuro. Gritando su nombre como si fuera una oración en la noche.

Y él fue fiel a su palabra. No se detuvo. Simplemente continuó saboreándola mientras se tomaba su tiempo, riéndose cuando ella le suplicaba que se detuviera, y riendo más cuando la súplica era para

que continuara.

El fuego creció, y fue entonces cuando él deslizó dos dedos dentro y la arrojó por la borda del mundo. Otra vez.

En esa ocasión, cuando Paige regresó a la tierra toda estremecida, él se hallaba de pie a su lado, tirando impaciente de ella para levantarla. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se había desnudado por fin, pero no tuvo tiempo para disfrutarlo, porque enseguida se tendió boca arriba en la tumbona y la obligó a sentarse encima, a horcajadas.

–Quiero verte –le dijo, y volvió a encender la llama que ardía en su interior.

Luego, simplemente, cerró las manos sobre sus caderas, tal como había hecho un millar de veces antes, como Paige nunca había soñado que volvería a hacerlo, y entró en ella.

# Capítulo 6

Estaba otra vez dentro de ella. Al fin.

Estaba tan condenadamente caliente, dulce, derretida, húmeda y *suya*, y seguía aferrándose a él con tanta fuerza, con tanto ardor, que sintió que estaba a punto de perder el control. Tenía despeinada la melena negra con reflejos de fuego, derramada sobre sus senos de pezones nuevamente duros que parecían suplicar su boca.

Paige parecía tan dulce como consternada, exactamente la expresión que más le gustaba, exactamente como la recordaba, cuando se inclinó hacia delante para apoyar las manos sobre su pecho. El cambio de posición hizo que se hundiera aún más profundamente en ella, arrancándoles un gruñido a ambos.

Bajó las manos para apoderarse de su delicioso trasero, y probó la profundidad, la fricción. Que Dios lo ayudara, pero aquella mujer era perfecta. Siempre lo había sido. El perfecto encaje. El fuego perfecto.

Giancarlo se había olvidado de alguna manera de aquello, durante todos los largos años transcurridos desde la última vez que había estado dentro de ella. Se había convencido a sí mismo de que había exagerado aquello como una especie de disculpa para su propia estupidez; de que ella no había sido más que una chica guapa con cuerpo de bailarina, y que todo lo demás había sido una especie de locura que carecía de sentido revisitar.

Pero no era ninguna exageración. Aquello era una pura, ardiente maravilla. Aquella era la misma perfección que recordaba, al fin.

Paige lo miró con expresión inescrutable. Radiante, maravillada. Y empezó a moverse.

La había visto bailar diez años atrás y la había deseado con desesperación. La había visto bailar esa misma noche, aquella impresionante actuación reservada para él solamente, y había llegado a pensar que moriría si no terminaba dentro de ella. Pero nada de todo aquello podía compararse con *aquel* baile. Ni se le acercaba.

Se apoyaba en él, con las palmas bien afirmadas sobre sus pectorales, mientras sus caderas iniciaban un indolente, estremecedor, insistente ritmo contra el suyo. Y Giancarlo se sintió perdido.

Se olvidó de la venganza. Se olvidó de su pasado. De su engaño. De todas las horribles mentiras. Sus planes se perdían en la fricción de su cuerpo contra el suyo. En la fricción de su duro miembro

profundamente enterrado en su blando calor.

–Llévame al orgasmo –la ordenó con un gruñido. Vio que se le erizaba el vello de la piel al oír aquella orden, vio la manera en que se mordía el labio como si estuviera forcejeando con la misma abrumadora sensación que la suya.

Aquello era pura magia, aquel salvaje fuego que era solamente suyo, de ambos. Podía sentirlo cada vez que se hundía en ella. Lo sabía cada vez que se retiraba. Lo sentía en el seguro ritmo de sus caderas. Quería que aquello siguiera así para siempre, tal como había pensado que ocurriría la primera vez que la conoció.

«Como habría debido ocurrir», le recordó la pequeña voz interior que seguía enamorada de ella, que siempre lo había estado.

Pero ella estaba siguiendo sus órdenes y no había tiempo para lamentaciones. Seguía moviéndose contra él, con sus caderas ejecutando una sinuosa danza, un hechizo de anhelo y deseo y muchas otras cosas que se negaba a nombrar. Había creído que la había perdido para siempre y, sin embargo, allí estaba, acogiéndolo en su interior tan profundamente que no sabía dónde empezaba su cuerpo y dónde terminaba el de ella. Ni quería saberlo.

–Vuestros deseos son órdenes, conde –se burló ella con voz ronca, y luego hizo algo complicado con las caderas y el mundo estalló en llamas a su alrededor.

Cuando finalmente explotó, con un fuego que se convirtió en una especie de cometa que surcó la noche, Giancarlo la oyó gritar su nombre. Antes de sumergirse con él en la maravilla.

Giancarlo no acogió de bien grado la vuelta a la realidad.

Paige yacía a su lado, oculta la cara en su cuello, mientras él seguía todavía profundamente enterrado en ella. Optó por no pensar en lo fácil que le resultaba abrazarla, o que su cuerpo parecía especialmente diseñado para encajar en sus brazos. Tardó mucho más tiempo de lo debido en volver a controlar la respiración. La abrazaba como habría hecho un amante, como siempre había hecho antes, mirando por encima de su cabeza las distantes colinas y las estrellas en lo alto del cielo.

Ansiaba poder despreocuparse del pasado. Y ansiaba más aún poder confiar en ella, como lo había hecho antes. Pero no podía. Paige había sido como un accidente a la espera de suceder. Ya lo había sufrido una vez, y no habría una segunda. Ni siquiera él era tan estúpido como para caer en la misma trampa dos veces. Por mucho que tocarla de nuevo fuera la gloria hecha carne, como regresar a casa tras un largo viaje. Aprendería de nuevo a vivir sin eso. Ya lo había hecho antes.

Ella se movió entonces, y él sintió el roce de sus labios en la piel.

Intentó decirse que aquello era calculado. Que todo en ella era calculado. No tenía sentido evocar las tardes que habían pasado abrazados en aquella enorme cama rodeados del mar de Malibú. Cuando ella lo había saboreado por todas partes con los ojos cerrados, como si no pudiera evitarlo, como si su afecto fuera tan elemental como el océano que se divisaba por los ventanales.

Pero todo aquello no había sido más que una actuación; necesitaba recordarlo. Lo que no quería decir, sin embargo, que no pudiera disfrutar de ella.

–Obviamente has estado practicando –le dijo, cruel. Para recordarles a ambos que estaban en el presente, y no diez años atrás–. Y yo diría que mucho.

La sintió tensarse, pero casi pensó que lo había imaginado cuando ella se sentó en la cama un momento después, desplegando su típica elegancia. Y sonrió ligeramente cuando bajó la mirada hacia él.

–Iba a hacerte el mismo cumplido –dijo con un punto de malicia y algo más iluminando su mirada–. ¡Debes de haberte acostado con un millar de mujeres para hacerlo tan bien! Felicidades. Especialmente en un lugar tan aislado como este. Los privilegios de la riqueza, supongo…

–Me las hago traer en avión de Roma, por supuesto.

–Por supuesto.

Arrugó la nariz en un delicioso gesto que le hizo desear cosas que sabía que nunca podría tener. Ni podía tenerlas, ni ella podía dárselas. ¿Acaso no había aprendido nada?

–¿Te das cuenta, Giancarlo, de que la gente podría hacerse una idea equivocada de ti? Podrían empezar a pensar que eres una especie de enfermo sexual.

–No lo pensarán.

–¿Porque tú se lo prohíbes? –meneó la cabeza. Su expresión se tornó seria, pese a que sus misteriosos ojos seguían riendo–. Creo que esa táctica solo te funciona conmigo. Y no muy bien.

–Porque… –sus manos viajaron de nuevo hasta sus nalgas, y subieron luego por su espalda mientras la acercaba de nuevo hacia sí– un hombre solo es tachado de enfermo sexual cuando se desmanda con ese tipo de diversiones en público. Mientras que yo puedo hacer lo mismo en privado y eso no cuenta. ¿No lo sabías?

Paige bajó la mirada a sus labios. Giancarlo ya estaba duro de nuevo y ella se removió inquieta contra él, como si quisiera animarlo.

–Todo cuenta. O nada cuenta.

–Entonces supongo que eso nos convierte a todos en enfermos sexuales, ¿no te parece? –le preguntó. Hundió los dedos en su pelo mientras la palpaba con la otra mano, encontrándola más caliente. Más húmeda. Todo lo cual le puso duro como el acero–. Pero

aclaremos una cosa. ¿Cuántos amantes has tenido tú en estos diez últimos años?

–Menos que tu millar –respondió ella con voz débil, mientras sus caderas entraban en contacto. Deliciosamente.

Él gruñó mientras se cernía sobre ella y le colocaba las piernas en torno a su cintura. Probó de nuevo su calor con la punta de su miembro.

–¿Cuántos? –ignoraba por qué le importaba tanto–. Dímelo.

Lo miró por un momento antes de desviar la vista. En las sombras, sus ojos parecían azules.

–¿Qué importancia tiene? Cualquiera que sea el número que te dé, pensarás lo peor de mí.

–Ya pienso lo peor de ti –dijo él con la misma voz con la que le había dirigido palabras de amor hacía años. Ni siquiera sabía lo que pretendía. ¿Hacerle daño? ¿O hacerse daño a sí mismo? ¿Empeorar las cosas? ¿O era simplemente su manera de recordarles a los dos quiénes eran?–. ¿Por qué no pruebas a decirme la verdad?

–Ninguno. Después de ti, no estuve con nadie –pronunció ella con una expresión extraña que él habría interpretado como de vulnerabilidad, si se hubiera tratado de cualquier otra persona–. Ya te dije que no había nuevos trucos.

Tardó unos segundos en procesar aquello, y de repente algo rugió en él, una fuerza primitiva que fue como una especie de alarido. Le pareció que temblaba aunque sabía que estaba perfectamente inmóvil.

–¿Es una broma? –estaba susurrando. Apenas reconocía su propia voz.

La mirada de Paige se oscureció con algo que él no quería comprender. Algo que no podía ser real.

–Sí –dijo ella con voz rota y fiera a la vez– ¡Ja! Claro que era una broma. Quería decir diez. O veinte. ¿Cuántos amantes te imaginas que he tenido, Giancarlo? ¿Qué número te confirmaría lo que tú crees que soy?

Oyó que se le quebraba ligeramente la voz mientras le hacía la pregunta, a la vez que un estremecimiento recorría su cuerpo sensual. Lo sintió. Esa vez, cuando Paige lo urgió a entrar en ella, la unión de sus cuerpos fue aún mejor y más perfecta que antes. Soltó una maldición y apretó la frente con la suya. Ignoraba si aquello era su forma de disculparse, o la de ella.

–Sea como sea, no me importa –mintió, y ya no quiso hablar más de aquello. No deseaba revisitar todas aquellas imágenes con las que se había torturado durante años. Porque lo cierto era que nunca se la había imaginado en prisión, contrariamente a lo que le había dicho. Se la había imaginado abrazando a otro hombre exactamente como lo estaba abrazando a él, de hecho.

Aceleró el ritmo, lanzándolos de cabeza a un frenesí que los consumió a los dos, y rio contra su cuello cuando ella soltó un gemido de rendición. Continuó empujando, y cuando creyó que no iba a soportarlo más, deslizó una mano entre sus cuerpos y presionó con fuerza el centro de su necesidad, haciéndola estremecerse. Continuó empujando hasta que se reunió con ella en aquel abismo. Hasta que pudo olvidarse de la verdad que había escuchado en su voz cuando ella le dijo que no había habido nadie después que él, porque eso no podía asimilarlo. Ni lo que había visto en su cara cuando él se negó a creerle.

Continuó empujando hasta que se olvidó de todo excepto de aquello. De todo lo que no fuera ella. Hasta que se perdió a sí mismo una vez más.

–Violet está preguntando por ti –dijo Giancarlo.

Paige le había oído llegar desde lejos. Primero el motor del jeep subiendo por la colina, cada vez más fuerte conforme se acercaba a la cabaña. Luego el portazo del vehículo. Y el de la puerta de la cabaña, seguido, minutos después, del sonido de las puertas correderas de cristal que daban al jardín donde ella se encontraba, sentada al pie de un viejo roble con un libro en el regazo.

–Eso suena a acusación –comentó mientras hacía el libro a un lado. Lo vio de pie en la terraza, con las manos en las caderas, mirándola ceñudo–. Pero es lógico, ¿no? Soy su asistente personal. Puede que ella esté de vacaciones, pero yo no.

–Necesita aprender a relajarse y a manejar sus propios asuntos –replicó él con tono hosco.

Paige se levantó, sacudiéndose la falda, y empezó a dirigirse hacia él. Era imposible no sentir aquel anhelo en su presencia, en lo más profundo de su ser. Aquel deseo que la ablandaba demasiado.

–Tal vez –dijo mientras intentaba concentrarse en algo, cualquier cosa que no fuera aquel sensual hechizo–. Pero yo no soy su terapeuta, sino su asistente personal. Cuando ella aprenda a relajarse y a manejar sus propios asuntos, yo me quedaré sin trabajo.

El corazón se le aceleró ante su cercanía. No entendía cómo podía seguir sucediendo eso, cuando llevaban casi una semana allí. Debería haber empezado a desarrollar algún tipo de inmunidad hacia él. Después de todo, ya sabía cómo terminaría aquello: mal. Al contrario que la última vez, cuando había estado tan convencida de que eso sería la única cosa de su vida que terminaría bien, en esa ocasión no tenía ninguna esperanza. Su historia era como una bola de cristal que le permitía ver claramente el futuro. Quizá demasiado claramente. Aunque nada de eso importaba.

Se detuvo a una prudente distancia, pero él la acercó hacia sí y le dio un beso en la boca. «Como una marca de posesión, más que un indicio de deseo», pensó ella. Pero no le importó.

–Después –le dijo él con tono satisfecho cuando se separó, como si hubiera sido ella la que había empezado.

–Puede que después esté ocupada.

–Correré ese riesgo –sonrió.

Y ella se lo permitiría; estaba segura de ello. No porque él se lo ordenara, sino porque estaba indefensa ante su propia necesidad, aunque sabía perfectamente que eso volvería a arruinarlo todo. «Después», se dijo. «Ya me preocuparé de eso después».

Porque «después» iba a ser todos los años que tendría que vivir después de aquel interludio, cuando no le quedara nada más que su recuerdo. Y no se engañaba imaginando que podría quedarle alguna posibilidad de que siguiera trabajando con Violet cuando su relación con Giancarlo terminara. O de que él cayera de rodillas ante ella y le pidiera matrimonio.

Lo rodeó para entrar en la cabaña. Ni siquiera era capaz de reírse de sí misma. «Qué estúpida eres», se recriminó. Pero eso tampoco era ninguna novedad. Recogió su bolso y se lo colgó al hombro antes de seguir a Giancarlo al jeep.

Él se sentó al volante y arrancó. Paige se sujetó bien mientras el vehículo daba trompicones por la pista, rumbo al *castello* que se divisaba a lo lejos. Hacía otro precioso día de verano, radiante y perfecto con los plateados olivos flanqueando la carretera de las colinas, y de repente se dijo que ya era suficiente. Que con eso le bastaba. Aquello era mucho más de lo que había imaginado que podría suceder con Giancarlo después de lo que le había hecho, así que… ¿por qué quería estropearlo deseando más? Pero la triste verdad era que no podía dejar de desearlo. Lo quería todo de él.

A la mañana siguiente, se había despertado en la cama de Giancarlo… sola. Él la había abandonado sin dejarle siquiera una nota, y ella se había reprochado que se sintiera tan dolida. Se había dicho a sí misma que debería considerarse afortunada de que no la hubiera arrojado de su casa al amanecer, desnuda.

Pero, por supuesto, lo que se decía que debía sentir y lo que sentía de hecho eran cosas diferentes. «Modifica tus expectativas, chica», se había espetado a sí misma durante la caminata de vuelta a su cabaña. Los pájaros habían estado piando alegremente, había sentido la caricia del sol en la cara y Giancarlo le había hecho el amor una y otra vez durante aquella noche. Él podía llamarla cuando se le antojara. Su desgarrado corazón tendría que aferrarse a eso.

Porque no le había mentido. Después de su aventura con él no había vuelto a tocar a ningún hombre, y había llegado a asumir que no lo

haría nunca. Al principio le había dolido demasiado. Luego había empezado a trabajar para Violet y había tenido la sensación de que Giancarlo estaba por todas partes, en fotografías, en correos electrónicos, en conversaciones. Paige había experimentado la aguda sensación de que salir con otro hombre sería como una especie de traición, lo cual había sabido que era absurdo. Más que absurdo, dada la manera en que lo había traicionado. Ella misma se había asegurado de que la odiara. Y él la había abandonado sin dignarse mirarla siquiera.

Y, sin embargo, de alguna forma, habían transcurrido aquellos diez años y él seguía siendo el único hombre con el que se había acostado. Lo cual le había dado fuerzas durante aquella caminata de regreso a su cabaña, presa de una estúpida sensación de gozo.

Pero él se había presentado aquella misma noche en la cabaña, demacrado como si hubiera librado una gran batalla consigo mismo y nada interesado en contarle si había perdido o ganado. Se había acostado con ella y habían pasado otra noche juntos, esa vez con los preservativos que habían dejado de usar la anterior.

No habían hablado de aquella primera noche y de su falta de precauciones. Al igual que diez años atrás, no habían hablado de nada. Y eso había marcado la pauta hasta ese día, pensó Paige en aquel momento mientras se acercaban al *castello*. Nunca había dedicado mucho tiempo a preguntarse qué era lo que sentía la mujer mantenida de un rico, su amante. Pero se imaginaba que debía de ser una sensación muy parecida a la que había experimentado durante aquella última semana.

Nada salvo los placeres de la carne. Nada salvo sexo, comida y otra vez sexo, hasta que se había saciado. Se había sentido repleta. Sentía tanto su propio cuerpo que llenaba aquellos días azules y radiantes bailando, como si aquella primera danza de aquella primera noche con Giancarlo la hubiera liberado. Paige no había sido consciente de lo muy perdida que había estado hasta que se descubrió bailando en el campo que rodeaba la cabaña, bajo el glorioso cielo toscano, con el rostro bañado en lágrimas y estirando los brazos hacia el sol. No deseaba otra cosa que compartir aquello con él.

Pero Giancarlo seguía conduciendo el jeep con la ferocidad que ponía en todo lo que hacía… excepto en la cama, donde la prodigaba de ternuras. Y con la misma expresión de furia de siempre.

–¿Dónde te habías metido durante todo este tiempo? –le preguntó Violet con tono de reproche, sentada en uno de sus cómodos sofás del *castello,* con su iPad en el regazo.

–¡Debiste haberme avisado de que me necesitabas! –exclamó Paige en vez de responder a su pregunta. Porque no quería saber lo que pensaría Violet de su relación con su hijo. No deseaba arriesgar su

relación con ninguno de los dos–. ¡Creía que necesitabas tiempo y espacio para ti misma!

–Mi querida niña –dijo Violet, divertida–. Si quisiera tiempo y espacio para mí misma, habría escogido una vida completamente distinta.

Paige era demasiado consciente de la sombría presencia de Giancarlo al otro lado del salón, apoyado en la inmensa chimenea de piedra, revisando supuestamente sus mensajes de teléfono. Estaba segura de que se hallaba pendiente de todas y cada una de sus palabras.

–Estoy aquí ahora –dijo Paige con voz firme, intentando concentrarse en la mujer que siempre había sido tan buena con ella. «Aunque se llevaría un buen disgusto si supiera quién eres», le recordó aquella áspera voz interior tan parecida a la de su madre.

–¿Querrías acompañarme a Lucca? –le preguntó Violet, devolviéndola de golpe a la realidad, mientras Giancarlo soltaba un gruñido irritado desde su puesto junto a la chimenea–. Tiene unas tiendas maravillosas. Y estoy de humor para aventuras.

–¿Con atención pública o sin ella? –le preguntó Paige, aunque era bien consciente de que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que Violet había salido en plan anónimo.

–Sin ella –le espetó Giancarlo, que se había acercado, y Paige tuvo que dominarse para no dar un respingo. No le había oído moverse.

–Con ella, por supuesto –dijo Violet como si su hijo no hubiera abierto la boca–. Nadie me ha adulado en toda esta semana, y necesito de la atención del público tanto como una planta requiere luz, ya sabes. Es así como logro mantener este aspecto juvenil.

Lo dijo como si estuviera bromeando, pero de aquella manera suya que no admitía discusión. Tampoco le correspondía a Paige discutir. Su hijo, sin embargo, era una historia diferente.

–Eres una de las mujeres más famosas del mundo –le recordó, exasperado–. No es seguro que vayas sola por ahí.

–No iré sola. Me acompañará Paige –replicó Violet.

–¿Y qué hará Paige, si se puede saber, en caso de que te veas acorralada por una multitud? –Giancarlo puso los ojos en blanco–. ¿Mantenerla a raya con un par de comentarios ingeniosos?

–Yo no subestimaría el poder de los comentarios ingeniosos –repuso Paige fulminándolo con la mirada, aunque él estaba mirando a su madre.

–Eso ocurrió hace mucho tiempo –murmuró Violet con un tono entristecido que hizo que Paige se tensara, sorprendida, y que Giancarlo diera un respingo como si lo hubiera abofeteado–. Yo era una jovencita muy estúpida. Subestimé la clase de atención que podía atraer… no solo sobre mí, sino sobre ti. Tu padre se quedó lívido –

estudió a su hijo por un momento y luego se levantó, sonriendo levemente a Paige–. Estábamos en el sur de Francia y yo pensé que sería una maravillosa idea salir de tiendas sola. Giancarlo tenía cuatro años. Y cuando la multitud nos rodeó, Giancarlo entró en pánico.

–Hubo que llamar a la policía –explicó furioso, aunque su tono era frío–. A ti te tuvieron que rescatar agentes armados y nunca volviste a salir sin seguridad… y yo tampoco. Espero que no hayas ido por ahí contando esta historia como si yo hubiera sido un niño hipersensible capaz de montar un escándalo. No se trató de ningún monstruo imaginario, sino de un ejército de cámaras vociferantes y una manada de admiradores.

–El caso es, cariño, que tenías cuatro años –dijo Violet con tono suave–. Ya no los tienes. Y aunque me halaga llamar la atención, ahora soy una vieja que hace mucho tiempo que no atrae a los paparazzi. Soy perfectamente capaz de disfrutar de una tarde con mi asistente y mi chófer.

–Y todavía te preguntas por qué me niego a tener hijos –gruñó él, y Paige necesitó de todo su instinto de supervivencia para no reaccionar a aquello. A Giancarlo y al dolor que podía escuchar detrás de aquel tono acerado–. O por qué preferiría la muerte a exponer a otro inocente a este absurdo mundo tuyo.

–No me extraña –repuso Violet–. Ya lo sabía. Pero esperaba que hubieras crecido un poco.

–Madre…

–No me gusta estar encerrada en castillos italianos, Giancarlo –le dijo con tono duro, pese a la sonrisa que exhibía. Era la famosa estrella dictando una orden, no una madre–. Si haces memoria, recordarás que nunca me ha gustado.

Reinó de pronto una extraña tensión en el ambiente. Y aunque sabía que con ello podría despertar las sospechas de la mujer que tenía al lado, Paige se descubrió mirando a Giancarlo como si ella pudiera aplacarlo de alguna forma…

Y se encontró con aquella oscuridad ardiente de sus ojos cuando desplazó su atención de su madre a ella. Como si ella también fuera culpable. Porque, por supuesto, lo era. Cuando él había tenido muchos más años que cuatro. Y lo que ella le había hecho no era ningún accidente.

Fue como si aquella verdad la golpeara, y no supo cómo logró mantenerse de pie. Quiso contárselo todo, y al diablo con Violet… Quiso explicarle la horrible caída en espiral de su madre. Las deudas, las amenazas del horrible Denny, el estado de pánico al que había sido reducida su vida. Porque era así como había sido siempre. Paige quería que él comprendiera, por fin, que ella nunca, jamás, lo habría sacrificado si no hubiera pensado que no tenía otra elección. Si no se

hubiera sentido atrapada y aterrada.

Pero aquel no era el lugar ni el momento y ella sabía, estaba segura de ello, de que él no querría escuchar nada. No quería saber por qué. Solo quería hacérselo pagar.

Y él no se daba cuenta de que ella ya había pagado. De que seguía haciéndolo. Así que se quedó donde estaba, callada como siempre había sido su costumbre, y de alguna manera se las arregló para no caer fulminada al suelo. Para no romperse en pedazos.

–No te preocupes –le dijo él con tono suave, como si estuviera respondiendo a su madre. Con toda aquella oscuridad en su mirada. Toda la traición, la pérdida. El horrible dolor–. Lo recuerdo todo.

Mirándolo, Paige sintió una opresión en el pecho, tan aguda que se olvidó de preocuparse de despertar las sospechas de Violet, a unos pocos pasos de distancia. Tan aguda y tan profunda que pensó que había sido un golpe mortal y… ¿quién habría podido disimular algo así?

# Capítulo 7

Lucca era una encantadora ciudad amurallada, una antigua fortaleza convertida en una próspera población turística. Paige siguió obediente a Violet a través de un laberinto de tejados rojos y calles empinadas, diciéndose que no había razón alguna para que se sintiera tan incómoda en una tarea que había realizado tan bien durante años.

Su corazón no estaba en aquel momento en la colorida ciudad. Se había quedado en las colinas con el hombre que había dejado allí, con aquel oscuro dolor en la mirada. Y cuanto más se entretenía Violet entrando en todas las tiendas, deteniéndose para que le hicieran fotos cada vez que alguien la reconocía y disfrutando incluso de una prolongada cena en un restaurante donde el chef corrió a cumplimentarla, más se preguntaba Paige si no lo estaría haciendo a propósito.

Pero eso era imposible. Era lo que continuaba diciéndose a sí misma. «Se llama culpa», le recordó aquella cáustica voz interior mientras Violet flirteaba escandalosamente con el chef. «Es por eso por lo que estás aquí. Por lo que trabajas para su madre. Por lo que aceptas que él te trate como te trata. Te lo mereces. Te lo ganaste».

Y, sobre todo, le echaba de menos. Un día entero sabiendo que Giancarlo no estaba cerca, que no existía la posibilidad de que apareciera de pronto y la tumbara sobre la mesa más cercana, como había hecho apenas el día anterior sin previo aviso, y estaba ya desesperada. Si eso era un adelanto de lo que iba a ser su vida después de que todo aquello terminara, pensó Paige mientras pagaba la minuta y pedía el coche, estaba arreglada.

–Como si eso fuera una novedad –masculló por lo bajo mientras subía al vehículo detrás de Violet y cerraba rápidamente la puerta, casi en las narices de la multitud de admiradores que se habían congregado en el restaurante para adorarla.

–¿Perdón? –preguntó Violet.

Paige forzó una sonrisa.

–¿Lo conseguiste? ¿Lograste tranquilizar ese gusanillo que tenías por la atención pública?

–Sí –Violet estaba sentada frente a ella en lo oscuro, mirando por la ventanilla mientras abandonaban la ciudad–. Giancarlo es un alma solitaria. No entiende que alguna gente necesite recargar las baterías

de una manera distinta a la suya.

–Tú eres una persona extravertida –dijo Paige–. Estoy segura de que él es bien consciente de ello. Al igual que probablemente sepa que, en consecuencia, sus necesidades son distintas de las tuyas.

–Ya –asintió Violet con tono tranquilo, lo cual no habría debido provocarle un pequeño escalofrío a Paige–. Lástima que los hombres más interesantes no siempre sean conscientes de lo que necesitan, ¿no te parece?

Violet no habló mucho más después de aquello y, sin embargo, Paige no volvió a ser capaz de respirar normalmente hasta que el coche abandonó la pista para entrar en la propiedad. Se sentía impaciente, más impaciente de lo que se había sentido nunca en presencia de Violet, aunque intentó disimularlo valientemente mientras ayudaba a la mujer a entrar en el *castello* y pedía al servicio que se encargara de sus compras.

Solo cuando estuvo de nuevo sentada en el coche y dirigiéndose de nuevo a su cabaña, entendió Paige lo que la había estado torturando durante todo el día, aferrado a su pecho y a su garganta. Culpa, sí. Y pánico.

Porque cualquier oportunidad que tuviera Giancarlo de reflexionar sobre lo que estaba sucediendo entre ellos, que no tenía que ver ya con la venganza que obviamente había planeado, era el principio del final. Lo intuía. Lo había visto en sus ojos aquella mañana.

El hecho de que, al llegar a la cabaña, se encontrara con que la casa de la colina estuviera a oscuras, vino a confirmar aquellos temores. Se quedó fuera, en la puerta, largo tiempo después de que hubiera desaparecido el coche del chófer, con la mirada en lo alto del cerro. Tenía demasiado miedo de que aquel beso que Giancarlo le había dado en el jardín fuera a ser el último.

«Es demasiado pronto», pensó desesperada en medio de la tibia noche de verano. Cuando el tiempo refrescó y él seguía sin aparecer, entró en la cabaña sintiéndose todavía más castigada por su ausencia que por cualquier otra cosa que hubiera sucedido entre ellos. Fantaseó con visiones en las que subía la colina y tomaba lo que quería, o al menos lo encontraba y averiguaba por sí misma lo que había sucedido ese día durante su ausencia, pero la verdad era que no se atrevía. Dudaba si sería bien recibida.

¿Apartaría las sábanas y la recibiría en sus brazos si ella se presentaba al pie de su cama? ¿O la mandaría de vuelta a su cabaña, con una palabra cruel o dos como recompensa? Paige descubrió que se sentía demasiado insegura para tantear su respuesta. Había banderas rojas por todas partes, se dijo mientras se preparaba para acostarse y se metía bajo las sábanas. Banderas rojas y rincones oscuros, y ninguno a salvo. Pero quizá lo importante era que, esa vez, lo sabía.

Lo había sabido en el momento en que decidió aspirar a aquel empleo con Violet. Siempre lo había sabido.

Tendría que aprender a vivir con eso, también.

Más tarde, esa noche, Paige se despertó con un súbito sobresalto cuando una figura masculina se metió en la cama y la envolvió en sus brazos. Giancarlo. Por supuesto.

Pero el corazón ya le estaba martilleando contra las costillas cuando él se colocó encima. Excitación. Alivio. El ansia desgarradora de costumbre, más aguda que lo habitual en esa ocasión.

–¿Por qué no subiste a buscarme? –masculló él, con su voz destilando ira, necesidad y muchos otros oscuros sentimientos. Y le mordió la sensible piel del cuello, haciéndola estremecerse.

Paige no quería pensar en ese momento en los contornos de sus miedos, en la certidumbre que tenía de que él había terminado con aquello. Con ella. Aunque no en ese preciso momento, con él encima, su cuerpo tan familiar y caliente contra el suyo, haciendo arder la noche con aquella salvaje necesidad que nunca permanecía mucho tiempo bajo la superficie. Ni siquiera cuando ella pensaba que había vuelto a perderlo.

–Creía que ya te habías acostado –«no sabía si querrías que fuera a buscarte», pensó, pero se guardó prudentemente el pensamiento para sí misma–. … Todas las luces estaban apagadas.

–¿Pasaste un día divertido con mi madre? –le preguntó él, con sus ojos oscuros brillando al resplandor de la luna que entraba por las ventanas–. ¿Lleno de admiradores suyos, exactamente como deseaba?

–Por supuesto –Paige deslizó los dedos por su cuadrada mandíbula para bajar luego a la dura columna de su cuello, como intentando memorizar su cuerpo con los dedos. Como intentando asegurarse de que si aquella era la última vez, lo recordaría–. Cuando Violet decreta que tenemos que divertirnos, nos divertimos. Ninguna multitud se atrevería desafiar a una reina de Hollywood.

Giancarlo no se rio. Cambió de posición, excitado, y ella se derritió como siempre hacía, dispuesta a acogerlo en su cuerpo fuera cual fuera su humor o el de ella. Fuera cual fuera la extraña energía que él despedía esa noche, o la oscuridad que pareció envolverlo incluso mientras entraba en ella.

De repente, en aquel instante, el devorador vacío que no había dejado de inquietarla en todo el día y que tanto la había aterrado, desapareció. Ella lo llenó con su aroma, su contacto, su posesión. Con él. Giancarlo.

El único hombre al que había tocado. El único hombre al que había amado. Y aquella era la única manera en que podía expresarle todo

aquello. Con su cuerpo. Se colocó en posición y enredó las piernas en torno a su cintura, dejándole entrar. Amándolo de la única forma que sabía.

–Quizá eso no siempre funcionara cuando tú eras niño –musitó, esperando que él no pudiera leer la emoción que rebosaba por sus ojos, por su rostro–. Pero mi relación con Violet es mucho más fácil. Al final, ella paga y yo me adapto.

Giancarlo empezó a sembrarle la clavícula de pequeños y ardientes besos. Paige se movía inquieta contra él, ávida, echando hacia atrás la cabeza para permitirle un mejor acceso. Para darle todo lo que quería. Todo. «Porque esto no durará para siempre», le recordó aquella voz áspera que tanto se parecía a la de su propia madre. Eso era lo que ese día le había enseñado. Que los cuentos de hadas no existían. Que aquella situación tenía una fecha de caducidad, que cada instante que pasaba con él lo acercaba al final.

–En cierta forma –dijo Giancarlo, demasiado oscuro, demasiado áspero, con su boca contra su piel, de manera que Paige podía sentir la vibración de sus palabras mientras hablaba–, así son todas las relaciones de Violet.

Volvió a detectar aquel tenso dolor que había percibido en él en el *castello* aquella mañana. Podía consolarlo, o intentarlo al menos. Deslizó los dedos por su espeso cabello y sonrió cuando él se deleitó con la caricia, como un gato grande.

–No creo que sea fácil ser una gran estrella –declaró Paige al cabo de un momento, concentrada en la sensación de su cuero cabelludo bajo sus yemas–. Demasiadas expectativas. Demasiada responsabilidad para con algo que es mucho más grande que una misma. La constante preocupación de que la fama puede desaparecer. Pero ser hijo de una persona así debe de ser mucho más difícil.

Él se apartó de ella, apoyándose sobre los codos, aunque seguía instalado entre sus muslos. Paige podía sentir el delicioso peso de su miembro sobre su sexo, como una promesa. El silencio se prolongaba entre ellos y su rostro estaba en sombras, de manera que lo único que Paige podía ver era el brillo de sus ojos dorados.

–No es difícil –dijo Giancarlo con un tono que nunca le había oído antes, duro y resignado a la vez. Y, sin embargo, de alguna forma, aquel vacío en su estómago empezó a abrirse de nuevo mientras él hablaba–. Siempre y cuando recuerdes que ella siempre está representando un papel. La *grande dame* como dama benevolente. La leyenda viva como progenitora sensible. La gran estrella cuyo papel favorito es el de «mamá». Eso lo aprendes de niño de mil maneras dolorosas y al final te prometes a ti mismo, si eres lo suficientemente prudente, no infligírselo a nadie. Aprendes a que muera contigo.

Paige intentó imaginarse a Giancarlo de niño, con su tozuda barbilla

y su insondable mirada, y se apiadó de él, aunque lo que no podía explicar era su nerviosismo. Era algo en la manera que tenía de distanciarse de ella, de observarla con demasiada atención.

–Lo siento –dijo ella, aunque deseaba decirle mucho más. No se atrevía–. Eso no puede ser fácil.

–¿Es compasión lo que sientes por mí, *cara*? No te molestes.

No se estaba burlando. No del todo, al menos. Su rostro volvía a tener una expresión feroz, casi cruel, como al principio, y ella descubrió que era incapaz de abrir la boca para interrumpirlo, de defenderse. «Te diga lo que te diga», le recordó la áspera voz, como una bofetada, «te lo merecerás».

–Esto es lo que aprendí de mi madre, la gran actriz –continuó él–. Que ella es un misterio, hasta para ella misma. Que ella lo prefiere así. Que la intimidad es anatema para ella porque no la puede controlar, no la puede dirigir ni manipular. Es como una representación sin ensayos ni repeticiones, que ella se toma siempre muchas molestias en evitar.

Paige no supo por qué se sintió tan afectada en aquel momento, tan al descubierto cuando él no estaba hablando de ella. Pero entonces Giancarlo se movió de nuevo, para susurrarle algo al oído. «Sea lo que sea que vaya a decirte», le recordó la voz, «te lo mereces».

–Yo quiero una mujer en la que pueda confiar, Paige –le confesó, implacable.

Y ni siquiera le dolió. Fue como el profundo corte de una hoja afilada. Sabía que la había cortado y solo quedaba esperar a que saliera la sangre. Y el dolor que era seguro que seguiría. Pero aún no había terminado.

–Una mujer a la que conozca por dentro y por fuera. Una mujer que no arrastre secretos. Que no se esconda ni de mí ni del mundo, que nunca represente un papel. Una mujer que quiera un compañero, no una audiencia.

–Giancarlo –se sitió desgarrada por dentro, pese a que él la estaba abrazando. Casi como si la hubiera arrojado desde el tejado del *castello*–. Por favor.

Pero lo peor era que él sabía lo que estaba haciendo. Lo había visto en el gesto de sus sensuales labios. En la manera en que había estado a punto de temblar. Sabía que le estaba haciendo daño. Y seguía haciéndoselo.

–Quiero una mujer a la que pueda creer cuando me diga que me quiere –dijo él con tono crudo, fiero, y ella supo que se lo merecía, aunque se sintiera morir. Luego levantó la cabeza para mirarla directamente a los ojos, empeorando aún más las cosas–. Y tú nunca podrás ser esa mujer, ¿verdad? Nunca lo fuiste. Y nunca lo serás.

Después, pensó, tendría que convivir con la desgracia que él había

concentrado en aquellas dos últimas frases. Después, pensó, tendría que llorar durante días enteros y lamerse las heridas, tal como había hecho diez años atrás. Pero eso sería después.

Esa noche, Paige pensaba realmente que el dolor que él arrastraba era muchísimo mayor que el que le había causado a ella. Y que se merecía, según se ocupaba de recordarle aquella voz, y eso ella no podía soportarlo. No le importó que él siguiera odiándola, después de otra semana en su cama y cuando había vuelto a saborear cada parte de su cuerpo y sentido la sinceridad de su reacción. Se dijo que no le importaba todo aquello en absoluto, y una parte de su ser así lo creía. O quería creerlo.

Pero ya se preocuparía de ello después. Después, cuando pudiera recuperarse de nuevo. Después, cuando pudiera pensar en algo que no fuera el hombre que le estaba partiendo el corazón, una vez más.

–Giancarlo –dijo de nuevo, con mayor energía esa vez–. Deja de hablar.

Y él se rindió con un gruñido, entrando profundamente en ella y ya solo quedaron los dos: aquella resplandeciente verdad que era únicamente suya, salvaje y más abrasadora cada vez. Aquel perfecto y maravilloso fuego que los consumía en su gloria.

Y Paige hizo todo lo posible para que los dos olvidaran.

Transcurrieron dos semanas, lentas y dulces. El verano toscano comenzaba a dar paso al otoño. El aire empezó a enfriar por las mañanas, con el cielo volviéndose más azul. Y si se hubiera permitido pensar solamente en esas cosas, Paige habría podido decidir que la tensión entre Giancarlo y ella se estaba aminorando también, como si todo aquel dolor se atenuara. O quizá ella les había enseñado a los dos a olvidar.

Fuera lo que fuera, funcionó. Ya no pasaba los días atrapada en su cabaña aislada, disponible solo para él y a su capricho. Era un poco como si ambos hubieran vuelto a casa. Se veía con Violet la mayoría de las mañanas y la ayudaba a planificar su tiempo de ocio. A Violet le gustaban especialmente las excursiones de un día a diversas ciudades italianas, para empaparse de arte, de cultura y de la admiración de la gente. Pero entre salida y salida, cuando Violet pasaba los días disfrutando del spa y de la piscina del *castello*, Paige se quedaba sola, lo que habitualmente quería decir con Giancarlo.

Un día él detuvo el jeep en cuanto perdieron de vista la maciza torre del *castello*, se arrodilló junto a la puerta del conductor, acercó sus caderas a su boca y la lamió *allí* mismo, haciéndola sollozar su nombre en la tranquila mañana. En otra ocasión la llevó a uno de los lagos que salpicaban la propiedad y nadaron bajo el sol para terminar haciendo

el amor en el agua. Otras veces hablaban. Él le contaba los sueños que había tenido su padre para aquella tierra, de su larga historia y de sus propios planes para rentabilizarla, y le mostraba las ruinas etruscas que se escondían en los más extraños lugares. Paige no sabía qué era lo que adoraba más de él, si sus palabras o su cuerpo. Pero se aferraba a ambos como si fueran regalos, intentando no pensar en lo que se merecía, en lo que sabía que iba a suceder.

Una tarde estaban tumbados al sol, con la dulce brisa refrescando su piel acalorada. Paige apoyó la barbilla en su pecho y lo miró a los ojos. Él sonrió.

–Te vi bailando en el jardín la otra noche.

No había motivo para ruborizarse. Intentó decirse que el calor que se extendía por su cara era del sol, o los restos del fuego que él le había provocado apenas unos momentos antes.

–Hacía mucho que no bailaba.

–¿Por qué no?

No supo qué responder a eso, cómo explicarle el porqué de todo sin resbalar en los campos de minas que habían pasado aquellas últimas semanas evitando. Que habían conseguido evitar después de la noche en que él volvió tarde de Lucca. «Quiero una mujer en la que pueda confiar», le había dicho, y Paige quería que él confiara en ella. Tal vez ella no se mereciera su confianza, pero la quería.

–Era buena –explicó al cabo de un momento, porque era cierto–, pero nada del otro mundo. Y había muchas otras bailarinas igual de buenas, que supongo que amaban el baile más que yo.

Sobre todo después de que él la hubiera abandonado y ella no hubiera tenido corazón para seguir bailando. Había participado en una prueba para una actuación más y su agente le había dicho que aquello era como ver a una marioneta. Aquella había sido su última prueba. Su último baile. Porque una vez que había perdido a Giancarlo, había perdido todo interés por la única cosa que había tenido algún significado en su vida. En aquel entonces, su madre había descendido aún más en su abismo personal y Paige se había sentido sencillamente perdida. Y cuando después había coincidido con una mujer a la que había conocido a través de Giancarlo en uno de aquellos fines de semana de Malibú, y se enteró de que necesitaba una asistente personal algunos días por semana, entrar a trabajar para ella le había parecido una buena idea. Una manera de escapar, de una vez por todas, al pequeño y oscuro mundo en el que vivía su madre.

Un año después estaba trabajando para una afamada estrella de la televisión que no había tenido ni idea de que la eficaz Paige Fielding estaba relacionada con *aquella* Nicola Fielding. Varios años más tarde, había reunido experiencia suficiente para firmar con una selecta agencia que se ocupaba de máximas estrellas como Violet, y cuando la

anterior asistente de Violet la abandonó, la asignaron como sustituta. Todas aquellas cosas le habían parecido tan extrañas entonces, cuando sucedieron… Pero en ese momento, mirando hacia atrás, no le parecían nada caprichosas. Era como si su subconsciente lo hubiera planeado todo para que volviera con Giancarlo.

Pero no quería pensar en eso ahora. Ni en lo que haría cuando volviera a encontrarse sin él. «Quiero una compañera», le había dicho Giancarlo, y el problema era que ella era una mentirosa. Una amnésica deliberada, desesperada por olvidar su pasado.

Giancarlo seguía sonriéndole, como si aquella fuera una conversación perfectamente fácil, y ella deseó que lo fuera.

–Estoy sorprendido –le dijo él, y por un momento un brillo de algo parecido al cariño asomó en su mirada, transformando su rostro de manera que volvió a parecer el joven de antaño. Se dijo a sí misma que eso no tenía por qué dolerle, no tenía por qué provocarle aquel nudo de emoción en el pecho–. Tuve la impresión de que el baile no era para ti una simple actividad, que era algo que formaba parte de tu persona.

–Tenía veinte años –se oyó decir–. No tenía ni idea de quién era.

«Tú eres su juguete, Nicola», le había gritado su madre en aquellos oscuros días finales, cuando Paige había creído que podía salir de aquello indemne, arreglárselas para conservar a Giancarlo, complacer a su madre y a sus horribles amigos, y pagar además todas sus deudas. «Jugará contigo hasta que se canse y luego te abandonará por inútil cuando se ocupe de la próxima tonta que le haga caso. ¡No seas tan ingenua!».

El rostro de Giancarlo cambió de golpe, y su mano se detuvo en el aire.

–Creo que siempre me olvido de lo joven que eras –le dijo al cabo de un momento, como si el hecho de recordar su edad lo hubiera sorprendido–. ¿En qué diablos estaba pensando? Tú eras una niña.

Ella se rio entonces. No pudo evitarlo.

–Yo no había llevado lo que se dice una vida muy cómoda cuando llegué a Hollywood –le dijo, descubriendo mientras lo decía que nunca le había hablado de aquella etapa–. Cosa que hice apenas diez minutos después de graduarme en el instituto, por cierto. Mi madre tenía el coche cargado con las maletas y esperando el último día de las clases –sacudió la cabeza–. La verdad es que no puede decirse que fuera precisamente una niña.

No había tenido la oportunidad de serlo, lo cual no era lo mismo, pero eso no se lo dijo. Aunque tenía la extraña sensación de que la infancia de Giancarlo no había sido tan diferente de la suya, en realidad. Sus respectivos ambientes no habían podido ser más opuestos, pero ella se había pasado la vida caminando de puntillas,

intentando predecir los humores de su madre, o lo mucho o lo poco que había bebido. No estaba segura de que eso hubiera sido tan distinto de vivir pendiente de los estados de ánimo de Violet.

Nunca se le había ocurrido que tal vez había cambiado una madre exigente por otra, con muchísimo más estilo, y tampoco estaba segura de que le gustara la comparación. «Al menos Violet se preocupa por ti», se recordó. «Que es mucho más de lo que Arleen hizo nunca».

–No estoy muy seguro de que eso me sirva de disculpa –estaba diciendo Giancarlo, pero de repente se echó a reír, y todas las preocupaciones desaparecieron de la cabeza de Paige con aquel feliz sonido–. Pero la verdad es que yo nunca tuve ningún control sobre mí mismo por lo que a ti se refería.

–Yo tampoco –repuso ella, sonriendo, y ambos se quedaron inmóviles. Quizá conscientes en aquel preciso instante de que se estaban acercando a cosas de las que ninguno de los dos podía permitirse hablar.

O palabras que no podían decir. Palabras que él ya le había avisado de que no se creería si ella se atrevía a pronunciarlas. Lo cual no impedía que las sintiera. Nada podía impedirlo.

Giancarlo se la quedó mirando durante un buen rato, hasta que ella empezó a resentirse del frescor de la brisa. O quizá fuera su vulnerabilidad. Tener sexo era mucho más fácil. Era aquella conversación lo que la estaba matando, haciéndola desear cosas que deseaba demasiado, haciéndola imaginar demasiados finales felices que nunca podrían llegar a ocurrir. Se apartó de él. Sentándose, se puso el vestido corto de verano como si aquella fina tela fuera una armadura.

–Lo nuestro… ¿fue real? –inquirió él en voz baja.

Paige no le preguntó por lo que quería decir. Se quedó paralizada, con la mirada clavada en las colinas que se extendían ante ella a la luz de la tarde. Dudaba que él fuera consciente de que en aquel momento le estaba acunando el corazón entre sus palmas, apretándoselo demasiado. O quizá no le importara hacerlo.

–Lo fue para mí –dijo ella, con voz ronca por la emoción–. Siempre lo fue, incluso al final.

Ignoraba lo que respondería Giancarlo. Se sentía expuesta, como si estuviera colgando de una tensa cuerda en el alto cielo, a expensas de los caprichos de la brisa…

Él le tomó entonces una mano y se la apretó. Una vez.

Luego se puso la ropa y se levantó, y no volvió ya a mencionar el tema.

Giancarlo la observaba dormir, sin que necesitara ya que el coro de

furiosas voces de su interior le recordara que aquello era una mala idea.

No sabía lo que le había despertado, solo que se había vuelto de pronto para asegurarse de que ella seguía allí… como había hecho durante años después del escándalo de las fotografías. Había perdido la cuenta del número de veces que había soñado eso, que había soñado que ella nunca lo había traicionado, que había soñado que las cosas habían sido diferentes entre ellos.

Pero esa vez ella estaba a su lado. Estaba acurrucada junto a él y parecía dormir profundamente, de manera que ni siquiera murmuró cuando él se estiró para abrazarla por detrás. «Al diablo con tu conspiración de venganza», se recriminó, pero de repente todo aquello se le antojaba demasiado absurdo con ella en sus brazos, y su rostro angelical iluminado por el leve resplandor de las estrellas a través de la claraboya de la habitación.

Se descubrió delineando el perfil de su mejilla con un dedo. Los recuerdos de lo sucedido diez años atrás eran tan abrumadores que casi podía jurar que no había pasado el tiempo. Que el asunto de las fotos y su ruptura no habían sido más que una pesadilla. Porque podía recelar de ella, pero cada día eso parecía perder más y más sentido.

En aquel entonces había sido tan joven… No entendía cómo podía haberse olvidado de algo así. Cuando él había tenido veinte años había sido un redomado imbécil, haciendo el idiota en Stanford y disfrutándolo además. A esa misma edad, Violet se había hecho famosa por su divorcio del productor, mucho mayor que ella, con el que se había casado a los diecisiete. Nadie la había tachado de cazafortunas, al menos a la cara. Había sido elogiada por sus elecciones y por el control que había ejercido sobre su carrera.

Quizá fuera por eso por lo que había pasado una década tan furioso con Paige. Porque quería a su madre, la quería de verdad, pero había querido otra cosa para sí mismo. Había querido una mujer que no pensara primero, o nunca, en su propia persona. Había querido una chica que lo antepusiera a *él*. Le había dicho que quería una compañera, pero nada de lo que había hecho sustentaba esa idea. Allá, en Malibú, había sentido celos del tiempo que ella le había dedicado al baile y de cualquier otra cosa que lo había apartado de él. Esa vez lo que le daba celos era el tiempo que ella dedicaba a su propia madre. ¿Quería realmente una compañera? ¿O quería que Paige lo tratara como si fuera su compañera mientras él hacía todo lo que se le antojaba con ella?

Pero a Giancarlo no le importaban tanto las respuestas que le asaltaban como la mujer que dormía tan dulcemente a su lado. Lo único que sabía era que estaba cansado de luchar con aquello, de mantener las distancias con ella cuando la quería tan cerca. Estaba

cansado de los muros que había levantado. Y se odiaba a sí mismo más cada vez que la hería…

«Todos debemos cumplir con lo que predicamos si queremos conseguir algo en esta vida», le había dicho su padre mucho tiempo atrás mientras paseaban por aquellas tierras. «El problema es que nos gusta mucho predicar y no tanto escuchar, ni siquiera a nosotros mismos».

Aquello tenía que terminar. No tenía sentido reclamarle confianza a Paige cuando él se negaba a otorgarle la suya. La atrajo hacia sí y enterró el rostro en el dulce calor de su cuello. Era tiempo de reconocer lo que había sabido durante años. Ella era la única mujer a la que había amado nunca, al margen de lo que hubiera hecho cuando era poco más que una niña. Y nunca había dejado de amarla.

–*Come sei bella.* Qué hermosa eres –susurró en la oscuridad–. Te amo –le dijo, sabiendo que ella no podía oírlo.

Ahora solo necesitaba decírselo cuando ella pudiera escucharlo.

Paige se despertó cuando la luz de la mañana que entraba por la claraboya bailó sobre su rostro. Giancarlo estaba a su lado, envolviéndola en sus brazos. «Este es mi día favorito», pensó. Aunque últimamente todos lo eran. Pese a lo que su voz interior le dijera al respecto.

Estaba pensando en ello cuando el estómago le dio un vuelco y tuvo una náusea, que le hizo apartarse de él y correr al baño.

–Debo de haber comido algo raro –dijo cuando volvió a salir y lo descubrió mirándola con preocupación, sentado en el borde de la cama. Esbozó una mueca–. Tu madre insistió ayer en que comiéramos aquellas salchichas tan extrañas en Cinque Terre. Creo que no me sentaron bien.

Violet, sin embargo, no estaba nada afectada.

–Yo tengo el estómago de hierro, querida niña –proclamó cuando Paige la llamó para decírselo.

Pero las náuseas volvieron a la mañana siguiente. Y a la otra.

Para la cuarta, cuando Paige corrió al baño. Giancarlo entró detrás de ella y colocó algo en el suelo a su lado, cuando estaba arrodillada ante el inodoro. Tardó un buen rato en recuperarse, para poderse concentrar en aquel objeto.

Solo que se mareó aún más cuando lo reconoció. Era un test de embarazo.

–Úsalo –le dijo Giancarlo con una voz tan seca y severa que ella no se atrevió a levantar la mirada. Dudaba que su estómago pudiera soportarlo–. Tráeme el resultado. Ya hablaremos después.

# Capítulo 8

Paige se levantó temblorosa una vez que los pasos de Giancarlo se apagaron. Se enjuagó la boca en el lavabo y siguió las instrucciones del test. Esperó el tiempo establecido, que cronometró con el teléfono… y cuando sonó la alarma, se permitió mirar.

Y justo en aquel instante, todo cambió. Lo único que pudo hacer fue quedarse mirando el palito con su inequívoca señal. Y entonces lo sintió. Fue como una marea de sentimiento en crudo, imposible de discriminar. Horror. Júbilo. Pánico. ¿Cómo podía ser madre de un ser cuando había tenido una como Arleen? ¿Cómo podía ser la madre de alguien?

Seguía aferrada al lavabo, con lágrimas en los ojos y debilitadas las rodillas. Se obligó a respirar, profundamente. Recordó que Giancarlo la estaba esperando y lo que le había dicho antes de bajar las escaleras. Y entonces comprendió. Aquello era el peor de sus temores hecho realidad. Se vistió y se recogió la melena en un apretado moño en la nuca, tardando más tiempo del necesario. Solo se animó a ir a buscarlo cuando comprendió que retrasar aquel momento solo serviría para empeorar las cosas.

«Todo saldrá bien», se dijo mientras bajaba la ancha escalera, consciente de que se dirigía a su propia ejecución. Pero allí estaba, a pesar de todo: aquella diminuta rendija de esperanza en lo más profundo de su ser. La esperanza de que ella estuviera equivocada y de que él la sorprendiera.

Giancarlo la esperaba en las puertas que daban a la terraza, de espaldas. No se volvió cuando ella apareció tras él, sino que le tendió simplemente la mano. Pero no para tomar la suya, para reconfortarla, sino para recibir el test de embarazo. La prueba.

Porque todavía a esas alturas seguía esperando trucos y mentiras de ella. Y sobre algo como aquello. Sintió que se removía por dentro, pero no podía concentrarse en eso ahora. Solo existía Giancarlo, mirando ceñudo el palito en su mano, que arrojó a un lado mientras soltaba una maldición.

Se quedó allí, tenso cada músculo de su cuerpo, sin mirarla. Cuando lo hizo, fue aún peor. Paige esperó a que hablara, aunque algo en su interior protestaba que no, que ella no se merecía su furia. Que aquello era algo que no había hecho sola.

–Creía que estabas tomando la píldora.
Parpadeó ante la ferocidad de su tono.
–Eso no es verdad. Usaste preservativos después de aquella primera noche. ¿Por qué lo habrías hecho de haber estado seguro de que yo estaba tomando la píldora?
Él se la quedó mirando fijamente, y Paige comprendió la verdad de aquella frase. Cuando lo hizo, le dolió.
–Oh.
–Dímelo tú –le dijo él con aquel tono cruel que hacía casi un mes que no utilizaba con ella–. ¿Qué razón podías tener tú para acostarte con un hombre sin tomar precauciones?
–Tú hiciste lo mismo –la cabeza le daba vueltas. No había imaginado que eso pudiera suceder. No un embarazo. Pero aquella expresión de su rostro… Siempre había sabido que volvería a verla–. Lo hicimos juntos…
–Creía que estabas tomando la píldora.
Se sentía impotente. Aterrada. Enferma.
–¿Por qué?
–¿Qué clase de pregunta es esa? Antes sí que la tomabas.
–Aquello era diferente –estaba demasiado estremecida para pensar en lo que estaba diciendo, así que le soltó la verdad sin adornos–. Mi madre arrastraba el trauma de haberse quedado embarazada con dieciséis años y de haberse visto forzada a tener el bebé. Por eso me obligaba a mí a tomar la píldora desde que era muy joven.
–¿Y dejaste de hacerlo? –parecía furioso e incrédulo.
Paige no entendía. ¿Cómo podía pensar que ella había planeado aquello? ¿Y cómo habría podido hacerlo, de haberlo querido? «Sabías que él no usó nada aquella primera noche. ¿Por qué no protestaste?», le preguntó la voz interior. Pero sabía la respuesta. No había querido que se detuviera.
–¿Por qué diablos dejaste de hacerlo? –exigió saber él.
–Ya te lo dije –susurró ella, retrocediendo, aunque Giancarlo no se había movido. No tenía que hacerlo. Su negra furia se palpaba en al aire.
«Es lo que te mereces», resonó en su cabeza la voz de su madre, cargada de un júbilo morboso. «Esto es lo que les sucede a las mujerzuelas como tú, Nicola. Que terminan como yo».
–Tú eres el único hombre con el que me he acostado en estos diez últimos años –le espetó. Tenía que hacérselo comprender. Iban a ser padres, tanto si le gustaba como si no–. Tú eres el único hombre con el que me he acostado, Giancarlo.
–No intentes venderme una mentira tan absurda –rugió él–. No me creo esa historia de que eras virgen en aquel entonces, ni siquiera cuando yo creía que podía confiar en ti. Eso tengo que reconocértelo,

sin embargo. Realmente recuerdas todos los torturados detalles de tus mentiras.

–¿De qué estás hablando? –Paige meneó la cabeza, intentando sobreponerse a la sensación de pánico–. ¿Quién habría confesado ser virgen a los veinte y mentir al mismo tiempo?

–No puedo creer que haya caído dos veces en la misma trampa –masculló, furioso–. No puedo creer que me haya metido directamente yo mismo en ella. Déjame adivinar. Jamás se te había ocurrido pensar ni un solo segundo en la maternidad, pero hoy mismo, mientras mirabas el test que confirmó tu embarazo, algo se removió en tu interior, ¿verdad? –soltó una risa sarcástica–. ¿Tengo razón?

–¿Estás diciendo que yo planeé todo esto? –gritó ella–. ¡Nadie te obligó a tener sexo conmigo! ¡Y nadie te obligó a hacerlo sin preservativo!

–Eres buena. Eso te lo concedo. No lo había visto venir. Pensaba que estaba siendo demasiado duro contigo. Me estaba enamorando de ti otra vez, pero, al final, tú eres como ella. Siempre lo fuiste. He sido tan imbécil…

–Todavía no sabes si tengo intención de tener el bebé –replicó, anhelando desesperadamente que volviera a mirarla como si fuera una persona, y no como un fraude con patas. Exactamente igual que lo había hecho diez años atrás, cuando agitó aquella revista en el aire en la puerta de su apartamento y ella casi deseó que se la arrojara a la cara. Porque eso habría sido mejor y menos violento que la manera en que la miró antes de dar media vuelta y marcharse.

Aunque la mirada de desprecio que le estaba lanzando en aquel momento no era precisamente una mejora. Hasta que sus palabras penetraron por fin en su cerebro, «me estaba enamorando de ti».

–¿Tengo que entender eso como una amenaza? –le preguntó él con voz baja, letal–. No puedo menos que aplaudirte, Nicola –el efecto que le produjo aquel nombre fue peor que el ácido–. La mayoría de las mujeres se habrían andado con rodeos. Pero tú, como siempre, has ido directa al tema.

–No te estoy amenazando. Esto no estaba planeado. No sé por qué insistes en pensar lo peor de mí…

–Calla –era una orden, dura y fría–. No voy a fingir que me importa lo que tengas que decirme. Haz lo que quieras, Nicola. Siempre lo haces.

–¿Por qué habría yo de forzarte a tener un hijo conmigo? ¿Por qué?

–Quizá porque el dinero que cobraste la última vez te supo a poco. Quizá porque querías reforzar tus lazos con Violet. O porque pretendes vender la mayor cantidad de historias posibles a las revistas. No te costaría mucho hacerte famosa, con el nieto de Violet en tus brazos. Para no hablar del patrimonio Alessi. Sabrás a estas alturas

que yo nunca le negaría la herencia a mi propio hijo –estaba casi blanco de furia–. Que es una de las muchas razones por las que nunca querría uno.

–Giancarlo…

–Si decides tener el bebé, informa a mis abogados –le dijo con un tono rotundo que la hizo estremecerse. Ya no había aquella ira dorada en sus ojos cuando la miró. Solo había vacío–. Pagaré por el hijo la pensión que estimes necesaria, y pagaré aún más si respetas mi intimidad y no das publicidad a mi nombre. Pero eso es algo que no puedo esperar de ti, ¿verdad?

–Por favor –le suplicó ella, incapaz de detener los sollozos que subían por su garganta. La situación era todavía peor porque en el fondo siempre había sabido que sucedería. Pero no ese día. Todavía no estaba preparada–. No puedes…

–No intentes volver a contactar con mi madre. Haré que te arresten, y ningún juez de ningún estado concedería la custodia de su hijo a una mujer con problemas mentales y antecedentes antes que a mí. Quiero que recuerdes esto. Ponle un simple mensaje de texto a mi madre y no volverás a ver a ese niño.

–Para –susurró–. No puedes…

–Un chófer vendrá a recogerte dentro de una hora –le dijo, implacable–. Quiero que te vayas. No quiero volver a verte nunca más. Ni dentro de diez minutos ni dentro de diez años. ¿Está claro?

Paige no podía responder. Temblaba tanto que tenía miedo de desmayarse en cualquier momento, las lágrimas corrían interminables por su rostro mientras él la miraba como si fuera una desconocida.

–¿Has entendido?

–Sí –logró decir Paige–. He entendido –se pasó las manos por la cara y lo intentó una última vez–. Giancarlo…

Pero ya se había ido. Todo había terminado.

Las resbaladizas carreteras de Nueva Inglaterra en diciembre eran traicioneras, pero el viento que azotaba su todoterreno y los árboles que las flanqueaban era aún peor. Giancarlo no había empezado de buen humor cuando abandonó el aeropuerto internacional de Boston más de dos horas antes en su último intento por encontrar a Paige. Y lo justo era decir que llevaba ya tres meses de un humor pésimo.

La diminuta y solitaria población de Maine, a más de cien kilómetros del núcleo habitado más próximo, se extendía bajo un fresco manto de nieve. Parpadeaban sus luces cuando la tarde se abatió de pronto. Giancarlo se cargó de adrenalina mientras recorría sus escasas calles rumbo a la blanca casa de tablas que constituía su destino.

Había contratado investigadores privados. Había registrado media Costa Oeste y buena parte de la Este, personalmente. Aquel era el último lugar sobre la tierra que le quedaba por mirar y que sin duda constituía, eso tenía que reconocerlo, el escondite perfecto. Esa vez sabía que estaba allí. Había visto su foto en el móvil cuando aterrizó en Boston procedente de Italia, tomada aquella misma mañana. Pero no lo creería hasta que la viera con sus propios ojos.

La soledad del lugar tenía un cierto encanto, pensó mientras bajaba del vehículo con sus botas hundiéndose en la nieve. Solitarios graneros en llanuras yermas bajo un plomizo cielo de invierno. Aquí y allá retazos de la rocosa y salvaje costa del Atlántico. Aquello era como vivir en la desolación de su propia alma. Estaba subiendo los viejos escalones del porche cuando escuchó el leve eco de una música de piano. *Lecciones de baile,* rezaba el cartel de la puerta. Se detuvo allí, con una mano en el picaporte, porque oyó su voz. Por primera vez desde aquella horrible mañana en su cabaña de la Toscana.

Abrió de golpe la puerta y entró, y se encontró con ella justo delante, después de tanto tiempo.

Ella se quedó sin aliento. Con el corazón martilleándole en el pecho, Giancarlo se obligó a mirar a su alrededor. La planta baja de la casa era su estudio de danza, un espacio diáfano con unas pocas columnas. Estaban en plena clase, que estaba impartiendo ella, la mujer a la que había acusado de mil fraudes diferentes. A un buen puñado de jovencitas de rostros sonrosados.

Se quedó en lo que parecía ser el vestíbulo del estudio. A juzgar por las miradas que le lanzaron las mujeres sentadas en los sillones y sofás alineados contra la pared, había interrumpido la clase con su brusca entrada. Cosa que en aquel momento no podía importarle menos.

Paige, advirtió mientras se obligaba a respirar de nuevo, no lo miraba. Lo cual era un verdadero milagro, teniendo en cuenta la cantidad de espejos que forraban las paredes. Simplemente continuó con la clase, como si Giancarlo no existiera. Y él continuó observándola mientras se movía delante de aquella colección de preadolescentes, dando instrucciones y corrigiendo posturas. Le pareció que no había dormido mucho, pero solo cuando la estudió más de cerca. Su cabello seguía siendo de un negro tinta, más oscuro de lo que recordaba, y se preguntó si sería el sol el responsable de aquellas mechas cobrizas. Se movía de la misma manera que lo hacía en todos sus sueños, con la misma gracia y elegancia, como si flotara en vez de caminar.

Y seguía tan esbelta como antes, aparte del ligero abultamiento del vientre que vino a decirle lo que no había sabido hasta aquel momento. Que había conservado el bebé. Su bebé. Giancarlo no supo bien lo que sintió en aquel momento. Alivio. Furia. Un nuevo impulso

de determinación. Todo junto, mezclado. Iba a tener el bebé.

La habría amado de todas formas. La amaba. Pero no podía evitar considerar el embarazo como una señal. Una esperanza. Que era mucho más de lo que se merecía.

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que la clase terminó por fin y las mujeres de las sillas recogieron a sus niñas. No las prestó ninguna atención mientras pasaban a su lado. Simplemente esperó, con los brazos cruzados y la mirada clavada en Paige.

Finalmente se marchó la última madre y solo quedaron los dos en la diáfana sala. Ella seguía sin mirarlo.

–Decidiste conservarlo –no supo por qué lo dijo con aquel tono, seco y brusco. Vio que se tensaba.

–Si has venido a buscar disculpas, puedes metértelas donde…

–No quiero disculpas –replicó. Se dio cuenta de que la pura furia había vuelto sus ojos de un color casi gris. Sabía que ella lo mataría con sus propias manos si se acercaba demasiado–. Me he pasado tres meses buscándote, Paige.

–¿Estás seguro de que no te has equivocado de nombre? Porque siempre has tenido problemas para recordarlo.

–Sé tu nombre.

–No sabes cuánto me alegra oírlo –su furia era como una niebla en el aire flotando entre ellos, densa e impenetrable–. Lo único que me alegraría más sería que te marcharas ahora mismo y fingieras que nunca nos conocimos. Porque eso es lo que he estado haciendo yo hasta ahora. Y han sido los tres mejores meses de mi vida.

–Entiendo que…

–No te molestes –lo interrumpió–. No quiero oír tus explicaciones. No me importan.

Y se dio la vuelta, pero los espejos la traicionaron, mostrándole lo mucho que le costaba recomponer su expresión. Otra rendija de esperanza para un hombre tan desesperado como él. Avanzó hacia ella, sin dejar de mirarla. Iba descalza y con mallas, cubierta solamente por una fina túnica que le resbalaba por un hombro. Quiso besar la piel desnuda de aquel hombro y explorar el nuevo abultamiento de su vientre. Y luego, quizás, aquel candente calor suyo que sabía que solo había sido suyo.

Creía en ella. Le había costado más de lo que le habría gustado admitir.

Había creído en ella entonces, y creía en ese momento… pero el hecho de que solo se hubiera entregado a él poseía significados que había tenido demasiado miedo de explorar. Ya no tenía miedo. La había perdido una vez. ¿Qué podía temer más? Había ya vivido lo peor que habría podido sucederle. Dos veces.

–¿Cómo encontraste este lugar? –le preguntó mientras se acercaba a

ella–. ¿Por qué has venido aquí?

–No entiendo qué puede importarte. ¿Qué es lo que quieres, Giancarlo?

–No lo sé –no era cierto, pero no sabía cómo expresar el resto. Se daba cuenta de que nunca la había visto tan furiosa. Suponía que se lo merecía–. Estás muy enfadada.

Paige se echó entonces a reír, pero aquella no era su risa verdadera. Era una risa amarga que hacía que le doliera el pecho.

–Eres increíble –susurró, meneando la cabeza–. Podría estar enfadada por un buen montón de cosas, pero escojamos una, ¿de acuerdo? Tú me dijiste que no querías volver a verme nunca más, y da la casualidad de que ese es el mejor plan que has tenido nunca. Así que por favor, vuélvete por donde has venido. Regresa a Italia y arruina la vida de otra persona. Déjame en paz.

Quiso acercarla hacia sí. Saborearla. Pero se conformó con mirarla fijamente, como si pudiera desaparecer si dejaba de hacerlo.

–Lo siento –dijo en medio del tenso silencio–. No es que no te esté escuchando. Pero es que nunca te había visto enfadada, la verdad. Pensaba que era algo que no sabías hacer.

Paige parpadeó varias veces y se subió la bolsa que llevaba al hombro, tirando de la correa con las dos manos.

–Y no lo sabía hacer. Sobre todo contigo. Pero resulta que esa no es una manera muy sana de vivir. Termina poniéndote a merced de personas horribles porque nunca eres capaz de decirles que no. Nunca les dices que paren. Nunca te enfrentas a ellos hasta que es demasiado tarde.

Solo cuando sus miradas volvieron a encontrarse, comprendió Giancarlo que estaba hablando en serio. Que él le había hecho esas cosas. Que él era una persona horrible para ella. El descubrimiento le dejó un gusto amargo en la boca. Pero era cierto: la había tratado horriblemente mal. Pero era por eso por lo que había ido a buscarla, ¿no? Para encarar todo aquello. Lo cual no lo hacía más fácil de oír.

–Ese no es el tipo de vida que va a vivir mi bebé, Giancarlo –le dijo Paige con tono feroz, y alzó la barbilla–. Este bebé tendrá un hogar. Será deseado. Amado. Este bebé no es ningún error, ni un problema.

Como si hubiera recibido un puñetazo, Giancarlo tardó un momento en recuperarse. Cuando lo hizo, fue para verla atravesar la sala a toda prisa. Lejos de él. Una vez más.

–Ven a cenar conmigo… –empezó.

–No.

–Tomemos un café, entonces

–Otra vez, no.

–Paige –no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, algo que detestaba tanto como la distancia que los separaba–. También es mi

bebé.

Ella se giró en redondo y blandió un dedo en al aire.

–¡Ella es mi bebé! Es mía. Créeme, Giancarlo. Escuché muy bien todo lo que me dijiste. No quisiste saber nada de mí, ni de este bebé. Y por mí está muy bien…

–Yo nunca dije que no quisiera saber nada del bebé –protestó él.

–Lo discutiremos entonces cuando nazca. Lo cual, según mis cálculos, me dará seis meses más de libertad para no tener que hablar contigo.

–Pero yo quiero que hablemos –no le importó sonar más exigente que apologético. Tal vez ella no quisiera saber nada de él, y entendía que se lo merecía. Pero tenía que asegurarse–. Quiero saber cómo estás. Quiero entender lo que sucedió entre nosotros en Italia.

–No, no es verdad.

Vio que volvía a esbozar una rápida mueca de dolor, pero sus ojos seguían de un color gris oscuro. Todavía ardían.

–Tú no quieres entenderme a mí –le dijo Paige–. Solo quieres que yo te entienda a ti. Y, créeme, te entiendo. Te entendí cuando eras el rico director de vídeos que se tomó un inesperado interés por una bailarina del cuerpo de baile. Te entendí cuando eras el noble hijo que apoyaba a su madre contra la presunta lunática que se había infiltrado en su hogar a sus espaldas. Te entendí incluso cuando eras el acosado y traicionado ex, arrastrado a una intensa relación sexual contra su propio sentido de la prudencia por una engañosa seductora a la que no era capaz de olvidar. Y entendí, al final, que estaba harta –inspiró profundamente. Era la primera pausa que había hecho para respirar en toda la parrafada–. Y luego –continuó con voz firme–, una vez que me marché, entendí que tú nunca, jamás, te habías molestado en apoyarme. Ni siquiera diez años atrás. Jamás se te pasó por la cabeza preguntarme por qué hice algo tan horrible como vender aquellas fotos, como tampoco me preguntaste por lo que sentí cuando descubrí que estaba embarazada. Porque lo único que te importa eres tú.

–Paige…

–Tú nunca me preguntaste nada –se llevó las manos al vientre, como protegiéndoselo, y él pensó que aquel gesto era la herida más profunda, la más terrible que le había infligido–. Lo único que quiero de ti es lo que siempre me has dado. Tu ausencia.

La habitación pareció girar con sus palabras cuando ella dejó de hablar. O quizá fuera él.

–Dijiste «ella».

–¿Qué?

No supo por qué lo había dicho. Ni siquiera había tenido intención de decir nada. Había estado demasiado ocupado viéndose a sí mismo a través de sus ojos, algo que no le había gustado nada.

–¿Es una niña?

–Sí –de repente parecía cansada, agotada–. Tendré una niña para mayo.

–Una hija –su voz era tierna, cargado de algo que tardó en identificar. Maravilla. Vio que inspiraba profundamente, estremecida. Y supo que no todo estaba perdido. Todavía no–. Vamos a tener una hija.

–Vete, Giancarlo –le dijo, pero en un susurro, sin furia ya detrás.

Con un eco de la clase de tristeza con la que él se había familiarizado durante los últimos meses. Y él no quería nada más que protegerla, aunque fuera de sí mismo.

–Lo haré –gruñó–. Esta noche. Pero seguiré viniendo, Paige. Cada día hasta que hables conmigo. Puedo llegar a ser extraordinariamente persuasivo.

–¿Es una amenaza? Porque no estamos en tus tierras de Italia. Aquí no soy una prisionera.

–Yo no quiero mantenerte prisionera. Solo quiero cenar contigo.

Lo miró, vacilante.

–¿Eso es todo?

–¿Quieres que te mienta? –le preguntó con tono suave–. Es un principio. Dame solamente un principio.

Ella sacudió la cabeza, pero sus ojos parecieron en ese momento menos grises y más de aquel tono entre verde y azul que tan bien conocía.

–¿Y si yo no quiero un principio? –le preguntó ella–. Tuvimos dos comienzos diferentes separados por diez años de dolor y ahora esto. No es divertido.

–Pues entonces la cena –sonrió él–. Todo el mundo necesita comer.

–Pero no contigo –esa vez había algo diferente en su voz. Una especie de resolución–. No, otra vez no. No merece la pena.

Se volvió de nuevo para dirigirse hacia la salida. Y Giancarlo supo que, en esa ocasión, iba a marcharse de verdad.

Sabía que debía dejarla ir. Ya había hecho más que suficiente. El lado práctico de su personalidad le decía que seis meses eran un tiempo más que razonable para conquistar la voluntad de alguien, para no hablar del de la persona que habían engendrado juntos. Su hija. Tendría todo el tiempo del mundo.

Había pasado tres meses intentando localizarla. ¿Qué era una noche más? Sabía que debía dar por perdida esa batalla para ganar la guerra. Pero no podía hacerlo. No podía soportar verla marcharse de nuevo.

# Capítulo 9

Después, pensó Paige, se odiaría por lo mucho que le costó abandonar el estudio de danza, para retomar la vida que se estaba construyendo. Después se desesperaría de que el corazón hubiera estado a punto de salírsele del pecho cuando vio entrar a Giancarlo. Después se reprocharía las pocas ganas que tenía de alejarse de él.

Pero primero tenía que hacerlo. Alejarse. Dejarlo plantado.

Su primera sospecha de que se había movido fue una corriente sobre su hombro y después sus manos sobre ella. Y de repente se encontró en sus brazos. La había levantado en vilo, apretándola contra su pecho. Envuelta por su aroma. Por su fuerza.

Apenas a un aliento de distancia de aquella boca cruel, sensual. Demasiado cerca para todo lo que quería, tan desesperadamente, olvidar.

–Bájame.

–Antes de nada –le dijo él con aquella voz baja y letal que siempre conseguía seducirla, debilitándole los huesos–, yo no te odio. Nunca te he odiado. Me he pasado años intentando convencerme a mí mismo de que te odiaba solo para terminar fracasando miserablemente, una y otra vez.

–Entonces es que solo actúas como si me odiaras –gruñó ella, negándose a pasarle el brazo por los hombros.

Él se acercó a la fila de viejos sillones y la dejó en el más grande, y no pudo sorprenderla más cuando se arrodilló ante ella. Se quedó paralizada, con lo que tardó en darse cuenta de que la había acorralado dentro de sus brazos, con las manos apoyadas en el respaldo. Y con su rostro muy cerca del suyo.

–¿Por qué vendiste aquellas fotografías? –le preguntó, recorriendo su rostro con la mirada. No existía la menor posibilidad de que no pudiera ver el rubor que le calentaba las mejillas.

–¿Qué puede importar eso ahora?

–Creo que tienes razón en muchas cosas –le dijo, entre sombrío y determinado. Y algo más que ella no estaba segura de haber escuchado antes–. Pero sobre todo en esto. Debí habértelo preguntado antes. Lo estoy haciendo ahora.

Y el problema era que lo amaba. Siempre lo había amado. Y ella había esperado una década a que él le hiciera aquella pregunta. Si lo

hubiera hecho en Italia, tal vez ella habría endulzado su respuesta. Pero en ese momento las cosas eran diferentes. Ella era diferente.

Le debía a la vida que llevaba en su interior ser la misma clase que deseaba que fuera su hija. Fuerte y sin miedo. Impávida.

–Mi madre era una alcohólica –contestó, rotunda–. Sus sueños de riqueza, de fama y de huida de su horrible hogar tuvieron un brusco final cuando se quedó embarazada de mí en el instituto. Pero supo aprovecharse de mi afición al baile. En cuanto me gradué, me llevó a Los Ángeles. Me hizo utilizar mi segundo nombre como nombre artístico porque le parecía más elegante. Ella siempre se tuvo por una buena madre de artista, si por ello entiendes la persona que se queda todo el dinero y luego te grita para que sigas bailando y ganes más.

–Es la definición común en Hollywood, sí –comentó él.

–Ebria, mi madre era temible –continuó Paige–. Pero poco antes de conocerte yo, ella conoció a un traficante de drogas. Se llamaba Denny, y déjame decirte que fue muy bueno con nosotras. Su nuevo y mejor amigo –torció el gesto–. Un mes después, ella le debía miles de dólares y él se mostraba ya menos amigable. A los dos meses, la deuda era ya de cientos de miles, ella no podía saldarla y él dejó de fingir. Quiso cobrarme la deuda a mí –le sostuvo la mirada. «Impávida», se recordó. A pesar de que no había querido nunca que supiera el tipo de suciedad en la que había estado metida–. Podía saldar la deuda acostándome con él, o podía ver cómo la mataba. O… y eso se me ocurrió después… podía ganar algún dinero gracias a mi nuevo novio rico.

–Paige… –le tomó las manos entre las suyas–. ¿Por qué no me contaste todo esto? ¿Por qué no me dejaste que te ayudara?

–Porque estaba avergonzada –dijo, y se le quebró la voz, pero no dejó de mirarlo–. Tu madre era Violet Sutherlin. Mi madre era una adicta a las drogas que se prostituía cuando se le acababa el dinero. Y que además quería vender a su hija porque, hasta que te conocí, yo era virgen.

Giancarlo palideció ligeramente mientras le apretaba las manos. Ella continuó:

–La primera noche que pasé contigo, ella se dio cuenta de que nos habíamos acostado. Y cuando volví a casa al día siguiente, me abofeteó. Yo ya le había arruinado la vida al nacer, eso fue lo que me dijo. Que lo menos que podía haber hecho era vender el único recurso que ella tenía, se refería a mi virginidad, al mejor postor. Que había planeado aquel momento con algunos amigos de Denny.

–¿Cómo pude no saber nada de esto? –inquirió él, con su ronca voz resonando en el estudio vacío.

–Porque yo no quería que lo supieras. Porque tú eras mi acto de rebelión. Mi escape. La única cosa buena que me había pasado en la

vida –bajó entonces la mirada a sus manos, que él seguía apretando con fuerza–. Pero ella era mi madre.

Él masculló algo en italiano.

–Creo –dijo Paige, porque tenía que terminar ya–, que si no te hubiera conocido, me habría acostado con quien me hubiera ordenado Denny que me acostara. Eso habría sido más fácil.

–Eso habría sido prostitución –dijo Giancarlo.

–¿Qué diferencia habría supuesto eso? –le preguntó ella, y hablaba en serio. Se encogió de hombros–. Yo no conocía nada más. Muchas bailarinas se acostaban con hombres y se dejaban ayudar por ellos. Quizá no me hubiera importado tanto, de haber contado con esa experiencia. Pero te conocí a ti –suspiró–. Y yo tenía veinte años. Mi madre me recordaba todos los días que los hombres como tú podían tener un millón de chicas como yo. Que si me lanzaba sobre ti, tú te acabarías cansando más pronto que tarde y no sacaríamos nada. Y ella quería sacar algo por todos sus «sufrimientos».

–¿De qué manera sufría ella? –su tono, aunque helado, la calentó por dentro.

–La idea no fue mía –dijo Paige con tono suave, porque aquella era la parte importante–. Denny insistió en que el sexo vendía. Que tú significabas una cantidad escandalosa de dinero. Y yo pensé… pensé realmente que yo le debía algo a mi madre. Y la quería. Me sentía en deuda con ella.

–No tienes que decirme más. Lo comprendo.

–También te amaba a ti –susurró Paige–. Pero llevaba veinte años con Arleen y solo un par de meses contigo. Pensaba que ella era la realidad y tú solamente un sueño. Que si lo nuestro era verdaderamente real, tú intentarías comprender por qué lo hice. Por eso no me sorprendió que no lo hicieras.

Él soltó un suspiro, como si hubiera recibido un golpe.

–Lo siento tanto –murmuró en voz baja–. Ojalá volvieras conmigo. Ojalá hubiera podido ver lo que estaba sucediendo delante de mis narices. Ojalá hubiera tenido alguna idea de lo que estabas pasando.

–Eso ahora no importa –descubrió que era sincera. Siguió hablando, porque necesitaba terminar–. Lo hice. Gané medio millón de dólares por aquellas fotos y te perdí a ti. Entregué el dinero a mi madre. Fue suficiente para pagar a Denny y llegó para algo más. Fui una imbécil. Pensé que eso significaba que después nos iría bien.

–¿Cuánto tiempo duró? –le preguntó Giancarlo, y ella supo lo que quería decir.

–Al cabo de un mes, ya no había dinero. Luego ella volvió a endeudarse. Y resultó que Denny se mostró aún menos comprensivo que antes, porque ya no había ningún novio rico a quien explotar. Solo estaba yo. Y resultaba obvia la única cosa en que podía destacar.

El mundo entero me había visto en acción. Volvía a ser un recurso.

–Dios mío.

–Fue la policía quien al final detuvo a Denny por algo tan grave como para mandarle quince años a prisión. Mi madre perdió a su abastecedor, con lo que perdió también el juicio. La última vez que la vi estaba por las calles y puede que aún siga allí. Aunque quizá no haya durado tanto. No lo sé –alzó la barbilla y lo miró a los ojos–. Y eso fue lo que pasó hace diez años.

–No puedes sentirte culpable por eso –parecía incrédulo. La miró ceñudo–. Paige, por favor. Hiciste todo lo que estuvo en tu mano por aquella mujer. Literalmente. No puedes impedir que la gente quiera destruirse a sí misma. Lo único que puedes hacer es evitar que arrastren a otros con ellos.

Paige volvió a encogerse de hombros, como si eso pudiera aliviar el nudo que sentía en la garganta.

–Ella sigue siendo mi madre. Yo sigo queriéndola… si no a ella, a quien se suponía tenía que ser.

Giancarlo se la quedó mirando durante un buen rato. Tanto que ella se olvidó de la vergüenza que había sentido de contarle todo aquello, a la vista de aquellos ojos oscuros, de aquella boca.

–Lo siento tanto… –murmuró él–. No te culparía si me odiaras. En realidad, no entiendo por qué no lo haces.

–Por la vida que he llevado, Giancarlo –susurró, incapaz ya de esconderle nada–. Tú eres el único hombre al que he amado. Y el único que me ha amado a su vez.

Él alzó una mano para enjugarle una lágrima, y Paige se recordó que se suponía que tenía que resistirse. Plantarle cara. Cuando, evidentemente, estaba haciendo lo contrario.

–Violet te adora –le dijo entonces–. Y a pesar de sus excursiones por la Toscana con el único propósito de ser reconocida y adorada, ella no quiere más que a un puñado de personas. Y confía aún en menos.

Paige esbozó una mueca.

–Ella no sabe quién soy yo realmente.

–Por supuesto que sí –sonrió–. Ella me contó que sabía exactamente quién eras desde el mismo momento en que te conoció. ¿Por qué crees que dejó que te introdujeras tan profundamente en la familia?

–¿Por qué habría de hacer algo así? – meneó la cabeza, perpleja.

–Porque mi padre era un buen hombre –dijo Giancarlo, con sus manos fuertes y cálidas otra vez sobre las suyas–. Amable, pero frío. Y poco después de que yo le contara a mi madre que te habías marchado, ella me informó de que la única ocasión en la vida en la que yo no había actuado como él, inaccesible, distante e insufrible… esas fueron sus palabras… fue mientras estuve contigo. Diez años y tres meses atrás.

–Así que lo sabía –musitó Paige, intentando aún asimilarlo–. ¿Es por eso por lo que fue tan cariñosa conmigo?

–Por eso y porque, a pesar de la vida que has llevado, no es nada difícil que alguien se encariñe contigo.

–Pues a ti te resultó increíblemente difícil –señaló ella. Cada vez le costaba más dominar el temblor que la sacudía por dentro–. Imposible, incluso.

–Soy un imbécil egoísta y arrogante –dijo con un tono tan solemne que ella se echó a reír.

–Bueno, no es la expresión que yo habría usado, pero se acerca algo…

–Yo soy hijo de mi madre –declaró Giancarlo–. Y de mi ambiente. Tardé cerca de una hora en darme cuenta de que había estado completamente fuera de lugar aquel día en Italia, Paige. Aquello no tenía que ver contigo. Tenía que ver con mi propia infancia, con la promesa que me había hecho a mí mismo y que solamente tú me tentaste a romper… pero no tengo excusa –sacudió la cabeza, apretando los labios–. Sé que no intentaste engañarme. Pensé en seguirte hasta el aeródromo, pero pensé también que necesitabas alejarte del hombre que te había dicho todas aquellas cosas. Al día siguiente tomé el primer vuelo de la mañana, pero cuando llegué a Los Ángeles tú no estabas. Habías empaquetado tus cosas y las habías mandado al guardamuebles, que nunca llegaste a pisar en persona.

–El guardamuebles de Bakersfield –dijo ella, parpadeando extrañada–. ¿Fuiste hasta allí?

–Estuve acechando el lugar durante semanas.

No podía negar ya el calor que se arremolinaba en su interior, demasiado parecido a la esperanza, aunque estaba demasiado escarmentada para…

Pero él estaba allí, de rodillas ante ella, incluso después de que ella le hubiera contado la clase de persona que había sido a los veinte años. La clase de vida que había llevado. La clase de mundo en el que se había criado. Y lo que ella quería era ser feliz. Aunque solo fuera por una vez.

–Pensaba facturarlas al lugar donde acabara estableciéndome –le dijo, dejando que aquel revolucionario pensamiento fuera cobrando forma–. No tenía sentido cargarlo todo conmigo cuando no sabía a dónde ir.

–¿De qué «todo» estás hablando? No eran más que tres cajas, según me informaron en la oficina–. Mi madre necesita más equipaje para pasar una tarde en Santa Mónica.

Paige sacudió la cabeza, consciente de que se estaba dejando arrastrar por su cercanía. El hecho de que sintiera tan aturdida en su presencia era bonito, pero no cambiaba nada. No era felicidad, sino

química. Ella necesitaba algo más.

–¿Cómo me encontraste? –le preguntó, procurando disimular sus renovadas esperanzas.

–Fácil. Recordé que dijiste que querías ver cómo cambiaban en otoño las hojas de color en Vermont.

–¿Yo dije eso?

–La primera vez que nos vimos. Era otoño en Los Ángeles, y tú me dijiste que querías ver las estaciones de verdad. Y que querías vivir cerca del mar y ver la nieve –se encogió de hombros–. Todas esas cosas se podían hacer en Nueva Inglaterra. Así que vine hasta aquí utilizando todos mis recursos.

–Giancarlo…

–Y la razón es esta –rebuscó en el bolsillo y sacó una cajita. Sonrió levemente al ver que daba un respingo.

–No –la respuesta fue automática.

–Este diamante perteneció a mi abuela.

Abrió la caja y se lo enseñó. Y Paige recordó entonces aquella primera noche que pasó con él en Italia, cuando se plantó ante ella con la mano tendida como decidido a permanecer en esa postura para siempre.

–Lo hice montar para ti hace diez años.

Paige sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se tapó la boca con las manos, incapaz de hablar. Así que lo hizo él.

–Todo lo que me dijiste es cierto. No puedo negarlo. Pero quiero entenderte, Paige. Quiero dedicar los próximos diez años de mi vida a aprender cada cosa que te hace ser como eres. No quiero simplemente una compañera. Quiero que me grites y me pongas en mi lugar, y quiero ayudarte a enseñar a nuestra hija a no rendirse nunca a hombres tan horribles como su padre. Nunca jamás.

–Espera… –sin proponérselo, le acarició la mejilla–. Yo nunca te di nada que no quisiera darte. Lo que pasa es que sabía que al final se acabaría.

–Esto no se acabará –susurró él–. No se acabó en diez años, ni se acabará dentro de otros diez, o de veinte –inclinándose hacia delante, deslizó la mano por su vientre levemente abultado, y la sonrisa que esbozó hizo que el corazón le diera un vuelco. Y luego todavía empeoró más las cosas al depositar un beso allí, con gesto reverente–. Te amo, Paige. Por favor. Déjame demostrártelo.

–Yo también te amo –musitó ella, porque… ¿qué sentido tenía simular lo contrario? Ya habían perdido demasiado tiempo–. Pero la confianza es mucho más que un anillo bonito. Yo siempre seré la mujer que te vendió.

–Y yo siempre seré el hombre que recibió la noticia de la llegada de su hija como un cerdo –replicó–. Basándome en los recuerdos del niño

de cuatro años que hacía varias décadas que había dejado de ser.

–Eso suena a receta para el desastre.

–Lo sé –sacó el anillo de la caja y se lo deslizó en el dedo.

Encajaba perfectamente, y Paige no fue capaz de respirar. Esa vez no quiso dejarle escapar. No quiso sacrificarle. Ya no volvería a hacerlo.

–Créeme que lo sé –continuó él–, pero no será así. Lleva este anillo y trabajaremos en ello –murmuró con los ojos clavados en ella. Sus palabras parecían resonar directamente en su corazón, en su carne, en sus huesos–. Cada día. Te prometo que no descansaré hasta que explotes de felicidad.

–Hasta que los dos lo hagamos –le corrigió ella.

Entonces él la envolvió en sus brazos y la besó. Una y otra vez. Hasta que la dejó aturdida de anhelo y de amor. Hasta que ninguno de los dos fue capaz de respirar.

Y Giancarlo le regaló una detallada demostración de su compromiso con la causa, allí mismo, en uno de los sofás de la diáfana habitación.

# Capítulo 10

Ella le había obligado a esforzarse. Y le había hecho esperar. Y de ambas cosas solo él tenía la culpa.

–¿Cómo sé que quieres casarte conmigo y no simplemente reclamar el bebé en un alarde de machismo? –le había preguntado Paige aquella primera noche, yaciendo desnuda a su lado, cuando sus intenciones hacia ella no habían podido ser más obvias.

–Ponme una prueba –había replicado–. La superaré.

Se había quedado reflexionando durante un rato, con el negro cabello alborotado y sus ojos de un verde luminoso.

–Tómate tu tiempo –le había dicho con toda la paciencia de un hombre desesperado–. Quiero que confíes en mí.

–Yo también quiero confiar en ti.

Pero lo cierto era que habían tenido que aprender a confiar el uno en el otro.

Él estuvo yendo y volviendo de Italia cada vez que tuvo necesidad y no protestó cuando, a veces, ella se negó a acompañarlo. Compartió con ella su diminuto apartamento de la fría Nueva Inglaterra, a más de cien kilómetros del núcleo habitado más próximo. No se quejó. Tuvo que palear nieve, regar de sal los senderos. Y en ningún momento la presionó para que se marchara de allí.

Ella le contó más cosas de su infancia con aquella madre tan horrible. Él le habló de la suya con una madre menos horrible quizás, pero igual de complicada. Y se apoyaron y consolaron mutuamente. Llegaron a conocerse todo lo bien que no habían podido hacerlo diez años atrás.

Hasta que un nevado fin de semana de marzo regresó de otro viaje de Italia y ella le dijo que quizá, si acaso había pensado en algún lugar mejor donde vivir, podría considerar la idea. Y para la tarde siguiente él la había llevado de vuelta a su casa de Malibú, como si nunca la hubieran abandonado. Con el mar delante, las montañas detrás y su mujer a su lado. Giancarlo nunca había sido más feliz. Excepto por un pequeño detalle.

–¿Por qué no te has casado con ella aún? –le preguntaba Violet cada vez que lo veía, sobre todo cuando Paige estaba con él.

Giancarlo se limitaba a arquear las cejas a la mujer a la que amaba más de lo que había creído posible amar a alguien, y esperaba su

respuesta, que ella estaba más que contenta de dar:

–No estoy segura aún, Violet –y sonreía, acariciándose su ya abultado vientre–. Estoy analizando todas mis opciones.

–No te culpo. Fue horrible contigo. Te diría que ese tipo de inexcusable comportamiento lo heredó de su padre, pero, ¡ay!, el conde Alessi fue el hombre más educado y de mejores modales que conocí nunca. Así que la responsabilidad es mía.

–Creo que nadie discutiría eso –respondía Giancarlo, y todos se echaban a reír.

Pero no había vuelto a pedírselo a Paige. Mantenía su promesa.

–Y si una sola fotografía o mención no autorizada sobre mi hija aparece en cualquier sitio, de forma que pueda beneficiarte sin mi consentimiento expreso –le dijo a Violet Sutherlin una luminosa tarde, en la oficina de la estrella, delante de su nueva asistente personal–, no volverás a verla. Lo entiendes, ¿madre? Ya no tengo cuatro años. Mi hija no pasará por lo mismo que yo.

Violet se lo había quedado mirando durante un buen rato. No había exhibido la clásica sonrisa suya. No había dicho nada ingenioso. Se había limitado a asentir una sola vez, rápidamente. Pero él sabía que le había comprendido a la perfección.

Cinco meses y tres semanas después de la noche en que él se había presentado en Maine, Paige se casó con él en una modesta ceremonia celebrada en la terraza de la casa de Violet. Tan embarazada que tuvo que andar como un pato hacia el improvisado altar. Violet hizo de madrina. Las dos lloraron.

Giancarlo sonreía, feliz. Y besó a la novia. Su esposa.

–No vuelvas a torturarme así –gruñó contra sus labios una vez que estuvieron en el coche, rumbo a casa.

–Seguro que sabías que acabaría casándome contigo –le dijo Paige, riendo–. He sido bastante expresiva a la hora de demostrarte lo mucho que te amo.

–No estoy tan seguro de merecerte –repuso, y se quedó sorprendido al ver las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas–. Pero me he tomado esto como un proyecto para toda la vida.

Ella le sonrió radiante, como había hecho aquel lejano día en aquel plató de rodaje cuando sus miradas se encontraron por primera vez. Pero de repente su expresión se alteró y se agarró a su brazo.

–Creo que acabo de romper aguas.

Pusieron a su hija el nombre de Violetta Grace, por su famosa abuela, que había insistido en ello, y por su otra abuela, mucho menos famosa, que había fallecido antes de que naciera Paige. Una niña perfecta. Extraordinaria. Suya.

Y dedicaron el resto de sus vidas a enseñarle, de un millar de maneras diferentes, lo que significaba ser tan feliz como lo fueron cuando nació.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

